




MADRID

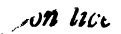
HISTORIA
DEL EMPERADOR
CARLO MAGNO,
EN LA QUAL SE TRATA

DE LAS GRANDES PROEZAS Y HAZAÑAS

de los doce Pares de Francia,

Y DE COMO FUERON VENDIDOS por el traydor Galalon; y de la cruda batalla que huvo Oliveros con Fierabras, Rey de Alejandria.

Traducida del Idioma Francés al Castellano



...on lic...

En la Oficina de D. MANUEL MARTIN, y á sus expensas, calle de la Cruz, donde se hallará.

MADRID MDCCLXV.

[illegible]

PROLOGO

EL Doctor de la verdad Señor San Pablo, dice que todas las escrituras fueron hechas para nuestra enseñanza: las unas para doctrinarnos en la Santa Fé Catholica, echando de los corazones algunas dudas é incredulidades, que el diablo de continuo siembra, declarandonos los altos secretos de la Santisima Trinidad, y los Santos Evangelios, y las obras de nuestro Redentor: las otras para declararnos las Leyes y ordenanzas de los Emperadores y Reyes, el Derecho Canonico y Civil. Otras, por no hacer patentes los secretos de Dios en el regimiento del Cielo, y el curso de los Planetas, Cometas, y Signos, con su naturaleza. Otras, para que resistamos á las enfermedades, á que los cuerpos humanos son sujetos; y para curar de las que reynan en ellos, para que podamos vivir con salud en este mundo el tiempo

que

que Dios fuere servido. Otras, para darnos de la dulzura de la Filosofia, dandonos á conocer las virtudes y naturaleza de las cosas criadas. Otras nos relatan la pulida Rhetorica, la sabrosa Arte de Oratoria, las grandes hazañas y caballerias de nuestros antepasados, contando las proezas de los unos, y los vicios de los otros; porque los unos nos fuesen exemplo para bien hacer, y los otros causa de regular nuestras vidas, y encaminarlas al puerto de la salud, y para inclinarlos á hacer grandes hechos, queriendo remediar á nuestros antecesores. Asi pues una escritura, que ha venido á mi noticia en lengua Francesa, no menos apacible que provechosa, que habla de las grandes virtudes y hazañas de Carlo Magno, Emperador de Roma, y Rey de Francia, y de sus Caballeros y Varones, como Roldan y Oliveros, y los otros Pares de Francia, dignos de loable memoria, por las crueles guerras que hicieron á los Infie-

les

les, y por los grandes trabajos que por exaltar la Santa Fé Catholica recibieron; y siendo cierto que en la lengua Castellana no hay escritura que de ella haga mencion, sino tan solamente de la muerte de los Doce Pares, que fue en Roncesvalles, parecióme justa y provechosa la cosa que la dicha escritura, y los tan nobles hechos fuesen notorios en estas partes de España, como son manifiestos á otros Reynos. Por tanto, yo Nicolás de Piamonte, propongo de trasladar la tal escritura de lengua Francesa en romance Castellano, sin discrepar, añadir ni quitar cosa alguna de la escritura Francesa; y es dividida la Obra en tres Libros. El primero habla del principio de Francia, y de quien le quedó el nombre, y del primer Rey Christiano que huvo en Francia, contando hasta Carlo Magno, que despues fue Emperador de Roma; y dicho Libro fue trasladado de Latin en lengua Francesa. El segundo habla de la muy cruda batalla que tuvo Oli-

veros con Fierabras, Rey de Alejandria, hijo del Almirante Balán; y esto está en metro Francés, y muy bien trobado. El tercero trata de algunas obras meritorias que hizo Carlo Magno; y finalmente de la traycion de Ganalon, y de la muerte de los doce Pares. Fue sacada esta Obra de un Libro bien aprobado, llamado Espejo Historial; y mediante Dios, trasladaré cada Libro por sí, y los dividiré por capitulos, para mejor declaracion de la escritura. Y si en esta traslacion huviere algo de reprehension de la Rhetorica, ó en el romance de vocablos, ó algo que no suene bien á los oidos del lector (que en la sentencia me guardaré de salir un solo punto de la escritura Francesa) suplico á qualquiera que lo leyere, ó oyere, que con sanas entrañas lo enmiende, y no mire al error de la pluma, sino á la intencion del corazon: y de lo que hallare bueno, le ruego asimismo, que al Soberano Dios todo Poderoso dé las gracias de quien todos los bienes proceden.

En

En las Historias Troyanas leemos que despues de la destruccion de Troya, huvo un Rey muy noble y virtuoso, llamado Francus, el qual fue compañero de Eneas en muchas batallas; y partiendo Francus de Troya, huvo de aportar, despues de haver discurrido gran parte del mundo, en la Region de Francia, que entonces se llamaba de otra manera, y por sus crecidas virtudes fue de las Comunidades muy bien recibido, y alzado por su Señor. Quando se vido pacifico y Señor de toda la tierra, mandó edificar una Ciudad, y fue por honra de su nombre llamada Francia; por lo qual todo el Reyno se llamó Francia: y despues que Francia fue ensalzada á Magestad Real, despues de Francus, fue el primer Rey suyo Piramus, y reynó cinco años: el segundo Mercurius, y reynó treinta y tres años: el tercero Faramundus, y reynó once: el quarto Clodius, y reynó diez y ocho: el quinto Meroneus, y reynó diez: el sexto Hildericus, y reynó diez

y siete: el septimo fue el Rey Clovis, y el primero Rey de Francia Christiano, el qual fue despues de la Encarnacion de nuestro Redentor 484 años, de cuya vida haré alguna mencion, porque hace al proposito para esta nuestra escritura.

CA-

CAPITULO PRIMERO.

COMO EL REY CLOVIS siendo Pagano, huvo por muger á Clotildis, hija del Rey de Borgoña.

EN aquel tiempo, siendo ya los Borgoñones Christianos, tenian por Rey y Señor al Noble Guidengus, el qual tenia quatro hijos: á el primero llamaban Agabundus, que succedió en el Reyno, y despues hizo matar á un hermano suyo, llamado Hispericus, y hizo echar en un rio á su muger; y á dos hijas que tenia, á una hizo desterrar de su tierra; la otra, llamada Clotildis, por sus virtudes y hermosura, tuvo consigo. En este tiempo, el Rey de Francia, llamado Clovis, Pagano, huvo de embiar sus Embajadores al Rey Agabundus; y siendo detenidos

dos algunos dias, tuvieron lugar de ver la hermosura de la doncella Clotildis, sobrina del Rey Agabundus: y vueltos á su Rey Clovis, y dandole la respuesta de su embajada, le contaron cosas que havian visto en los Palacios del Rey Agabundus, no acostumbradas entre ellos, afeando el modo de vivir de los Christianos. Dijeronle asimismo de la hermosura de Clotildis, alabando su mucha discrecion, y afirmando nunca haver visto otra mas perfecta. Las quales alabanzas engendraron crecido amor en el corazon de Clovis, recibiendo pena por la conocida doncella. Despedidos los Embajadores, se puso á pensar cómo podria haver aquella tan hermosa doncella por muger, teniendolo por imposible, por ser él Pagano, y ella Christiana. Estando en este pensamiento algunos dias, fue forzado descubrir su secreto dolor á un astuto y sabio Caballero de su Corte, llamado Aurelianus, asi para aliviar su pena, contandole su nuevo amor, como para haver de él consejo y remedio de su pasion. Oyendo Aurelianus las razones del Rey, fue muy maravillado, y le quiso reprehender; mas viendole tan afligido, y que su recelo sería causa de mayor pena, no menos le dejó de reprehender, porque en tal caso muy pocas veces aprovecha la reprehension ni castigo; y queriendole consolar, dijo se sosegase, que él le prome-

metia de hacer alcanzar aquella doncella de una manera ú de otra; y que á esto se obligaba ó á perder la vida. El Rey le dijo que lo pusiese por obra, que lo que huviese menester se lo daria. El Caballerp le besó la mano, y se despidió, diciendo que presto le sacaria de pena.

Buelto pues Aurelianus á su posada, se puso á discurrir y pensar cómo traeria á efecto el tal concierto; y despues de haver pensado en todas las cosas que provechosas le parecian, le vino a la memoria, como de alli á quince dias tenian los Christianos Pascua de Navidad, y que la doncella Clotildis tenia por devocion ir aquella noche á Maytines, y llevaba gran cantidad de moneda; y á todos los pobres que topaba, daba limosna, por honra de la Fiesta. Y pensando esto, se fue al Rey muy alegre, y le dijo que havia discurrido el modo con que podia hablar á Clotildis, y era poniendose á la puerta de la Iglesia, para tomar limosna como los demás pobres. Oido el Rey esto, lo tuvo por bien, y dijole que previniese lo necesario, y ordenase cómo se havia de hacer. El le dijo que mandase hacer un anillo riquisimo de oro, y que en él estuviese esculpido su rostro y fisonomía. Venido el tiempo, se partió Aurelianus para la Ciudad, donde estaba á la sazon el Rey de Borgoña, y Clotildis su sobrina; y la noche de Navidad se puso á la puerta de la Iglesia con los pobres, que esperaban

ban la limosna; y venida Clotildis, acompañada de muchas damas, empezó de dar limosna; y quando Aurelianus la vido cercada de pobres, metióse entre ellos hasta llegar á ella, y quando alargó el brazo para le dar una pieza de moneda, que daba en limosna, la tomó Aurelianus la mano, y se la besó. Clotildis, maravillada de aquello, se le miró muy bien, y conoció que aunque en los vestidos parecia pobre, debia de ser hombre de autoridad, y le quisiera hablar, si no fuera por la mucha gente que alli havia, lo qual conoció bien Aurelianus.

Acabados Maytines, y saliendo Clotildis con sus damas de la Iglesia, vido á la puerta de ella á Aurelianus, y despues de haverle mirado con mucha atencion en la cara, la hizo reverencia y acatamiento, como hombre de Palacio, y conoció Clotildis ser aquel el pobre que la besó la mano. Llegada á Palacio Clotildis, se puso á pensar en él, maravillandose de su atrevimiento; y deseosa de saber quién era, le embió á llamar, pensando sería algun hidalgo necesitado. Llegando delante de Clotildis, hizo tres reverencias, y sin temor alguno se puso de rodillas para besarla la mano, y ella no lo consintió; y mostrando algun enojo, le dijo: Por qué disimulaba ser pobre? Y Aurelianus, teniendo una rodilla en el suelo, la res-

pon-

pondió: Señora, sepas por verdad, que yo soy mensagero del muy noble Clovis, Rey de Francia el qual te ruega que quieras ser su muger, y serás Reyna de Francia, y te embia este anillo en señal de fé y promesa de matrimonio. Ella le tomó, y le dijo que no pertenecia á un Pagano tomar Christiana por muger; y que allende eso tenia puesta su voluntad en manos de su tio, y no en las suyas, y asi le despidió. Bien conoció Aurelianus que no le pesaria del casamiento, y asi se volvió para Francia con mucha alegria. El Rey Clovis, visto que Clotildis sería contenta de ello, embió sus Embajadores al Rey Agabundus, pidiendole su sobrina por muger; el qual respondió que en ninguna manera tal consentiria: mas visto por los de su Consejo el bien que resultaria de las amistades y paz con el Rey Clovis, rogaron y aconsejaron al Rey Agabundus, que consintiese en el casamiento; y reusando de lo hacer, vino su Tesorero con el anillo del Rey Clovis, que Clotildis lo havia echado en el tesoro, y dijeronle ser aquel rostro que estaba esculpido en el anillo, el del Rey Clovis, y entonces consintió Agabundus en el casamiento, y fue llevada Clotildis con grande acompañamiento y magestad á Francia, y fue desposada con el Rey, con condicion que no fuese apremiada, ni rogada á dejar la Fé de Je-

su-

su Christo; y fueron hechas las bodas con la ostentacion que á tales Señores pertenecia.

CAPITULO II.

Como el Rey Clovis fue rogado por la Reyna Clotildis, que dejase los Idolos, y creyese en la fé Christiana.

LA noche de las bodas, acostandose el Rey Clovis con Clotildis, ella, encendida en el amor de Dios, é inspirada por el Espiritu Santo, dijo al Rey: Mi muy amado y caro Señor, yo te suplico me quieras otorgar una merced antes que llegues á mi. El Rey la dijo, demandara lo que quisiese, que se lo otorgaba. Primeramente pido y ruego quieras creer en Dios todo Poderoso, que hizo el Cielo y la tierra, y en Jesu-Christo su hijo, el qual te mercó con su preciosa sangre y Pasion, y en el Espiritu Santo, confirmador, é iluminador de todas las buenas operaciones, procedente del Padre, y del Hijo, y en la Santisima Trinidad: cree en nuestra Madre la Santa Iglesia, deja los Idolos hechos por manos de hombres, y piensa en restaurar las Santas Iglesias que has hecho quemar. Otrosi te ruego que quieras demandar mi parte de los bienes de mi padre y de mi madre, á Agabundus mi tio, porque los hizo morir

rir sin razon alguna, y la venganza dejó á mi Dios. El Rey la respondió: Tu me demandas cosa muy dificil, y recia de otorgar, que deje mis Dioses, que tantas mercedes me han hecho, por adorar tu solo Dios: pide otra cosa, que dé buen grado te lo otorgaré. Respondió Clotildis: Quanto á mi es posible te suplico que adoreis á Dios verdadero, hacedor de todas las cosas, á quien solamente debemos adoracion. El Rey no la respondió nada, ni ella le dijo mas, temiendo enojarle; y venida la mañana, el Rey embió sus Embajadores á Agabundus, pidiendole las tierras, que á Clotildis su sobrina pertenecian, y el Rey les dijo: Que ninguna cosa les daria; mas por consejo de los suyos huvo de dar grandes tesoros á los Embajadores, por evitar discordia. De alli á pocos dias la Reyna parió un hijo, y contra voluntad del Rey lo hizo bautizar, siempre rogandole quisiese ser Christiano; mas no lo quiso hacer, ni oir hablar de ello, y el niño no vivió sino tres dias, y dijo el Rey á la Reyna: Si tu le ofrecieras á mis Dioses, no muriera el niño. La Reyna le dijo: De esto no recibo pena alguna, antes doy grocias á mi Criador, que quiso recibir en su Reyno el primer fruto de mi vientre. El año siguiente parió la Reyna otro hijo, y fue asimismo bautizado, y estuvo tan malo, que todos pensaban que muriera; y dijo el Rey á la Reyna: Bien te dije que

que no lo bautizases, y viviria; mas no tiene ningun remedio, que mis Dioses están airados contra mi por ello; y la Reyna, por temor de su marido, rogó á Dios por su salud, y luego fue sano.

CAPITULO III.

Como el Rey Clovis huvo victoria contra sus enemigos, y creyó en la fé de Christo.

EN este tiempo el Rey Clovis hizo guerra con los Christianos comarcanos, vecinos de Francia; y estando con todo su poder en el campo llano, mandó fuesen contados los soldados que tenia de pelea, y hallaron ser ciento y treinta mil, y asimismo procuró saber de algunos cautivos quantos eran los Christianos que le esperaban á la batalla que tenian ordenada, y dijeronle que serian hasta cinquenta mil hombres de pelea. Y despues que esto supo, teniendo la victoria por cierta, dió mucha priesa á mover su gente, é ir á buscar sus enemigos, que no estaban lejos, los quales desque supieron la venida de los Paganos, los esperaron con magnanimos corazones, confiando en el ayuda de Dios. Puestos en buen orden, empezaron la batalla, y plugo á nuestro Redentor dar tal esfuerzo á los suyos, que en poco tiempo fueron los Paganos desbaratados,

y

y le fue forzoso al Rey Clovis huir, y acogerse á un montecito, que cerca estaba, y de alli miraba como los suyos, sin ninguna resistencia, miserablemente morian á manos de los Christianos; y estando alli maldiciendo á sus Dioses, se llegaron á él algunos de los Caballeros, que por la continua predicacion, y amonestacion de la Reyna, creian secretamente en la Fé de Christo, y le dixeron; Señor, sin duda esto procede del infinito poder del Dios de los Christianos, en quien la Reyna nuestra señora cree y adora; y segun parece, ya tus Dioses ningun poder tienen, y conviene para salvacion tuya y de tu gente, creer en el verdadero Dios, que la Reyna continuamente predica. Estando en esto, vió el Rey como su gente arrojaron las armas, entendiendo solamente en huir, y acogerse al monte donde estaba, siguiendolos sin ninguna piedad los Chrsitianos; y viendo el Rey esto, bañado en lagrimas, y puesto de rodillas, á grandes voces empezó á decir: O Jesu-Chisto, Hijo del verdadero Dios, en el qual mi muger cree, y de perfecto corazon predica, y notifica ser aquel que ayuda en las tribulaciones, y da remedio á los que esperan en el! Con muy contrito corazon pido tu ayuda, porque sea mi gente librada de las crueles armas de los Chistianos, que yo te prometo recibir tu Santo Bautismo, con toda mi gente. Acabado de

 de-

decir esto, vidó que los Christianos dejaron el alcance, y sin mandado de los Capitanes se retiraron adonde estaban al principio de la batalla; y el Rey Clovis mandó tañer los añafiles, y recoger su gente, que le quedaba, y con ella se bolvió á Francia, y contó á la Reyna su muger lo que le havia acaecido con los Christianos, y ella huvo gran placer de ello.

CAPITULO IV.

Como el Rey Clovis recibió el Bautismo por mano de San Remi, y como en su Bautismo milagrosamente fue traida una Redoma del Cielo, de lo qual hasta hoy dia, son ungidos en su consagracion los Reyes de Francia en la Ciudad de Remis

QUando la Reyna oyó, que el Rey havia prometido recibir el Santo Bautismo fue muy alegre, y mandó llamar á un santo hombre, llamado Remi, para que instruyese al Rey en la Fé. El santo hombre lo hizo asi, y le doctrinó en todo lo que havia de crer, y obrar, segun conviene al buen Chistiano, y fueron edificadas las Iglesias, y hechas Pilas para bautizar. Estando San Remi bautizando al Rey Clovis, queriendole untar con la Chrisma, como lo manda la Iglesia, milagrosamente vieron los

los que presentes estaban una paloma, que descendia del Cielo, con una redoma llena de Crisma en su pico, y á vista de todos la dejó caer en San Remi, y de ella fue primeramente ungido el Rey Clovis, y despues todos los Reyes de Francia, que han sucedido: la qual redoma ha estado siempre, y aun está en la Iglesiá de San Remi. Bautizado el Rey, fueron bautizados los mas de su Corte, y poco á poco todos los demás del Reyno.

CAPITULO V.

Del primer Libro; y contiene cinco Capitulos y habla primeramente del Rey Pipino, y de Carlo Magno su hijo.

HAce mencion el libro presente del Rey Clovis, el primer Rey de Francia Cristiano, y duró su linea, ó generacion, hasta el Rey Hildericus, el qual fue muy devoto, y contemplativo, y curaba poco de las cosas mundanas, y sin exercitar las obras Reales, se metió en Religion, por hacer vida solitaria. Ahora dejo de hablar de la generacion del Rey Clovis, que se acabó en este Rey Hildericus, y contaré del Rey Pipino, el veinte y quatro Rey de Francia, de su hijo Carlo Magno, en cuyas hazañas tomó el presente Libro origen, y fin. Leese en el Libro, que se dice Espejo Historial, que

puesto el Rey Hildericus en Religion, fue alzado por Principe Pipino, noble Caballero, de alta sangre, muy esforzado, y sagáz en los hechos de guerra, y dotado de muchas virtudes, y fue tan querido de todos los del Reyno, que procuraron de alzarlo por Rey, aunque Hildericus vivia. Y havido su Consejo, como sin reprehension le podian alzar por Rey, acordaron embiar una Embajada al Papa, llamado Zacharías, con esta question, y demanda, diciendole, qual era mas digno de la Corona Real, el que vela, y trabaja por la paz, y tranquilidad del Reyno, ó aquel que solamente de su animo, puesto en Religion, hace vida solitaria? Y el Papa respondió, que aquel que regia bien el Reyno, y le tenia en su justicia, era verdadero Rey. Y visto esto los Grandes del Reyno, y mirando un dicho de Salomon, que dice: El Principe negligente hace el Pueblo perezoso, y que es bendita la tierra, que tiene Principe noble, alzaron al noble Pipino por Rey, y fue ungido con autoridad Apostolica por manos de San Estevan; y ordenó, que los Reyes de Francia succediesen de generacion en generacion, y no heredasen las mugeres; porque ningun Señor de estrañas tierras no señorease el Reyno; y fue casado con la noble Reyna Berta, hija del Grande Herclin Cesar, de donde el linage de los Romanos, Germanos, y Griegos des-

descienden, por donde á buen derecho su hijo Carlo Magno fue elegido por Emperador de Roma. Reynó Pipino con gran prosperidad diez y ocho años, y fue enterrado en su Iglesia de San Dionisio, cerca de Paris, y quedó el Regimiento del Reyno á Carlo Magno su hijo, como por extenso se dirá.

CAPITULO VI.

Como Carlo Magno, despues de hechas muchas Constituciones con el Papa Adriano, fue alzado Emperador de Roma.

CArlo Magno, despues de la muerte de un hermano suyo, fue Rey, y señor de toda la Provincia de Francia, y fue llamado Carlo Magno, asi por sus grandes virtudes, y hazañas que hizo, como por el grandor de su cuerpo. Y en aquel tiempo, el Papa Adriano hacia continuamente guerra á los Infieles, aumentando la Fé Christiana, y destruyendo las heregías: constituía Iglesias, y mandaba hacer Imagenes á representacion de los Bienaventurados Santos, en corroboracion de la Fé de Christo; y Carlo Magno asimismo jamás cesaba de guerrear, y destruir los Infieles, que confinaban con sus Reynos. Venidas á noticia del Papa Adriano las grandes virtudes, y hazañas de

de Carlo Magno, embióle á rogar, que quisiese llegarse á Roma, lo qual luego puso por obra Carlo Magno, y con la gente de guerra que tenia, pasó los Puertos, y entró en Italia; y llegado á Roma, fue con mucha honra, y alegria recibido. Y donde á poco tiempo el Papa Adriano allegó toda la gente que pudo, y con Carlo Magno descubiró toda la Lombardía, las otras Provincias de Italia, tomando Villas, Ciudes, y Fortalezas, que estaban en poder de Paganos, y tomaron la Ciudad de Pavia, y eligieron un muy santo hombre por Obispo, y ordenaron ciento y cinquenta y tres Obispos, Arzobispos, y Abades, y fueron repartidos por toda la Provincia: instituyeron asimismo grandes Privilegios, y Constituciones en favor de la Iglesia. Tuvo Carlo Magno dos hijos, el uno se llamó Pipino, y el otro Luis, con los quales, y con los doce Pares, que estaban juramentados, y havian prometido fidelidad el uno al otro, defendiendo la Fé, hizo grandes guerras á los Infieles; y despues que huvieron desarraygado las heregías de Italia, se bolvieron para Roma. En aquel tiempo los Romanos havian muerto á su Emperador, y entre ellos havia discordia: los unos querian á Constantino, hijo del Emperador muerto, y los Senadores querian otro. Viendolo el Papa Adriano; habló con ambas partes, loando las virtudes, y gran-

grandes hazañas de Carlo Magno, y de manera, que todos tuvieron por bien de le escoger, y alzar por Emperador; y dende á pocos dias falleció el Papa Adriano, y succedió el Papa Leon, hombre de muy santa vida, el qual, de consentimiento de los Romanos, coronó á Carlo Magno de la Corona Imperial.

CAPITULO VII.

De la estatura de Carlo Magno, y de su modo de vivir

CArlo Magno, siendo Emperador, hizo muchas cosas maravillosas: imperó trece años, y antes havia reynado treinta y tres años. En tierra de Roma edificó muchas Ciudades, restauró muchas Villas, y Lugares, que fueron destruidos por grandes guerras, y hizo otras hazañas, que por escusar prolixidades dejo de contar. Escribe Turpin, santo hombre, Arzobispo que fue de Roma, el qual anduvo mucho tiempo en su compañia, que era hombre de gran cuerpo, bien fornido, y proporcionado de miembros, con mucha ligereza, feróz en el mirar, la cara tenia larga, y traía continuamente la barba larga de un palmo, los cabellos negros, la naríz roma: tenia muy honorable presencia, los ojos como de leon, tirando algo á

á bermejos, y relucientes; las cejas, y sobrecejas declinantes á rojas: si estaba enojado, con solo mirar espantaba, el cinto con que se ceñia, tenia ocho palmos de largo: los muslos, y pantorrillas bien fornidas, y grandes pies á maravilla. Su comer era dos veces al dia, y poco pan le bastaba: comia un quarto de carnero, y dos gallinas: su cena era de caza asada: bebia tres veces no mas, con poca agua: alcanzaba muy grandes fuerzas, que muchas veces le vieron hendir yelmos, y cabezas hasta los dientes de un golpe de espada; y estando á Caballo, alzar un hombre armado tan alto como su cabeza con un brazo solo: tenia en sí tres condiciones de gran virtud. Primeramente, era en todo muy mostrado en mandar: era contrario del Emperador Titus, hijo de Vespasiano, que era tan prodigo, que algunas veces no bastaba á dar lo que prometia. Segundamente, era tan avisado en juzgar, lo que jamás se quejó nadie de él, y usaba algunas veces de piedad segun la persona, y la calidad del delito. Terceramente, era muy astuto en hablar: asimismo escuchaba con mucha atencion al que le hablaba.

CAPITULO VIII.

Como Carlo Magno doctrinaba sus hijos é hijas.

HAcia Carlo Magno enseñar á sus hijos, é hijas las siete Artes liberales; y siendo los hijos de edad, les hacia enseñar muy bien á cavalgar en caballos: mandabalos armar de todas armas, y jugar hachas de armas, y lanzas, y despues justas, porque fuesen diestros en la guerra; y finalmente, les hacia exercitar todo genero de armas, y modo de pelear, asi en pie, como á caballo. Despues de esto, los mandaba ir al monte á la caza de javalies, osos, y otros animales feroces: y mandabales siempre huir de toda ociosidad. A las hijas mandaba hilar, texer, labrar, oro, seda y otros exercicios mugeriles; porque el ocio no las hiciese caer en pensamientos desordenados, ni inclinarlas á vicios. Y quando Carlo Magno estaba desocupado de sus graves negocios, se ocupa en leer, y escribir alguna cosa nueva, tomando el exemplo que nos dejó San Pablo en sus Epistolas, amonestandonos á hacer siempre alguna obra buena, porque nuestro enemigo no nos halle ociosos. En Aquisgrán de Alemania, en sus Palacios, mandó hacer una Iglesia muy maravillosa, y la dotó de mucha renta, á honra de N. Señora.

CA-

CAPITULO IX.

Del estudio y obras caritativas de Carlo Magno.

SIendó el Emperador Carlo Magno instruido en las Artes liberales, y otras ciencias morales, y espirituales, gastaba mucho tiempo en leer libros: visitaba la Iglesia tres veces al dia, á la mañana, al medio dia, y á la noche. En las fiestas solemnes mandaba cumplidamente honrarlas, distribuyendo mucha caridad de sus bienes. Era muy caritativo y limosnero, y no solamente con sus vasallos, mas embiaba cada año á Syria, Egypto, y á Jerusalén, repartiendo grandes tesoros á personas necesitadas. En sus comidas, y cenas siempre tenia Lectores, que leian cosas de Dios, queriendo apacentar el alma de viandas espirituales, para dar gracias al Criador, quando entendia en dar sustento corporal al cuerpo, para conservar la vida; y entre otros libros se deleytaba mucho en uno, qne llaman *Civitate Dei.* Tenia por uso á las noches quebrar á veces el sueño, pasearse un rato, rezando sus devociones. Embiaba cada año dos veces hombres buenos, que visitasen las Ciudades y Villas de sus Reynos, por saber como eran regidos, y si

se

se executaba justicia, porque no fuesen los pequeñcs agraviados de los mayores; y oyendo Aaron Rey de Persia, la magnificencia, y nobleza de Carlo Magno, le embió un Elefante, y el Cuerpo de San Cypriano, y de San Esperatus, y la Cabeza de San Pantaleon Martyres,

CAPITULO X.

Como el Patriarca de Jerusalén embió sus mensageros á Carlo Magno, que le diese socorro contra los Turcos.

LEese en el Espejo Historial, que en el tiempo que Carlo Magno fue coronado Emperador de Roma, fue el Patriarca de Jerusalén tan combatido, y opuesto, que despues de muy muchas batallas, y despues de haver perdido la mayor parte de su gente, huvo de demandar consejo á algunos de sus ancianos Caballeros, y muy sabidos en los hechos de la guerra; y algunos de ellos, temiendo la muerte mas que perder la honrra, le decian, que hiciesen algun partido con los Turcos, porque no perdiesen las vidas. El partido que los Turcos le querian hacer era, que dejasen la Ciudad con todas sus armas, y pertrechos que en ella havia; y otros le decian, que les pidiesen treguas por algun tiempo, lo que nunca quisieron hacer

cer los Moros. Y no hallando ningun remedio, ni sabiendo modo para se poder defender de los Turcos, inspirado de la gracia de nuestro Señor Dios, vinole á la memoria las virtudes, y hazañas de Carlo Magno, y asimismo su buena vida, y luego le embió las llaves del Santo Sepulcro, y de la Ciudad, y le embió el Estandarte, y insignia de nuestro Redentor, como firme Pilar de toda la Christiandad, y defensor de la Fé. Esto hecho, el Patriarca se vino á Constantinopla: El Emperador Constantino, y su hijo Leon llevó consigo á Juan de Napoles, y á otro llamado David; los quales el Emperador Constantino embió luego á Carlo Magno, y con ellos embió otros dos, que eran Hebreos; el uno se llamaba Isaac, y el otro Samuel, y los dió una carta de su mano para Carlo Magno, la qual contenia estas palabras: »Parecióme una noche » que veia delante de mi cama una Muger ma- » ravillosamente hermosa, la qual me decia: » Constantino, muchas veces has rogado á » Dios, que te diese ayuda contra los Turcos, » que tienen la tierra Santa; pues tanto lo de- » seas, haz esto, procura tener de tu parte á » Carlo Magno, y mostróme un Caballero ar- » mado de lucientes armas, con una espada » ceñida, de gran valor, y una gruesa lanza en » mano de cuyo yerro salian muchas cente- » llas de fuego: y era muy bello, y hermoso.

» de

„ de rostró, y bien dispuesto de cuerpo, la barba
„ crecida, los ojos relucientes, y los cabellos
„ empezaban á emblanquecer. O Augusto, que
„ nunca te apartaste de los Mandamientos de
„ Dios! Alegrate en Jesu-Chriso, y en tu ani-
„ ma le da gracias: seas acertado en justicia, co-
„ mo has sido nombrado en honra, porque
„ Dios te dé perseverancia del bien,„ Quando Carlo Magno vido la carta, lloró amargamente, por estar el Santo Sepulcro en poder de Paganos, y mandó al Arzobispo Turpin predicase por todo el Reyno las lastimosas nuevas, y á esta causa fueron movidos muchos Christianos á acampañar á Carlo Magno.

CAPITULO XI.

Como Carlo Magno se partió con gran numero de gente para Jerusalén.

CArlo Magno hizo pregonar por todós sus Reynos, y Provincias, que qualquiera que quisiese haver sueldo para la tierra de Turcos, se viniese á París; y quando se supo que el Emperador queria pasar en persona por Capitan; muchos Caballeros principales tuvieron por bien dejar sus casas, mugeres, é hijos, y pasar la mar en compañia de tan noble Capitan; y asi fueron ayuntados en poco tiempo treinta mil

mil hombres de pelea, con los quales se partió Carlo Magno, con mucha esperanza de victoria: viendose acompañado de tan lucida gente, y llegados al Puerto, embarcados, tuvieron buen viento, y en pocos dias llegaron á Turquía, y por consejos de los Adalides, entraron en un gran monte, que tenia quince leguas de largo, y diez de ancho, que bien pensaron las guias pasarlo en un dia, y aun en dos no pudieron, y encontraron muchos leones, osos, tygres, grifos, y otros animales, que les hicieron mucho daño, y especialmente de noche, que con la fatiga de ellos perdieron el camino, y no sabian adonde ir, ni qué se hacer; y andando de esta suerte buscando el camino, vino la noche, se hallaron muy turbados, cansados, y sin vituallas. Viendo esto Carlo Magno, los mandó juntar todos en el Valle, y puso los mas descansados á las entradas del Valle, para defenderse de los animales, que con furor los acometian para hartar su hambre; y Carlo Magno retirado al pie de un arbol, encomendóse al todo Poderoso Dios, rogandole huviese piedad de su gente, y empezó á rezar el Psalterio; y llegando al Verso: *Deduce, Domine, in semita mandatorum tuorum, quia ipsam volui*, oyeron una ave, que á grandes voces dijo: Tu oracion es oida. Quedaron todos maravillados, mas no por eso dejó Carlo Magno de rezar. Quando

do llegó al Vers. *Educ de custodi animam meam*, el ave con mayores voces dixo: O Carlo, tu oracion es oida. Entonces mandó Carlo Magno mover todo su Exercito; y puesto en buena orden, llevando el Emperador la delantera, comenzaron á seguir el ave, la qual los guió hasta meterlos en el camino derecho; y es fama, que aun ahora se hallan las tales aves los Peregrinos que han perdido el camino. Salidos los Christianos del monte, vieron hasta cien mil Infieles puestos en tres tercios; y apercibidos los Christianos, y puestos en orden, comenzaron una cruel batalla: mas Dios, por su infinita misericordia, dió victoria á los suyos, y bolviendo los Turcos las espaldas, huyeron hasta Jerusalén, pensando descansar en la Ciudad, mas los Chritianos los siguieron de tal suerte, que á la entrada de la Ciudad se hallaron juntos, y entraron tambien con ellos, de manera, que presto fueron señores de la Ciudad y mataron todos los Turcos que en ella se hallaron, ganando asimismo todos los Lugares, que los Christianos havian perdido, y descansó Carlo Magno con su gente algunos dias.

CA-

CAPITULO XII.

De las Reliquias que Carlo Magno traxo de la tierra Santa, y de los milagros que nuestro Redentor Jesu-Christo hizo.

QUeriendo CarloMagno bolver para su tierra, el Emperador de Constantinopla, y el Patriaca de Jerusalén le quisieron dar grandes riquezas de piedras preciosas, oro, plata, elefantes, dromedarios, camellos, y otros diversos animales, no vistos en estas partes, y él ninguna cosa quiso tomar, diciendo hizo aquello por servicio de Dios, y no por otra cosa; y mandó á los suyos, que ninguno osase tomar nada de ello, sopena de muerte. Entonces dixo el Patriarca: Señor, pues que de estas riquezas no haces quenta, mostrarte hemos otras, que no tienen precio. Y Carlo Magno le respondió, que le placia mucho verlas: fue mandando ayunar tres dias, y el quarto dia fueron ordenadas doce personas de buena vida; para que sacasen las Santas Reliquias. Carlo Magno se confesó con el Arzobispo Ebron, y recibió el Cuerpo de Christo; y los doce escogidos empezaron á cantar las Letanias, y algunos Psalmos del Psalterio, y el Prelado de Napoles, llamado Daniél, abrió un cofre, donde es-

estaba la preciosa corona de Christo nuestro Redentor, del qual salió tan suave olor, que todos los que presentes estaban, pensaron que estaban en el parayso. Entonces Carlo Magno, lleno de fé, y abundancia de lagrimas, se pusó de rodillas, y con muchos gemidos y sollozos rogó á Dios, que por mas gloria de su santo nombre, quisiese renovar los milagros de su pasion, y luego al punto vieron la corona de espinas de nuestro Redentor florida, y de ella salian tales olores, que todos estaban muy maravillados: y el Prelado Daniel tomó un cuchillo muy agudo, y limpiólo para cortar la corona, y cortandola, continuamente salieron nuevas flores, y crecia aquel suave olor; y cortada una parte de la corona, mandó Carlo Magno echarla en un cofrecito de marmol, que para ella tenia aparejado; y echaron en él asimismo muchas espinas de la dicha corona: y tomando Carlo Magno el cofrecito en las manos, para darle al Arzobispo Ebron, dejandolo Carlo Magno antes que el Arzobispo llegase á él, vieron estar el cofre en el ayre, sin que nadie le tuviese; y visitando despues la dicha corona, hallaron las flores convertidas en maná, de la manera que Dios le embió á su pueblo en el desierto; y mientras sacaban las santas Reliquias, hizo Dios grandes milagros, sanando cojos, mancos, paraliticos, y le-

leprosos, y el pueblo á grandes voces decia: Verdaderamente este es dia de salud y resurreccion; y por el suave olor de estas flores, toda la Ciudad está purificada y llena de gracia: trecientos y cinco enfermos se hallaron sanos de sus enfermedades, y entre ellos fue curado un hombre, que havia estado veinte y quatro años ciego, sordo y mudo; y al tiempo que se abrió el cofre donde estaba la preciosa Corona, cobró la vista; y empezando á cortar de ella, cobró el oir, y en floreciendo, cobró el habla. Y despues el Prelado Daniel tomó un clavo de los que fue enclavado nuestro Redentor en la Cruz, y con mucha reverencia le puso en el Relicario de alabastro, y entonces fue sano un mancebo, que de su nacimiento tenia la parte siniestra del cuerpo seco é impotente, el qual vino corriendo ligeramente á la Iglesia, dando loores y gracias á nuestro Redentor Jesu-Christo. A mas de estas santas reliquias, llevó Carlo Magno una parte de la Cruz de nuestro Redentor Jesu-Christo y Santo Sudario, y la camisa de nuestra Señora, y un paño en que embolvió su bendito Hijo, y los brazos de San Simeon. Y asi se despidió Carlo Magno del Emperador, del Patriarca, y de los otros Señores, y se bolvió muy alegre con las reliquias para Alemania; y pasando cerca de un Castillo, vido llevar un niño muerto á enterrar, y mandó

dó que le tocasen con las Reliquias, y resucitó. Convirtió alli gran multitud del pueblo, para las ver, é hizo Dios muchos milagros, cobraron salud muchos enfermos, vista los ciegos, doce endemoniados fueron libres, ocho leprosos sanos, quince paraliticos, catorce cojos, treinta enanos, cincuenta y dos corcobados, setenta y cinco de gota coral, muchos gotosos, asi naturales, como estraños. Y fueron puestas las santas Reliquias en una devota Iglesia, que Carlo Magno mandó hacer en Aquisgran, á honra de la Virgen Señora nuestra, y fue ordenada y establecida una fiesta cada año en el mes de Junio, que muestran las santas Reliquias, y se ganan muchos perdones: y fueron presentes á tal instruccion el Papa Leon, el Arzobispo Turpin, Aquiles, Obispo de Alejandria, Theofilo de Antioquia, y otros muchos Arzobispos, Obispos, y Abades.

CAPITULO XIII.

Como en un lugar llamado Mormionda, estaba Carlo Magno haciendo guerra á los Paganos.

EN el libro primero he hablado del primer Rey de Francia Christiano, descendiendo segun mi proposito, hasta Carlo Magno, cuyas hazañas no podrá ningun hombre enteramente

contar, ni las de los doce Pares; de cuyas proezas hablaré en su lugar, segun lo hallé en Chronicas Francesas; y lo que arriba está escrito, he sacado de un libro autentico, llamado Espejo Historial, y sin discrepar ninguna cosa, le bolvi de Latin en lengua Castellana. Y este segundo estaba en metro Francés, y fui rogado le pusiese en Castellano, ordenado por capitulos: y dicese que Fierabras fue un maravilloso Gigante, y que fue vencido de Oliveros, y recibió el Bautismo, y fue Santo. Despues de la cruda batalla de Oliveros, hablaré de las Reliquias que cobraron los Christianos, de las que fueron llevadas de Roma, y estaban en poder del Almirante Balán, padre de Fierabras. Y en este libro no entiendo hacer otra cosa, sino bolver los versos Franceses en prosa Castellana, siguiendo al pie de la letra, sin añadir ni quitar cosa alguna; y este libro es por la mayor parte aplicado á la honra de Oliveros, aunque haya otras materias, y muchas sentencias: ya entiendo hablar de cada uno de los principales Varones de Carlo Magno, que se dicen doce Pares de Francia, que eran Capitanes del Exercito, y eran hombres de mucha estima y virtud, y valientes por sus personas, y grandes señores, y de noble sangre; ya de valientes havia muchos, segun halló en las Chronicas Francesas. Primeramente Roldan, Conde de Ceconia,

hi-

hijo de Milon, y de Bert, hermana de Carlo Magno; Oliveros, Conde de Genés, hijo de Regner; Ricarte, Duque de Normandia; Guarin, Duque de Lorena; Gioste, Señor de Bordolois; ; Hoél, Conde de Nante; Oger de Danois, Rey de Daria; Lamberto, Principe de Bruceles; Tietri, Duque de Dardania; y Basin de Beasibais; Guy de Borgoña; Guadabois, Rey de Frisa; Ganalon, que hizo despues traycion, como diré al fin del tercer libro; Sanson, Duque de Borgoña; Riol de Man; Alor, y Guillermet Cescot, Naymes, Duque de Fanaria, y otros muchos, que aunque no andaban continuamente con Carlo Magno, eran sus subditos, y hacian lo que les mandaba; mas la mayor parte de los nombrados le acompañaban siempre.

CAPITULO XIV.

Como vino Fierabras al Exercito de Carlo Magno, buscando Christiano, ó Christianos con quien pelease.

EL Almirante Balán era un gran señor muy poderoso, y tenia un hijo llamado Fierabras, hombre de maravilloso grandor, de grandisimas fuerzas, de magnanimo corazon, muy diestro en todas armas, y era Rey de Alejandria, y Señor de toda la Provincia de Babylonia,

nia, hasta el mar Bermejo y Jerusalen. Con muy gran número de infieles entró una vez en Roma, y se llevó la Corona de nuestro Redentor Jesu Christo, y los santos clavos con que le enclavaron en la Cruz y otras muchas reliquias, de las quales en el presente libro he hecho mencion, como las cobraron los Christianos con grandisimo trabajo de Carlo Magno, y llamabase Fierabras de Alejandria: el qual, como supiese de sus espias, que el Emperador Carlo Magno, y los doce Pares de Francia estaban en Mormionda con un grande Exercito, lleno de soberbia y arrogancia, confiando en sus grandes fuerzas y destrezas, cabalgó en un brioso caballo, y tomando una gruesa lanza, se fue solo á Mormionda; y no hallando con quien pudiese hablar, con espantable voz comenzó á decir de esta manera: O Emperador Carlo Magno, hombre cobarde, y sin ninguna virtud, embia dos, ó tres, ó quatro de los mejores de tus Varones, á un hombre solo, que espera batalla, aunque sea Roldan, Oliveros, Tietri, Oger de Danoys, que te juro á mis Dioses, no les bolver la cara, aunque sean seis, cata que estoy en el campo solo, y muy alejado de los mios: y si esto no haces, por todo el mundo publicaré tu cobardia, y de los tuyos, indignos de se llamar Caballeros. Pues tuviste osadia de acometer la Morisma, y de ganar Reynos y

Pró-

Provincias, ten esfuerzo de dar batalla á un sólo Caballero. Dicho esto, ató su caballo á un arbol, quitóse el yelmo, y se tendió en el suelo, y dende poco alzó la cabeza, mirando á todas partes si venia alguno; y desque no vido á ninguno, dando mayores voces, comenzó á decir: O Carlo, indigno de la Corona que tienes, con un solo Caballero Moro pierdes la honra, que en grande multitud de Moros muchas veces has ganado! O Roldan, Oliveros, y Oger de Danoys, y los que vos llamais doce Pares, de quien tantas hazañas he oido; cómo no osais parecer delante un solo Caballero? Haveis por ventura olvidado el pelear, ó vos hace miedo mi lanza? Venid, venid todos los doce Pares, pues uno solo no osa.

CAPITULO XV.

Como preguntó el Emperador á Ricarte, quien era Fierabras.

CArlo Magno el Emperador, oyendo las palabras de Fierabras, maravillándose mucho de su atrevimiento, preguntó á Ricarte de Normandia, que quien era el Pagano que tanto le amenazaba? Y respondió Ricarte: Señor, este es hijo del Almirante Balán, hombre de muy grandes rentas, y Señor de muchas Provincias, y es

el mas feroz hombre del mundo: llamase Fierabras, y es aquel que entró en Roma, y mató al Apostolico, y á otros muchos, y robó las Iglesias; y el que echó las santas reliquias, por las quales tantos trabajos y fatigas has recibido; es hombre de grandes fuerzas, y muy diestro en todas armas. Entonces dixo Carlo Magno: Tengo esperanza en Dios, que su gran sobervia y locura será humillada y abatida. Y viendo que ninguno de los doce se movia para la batalla, tuvo algun enojo entre sí; y sin darlo á conocer á nadie, llamó á su sobrino Roldan, y dixole: Sobrino, yo os ruego os armeis, y salgais á la batalla con Fierabras, que yo espero en Dios seréis victorioso.

CAPITULO XVI.

De la respuesta de Roldan al Emperador Carlo Magno.

SEñor, respondió Roldan al Emperador, por cierto yo no iré á la batalla, si no van otros primero; y la causa es esta, que la postrera batalla que dimos á los Paganos los nueve Caballeros, fuimos cercados de cincuenta mil Moros, y haciamos tanto de nuestras personas, que la mayor parte de ellos metimos á muerte; mas no sin grande trabajo, y heridas de nuestros cuerpos, como se ve por el buen Conde Oliveros,

ros, que está á la muerte de ellas; y quando llegamos á tu acatamiento, estando cenando, dixiste publicamente que los Caballeros ancianos lo havian hecho mucho mejor en la batalla que los mozos; pues que asi es, embia tus ancianos Caballeros, y verás como se havrán con Fierabras, y en mi no tengas esperanza alguna, ni de mis compañeros, si no quieres perder mi amistad. Quando Carlo Magno oyó á Roldan, con grande enojo que huvo, le tiró una manopla de acero, y le dió en las narices: y Roldan quando vió su sangre, con gran furor echó mano á la espada, y de hecho hiriera al Emperador su tio, si no se metieran los Caballeros en medio; y Carlo Magno mandó á grandes voces que le prendiesen y le sentenciasen á muerte; y Roldan sacó su espada, y dixo: No se llegue nadie á mi, sino el que tuviere aborrecido el vivir: el que se moviere, sacarle he presto del mundo. Y Roldan era tan querido en la Corte, que á todos pesó de su discordia: no hicieron ningun semblante de lo prender, por mas que lo mandase el Emperador. Y apartado Roldan de delante de Carlo Magno, se llegó Oger de Danoys á Roldan, y le dixo: Señor Roldan, mucho errasteis en lo que hicisteis, y vos era dado honrarle y obedecerle mas que á otro ninguno, asi por el deudo, como porque siempre vos honró mas que á otro. Y como Roldan hu-

vie-

viese perdido la saña, dijo: Señor Oger, en verdad yo le matara, si vosotros no os hallarades alli, mas soy de ello mucho arrepentido, y me pesa de haverle enojado.

CAPITULO XVII.

De una reprehension del Autor contra Carlo Magno y Roldan, por la question pasada.

PRimeramente quiero hablar contigo, Carlo Magno, noble Emperador, de las questiones que con tu sobrino, el muy esforzado Roldan huviste, pues asi por la edad, como por las ciencias y doctrinas, á las quales desde tu infancia de los ancianos, y la mudanza facil de los mozos: por qué alabas tan publicamente los ancianos, mas que los nuevos Caballeros, pues sabias que el noble Oliveros estaba á la muerte de las heridas que aquel dia recibió? Pues á tu sobrino Roldan quien le vió jamás huir de llevar la delantera en todas fronteras y batallas? Y quien se halló jamás de mayor corazon ni osadia, al qual ninguna multitud de Paganos jamás espantó, ni hizo volver atrás? Acordarsete debia de las grandes honras que por sus señaladas hazañas havias recibido. Miraras tambien, sagaz y discreto viejo, que los primeros movimientos no están en manos del hombre. Miraras en el dicho

del

del Filosofo, que dice: *Vindictam differ pertranseat furor.* Que no debe el hombre vengarse, siendo embuelto en ira. Trajeras á la memoria el dicho del Eclesiastés, en el decimo capitulo: *Nihil hagas in operibus injuria.* Consideraras que todos los vivientes desean la gloria y alabanzas de sus buenos hechos; y por esto se ponen, asi los Reyes, y grandes Señores, como los menores en los grados, afrentas y peligros; y los Caballeros, menospreciando el vivir, por dejar loable fama, ponen sus vidas al tablero por sus Reyes y Señores; lo qual muchas veces hizo tu leal sobrino Roldan; y en lugar de su digna alabanza y galardon, te oyó alabar á otros, que no tan bien como él lo merecian. Y tu, Roldan, noble y valiente Caballero, en quien nunca faltó virtud, de dónde te procedió responder con tanta sobervia al Emperador, hombre de tanta honra y valor, á quien la mayor parte del mundo teme y honra? A tu tio, de quien tantas honras y mercedes has recibido? Mas razon trae, cierto, que le sufrieras, que no que le hablaras con tanta descortesia: y si todo esto no te movia á paciencia, miraras que todos los mozos son temidos de catar honra y obediencia á los ancianos. Miraras asimismo al exemplo que nos dió Isaac en la obediencia que tuvo á su padre, y al dicho del Apostol: *Juvenes servant amicos odimuntque timorem.* Y el Apostol S. Pablo nos di-

dixo en su Epistola, que debemos sufrir y comportar como padres; y si el Emperador loo á los ancianos, no por eso deshonró proezas de los mozos; mas nunca tiene el hombre ninguna injuria por pequeña.

CAPITULO XVIII.

Como Oliveros, herido de muchas heridas, demandó licencia á Carlo Magno para salir á la batalla con Fierabras.

ESTaba Carlo Magno triste y enojado, asi de D. Roldan, como porque ninguno de los suyos se ofrecia á responder á la demanda de Fierabras; quiso armarse para salir á él, si le dejaran los Caballeros. Y venido esto á noticia de Oliveros, que estaba en la cama herido, huvo de ello grande enojo, asi por la discordia de Roldan con Carlo Magno, como tambien por no se hallar dispuesto para la batalla de Fierabras. Y despues que supo que ninguno de los doce Pares se mobia á servir á Carlo Magno en esto, y certificado del menosprecio y amenazas que Fierabras hacia á Carlo Magno, y á sus Caballeros; y movido de gran magnanimidad, y muy leal corazon de servir á su señor, y por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra infieles, saltó de la cama, estirando los brazos y miembros, por ver si comportarian el trabajo de las ar-

armas; y mientras se vestia, mandó á Guarin su escudero, que presto le aparejase las armas; y el escudero le dixo: Señor, haver merced de vuestra propia persona, que parece que voluntariamente quereis acortar vuestros dias. Y Oliveros le dixo: Haz presto lo que te he mandado, que no se debe tener en nada la vida, donde se espera ganar honra: grande mengua sería mia, si el Pagano se fuese sin batalla; y pues dicen que en la necesidad se conoce el amigo, no es justo dejar al Emperador mi Señor en tanta congoja; y Guarin le armó de todas armas; y armado Oliveros, saltó de un salto veinte y cinco pies, y del salto se le abrieron las llagas, y salió de ellas abundancia de sangre; mas ni por eso, ni por ruegos, ni por escudero, no quiso desarmarse, ni dejar de ir á la batalla, y luego ciñó su espada, llamada Altaclara: y ensillando el caballo, saltó en la silla, sin poner pie en el estrivo; y puesto el escudo al brazo, Guarin le dió una gruesa lanza; y hecha la señal de la cruz, se encomendó al todo Poderoso Dios, suplicandole por su infinita piedad le quisiese guardar en la batalla, que esperaba tener con el mas feroz Pagano que en aquel tiempo havia; y asi fue donde estaba Carlo Magno, acompañado de muchos Caballeros, entre los quales estaba Roldan, al qual pesó mucho quando vió á Oliveros armado: ya sabia estaba muy mal herido, y de grado tomara la empre-

presa de la batalla, sino por el juramento que hizo. Y llegando Oliveros delante del Emperador, hecho el debido acatamiento, dixo: Muy noble y esclarecido Señor, suplicote quieras oir mis razones: ya sabes como ha nueve años que estoy en tu servicio, y te he servido segun mi poder, aunque no segun tu grande merecimiento, y por ende te suplicó, que agora en una merced sea todo galardonado. Y Carlo Magno le respondió: Oliveros, noble Conde, pide lo que quisieres, que ninguna cosa te será negada. Y Oliveros dixo: Señor, suplicote que me des licencia para responder á Fierabras, que tantas veces me ha llamado, y en esto serán mis servicios bien galardonados. Fue Carlo Magno muy maravillado, y sus Caballeros de la demanda de Oliveros, y respondióle diciendo: Oliveros, de esto no tengas confianza, que no te daré tal licencia: pides batalla con el hombre mas feroz del mundo, y estás herido de muerte? Entonces se levantó Ganalon, y otros parientes suyos, que hicieron la traycion, como en el ultimo libro se dirá, y dixo: Señor, está ordenado y establecido en tu Corte, que ninguna cosa que tú mandases, no revocases, ni dejases de hacer; por eso es justo que Oliveros alcance la merced que mandase. Y Carlo Magno le dixo: Ganalon, tu tienes malas entrañas, como te he dicho otras veces; por lo que dixis-

xiste dejaré ir á Oliveros á la batalla: mas si muere, tu y todo tu linage lo pagaréis con la vida, como traydores. Y quando Carlo Magno vió que no podia negar la merced á Oliveros, dijo: Oliveros, ruego á Dios que por su misericordia te dé gracia de salir victorioso, y te deje bolver con salud ante mis ojos; y echóle el guante, y Oliveros le recibió con muy grande alegria, y despidióse de él, y de los demás Caballeros, y fuése para la batalla.

CAPITULO XIX.

Como el Conde Regner rogó á Carlo Magno no dejase ir á Oliveros, su hijo, á la batalla con Fierabras.

EL Conde Regner, quando supo que su hijo Oliveros iba á la batalla, con abundancia de lagrimas, temiendo su muerte, se echó á los pies de Carlo Magno, diciendo: Señor, yo te ruego hayas piedad de mi hijo, y de mi: ya no tengo otro consuelo ni esperanza en mi vejez, sino aquel hijo; y haved asimismo piedad de su ardiente mocedad; y si esto no te mueve á piedad, muevante las mortales heridas que en su cuerpo tiene, por las quales no tiene disposicion para pelear, ni aun para sufrir las armas, por donde, ni tu serás vengado del feroz

roz Gigante, ni mi hijo evitará la muerte, ni yo quedaré libre del temor y recelo de mi esperada vejez. Y dixole Carlo Magno: Regner, yo no puedo revocar la merced que él ha demandado, y le otorgué: ya le di mi guante en señal de la licencia; mas espero en Dios que le verémos bolver victorioso, y con salud. Entonces se bolvió Regner á su hijo, y mezclando algunas palabras con muchas lagrimas, le dió su bendicion; y asi se partió Oliveros en busca del Gigante Fierabras, y salieron todos á lo mirar, lo uno, porque sabian que estaba malamente herido, y porque tenian gran placer de verle armado.

CAPITULO XX.

Como Oliveros habló á Fierabras, y como el Gigante lo menospreció.

LLegado Oliveros al lugar donde estaba Fierabras; y viendo estarlá la sombra de un arbol desarmado y durmiendo, despues de le haver llamado, le llamó diciendo: Levantate Pagano, y toma tus armas y caballo; pues tanto me llamaste, he venido para ver si eres tan feroz en los hechos, quanto tienes la fama y el parecer. Fierabras alzó la cabeza, y viendo un solo Caballero, no hizo caso de él: bolvióse á echar, y Oliveros le llamó otra vez: y Fierabras

bras le preguntó quien era, que tan simplemente venia á la muerte? Oliveros le dixo: Pagano, levantate, y toma tus armas y caballo, y ven á la batalla; ya no es hecho de Caballero estar tendido en el suelo, viendo su enemigo delante. Dices que vine yo á buscar la muerte, es muy cierto; mas la tuya, como verás presto. Y Fierabras se asentó, y dixo asi: Osadamente hablas, aunque eres pequeño de cuerpo; y si tomas mi consejo, te puedes bolver, y asi alargarás la vida, y si todavia porfias de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, y la sangre de do desciendes. Y Oliveros le dixo: Tu no puedes saber mi nombre, hasta que sepa el tuyo, y no me parece en tus razones tal, qual te mostraban tus amenazas contra el noble Emperador, el qual me embió aqui para que diese fin á tus dias, ó á lo menos dejando tus idolos, hechos por manos de hombres, sin entendimiento ni virtud, creyeses en la Santisima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres personas, y un solo Dios todo Poderoso, Criador del Cielo, y de la gloriosa Virgen Santa Maria. Y quando creyeres firmemente todo esto, mediante el agua del Santo Bautismo, que sobre esto fue establecido, te podrás prevenir á la gloria eternal. Y Fierabrás dixo: Quien quiera que tu seas, eres muy presuntuoso en tu habla; y porque conoz-

cas tu loco atrevimiento, te quiero decir quien soy: yo soy Fierabras de Alexandria, hijo del grande Almirante Balán, y soy aquel que destruyó á Roma, que mató al Apostolico, y á otros muchos, y llevé todas las Reliquias que hallé, por las quales haveis recibidos tantos trabajos; y tengo á Jerusalen, y el Sepulcro donde fue puesto vuestro Dios. Y Oliveros le dixo: Fierabras, yo he havido placer de tus nuevas, y agora tengo mayor deseo de la batalla: ya soy mas cierto de la victoria: levantate, y ven presto, que por ella se ha de librar nuestro pleyto, y no con palabras. Y dixole Fierabras: Christiano yo te ruego me digas qué hombres son Carlo Magno, Roldan, y Oliveros, porque los he oido nombrar muchas veces en las partes de Turquia. Y Oliveros le dixo: Pagano, sepas que Carlo Magno es poderoso Señor, y muy valiente por su persona, y hombre de gran consejo y sagacidad, asi en el regimiento de sus Reynos, como en hechos de guerra; y levantate, sino quieres que te hiera asi como estás, y arrepentirte has quando ya no tuvieres remedio. Y entonces Fierabras le dixo: Dime, Caballero, cómo no embió Carlo Magno á Roldan, ó Oliveros, de quien tantas hazañas he oido? O por qué no embiaba quatro ó cinco de los Pares, si uno no osaba. Y dixole Oliveros: Roldan jamás hizo quenta de un

so-

solo Pagano, por mas nombrado que fuese, y solamente por menosprecio tuyo no quiso venir á esta batalla : tu trajeras tu compañia, él solo te saldria á recibir, y vieras entonces quien era. Y el Pagano le dixo : Y tu quién eres, ó en que erraste á Carlo Magno, que asi te embió aqui, como quien embia un cordero á el carnicero? Yo te juro á los Dioses, en quien creo que por tu buena habla y parecer, tengo lastima de tu mocedad; y toma mi consejo, y buelve á Carlo Magno, y dile que me embie seis de los doce Pares, que juro al poder de mis Dioses, de los esperar y dar batalla. Y Oliveros le respondió: Pagano, no te cures de tanta platica y dilacion, que si no te levantas hago juramento á la Orden de Caballeria, que aunque me sea feo, de herirte, y hacer levantar mal de tu grado. Y dijo el Pagano : Dime pues tu nombre antes que me levante : y dixo Oliveros: Yo me llamo Guarin, pobre hidalgo, nuevamente armado Caballero, y esta es la primera cosa en que sirvo al Emperador mi Señor; y poniendo la lanza en el ristre, hirió al caballo con las espuelas, siguiendo de le herir, y del salto que dió se le abrió una llaga que tenia en un muslo, y saltó gran copia de sangre, de tal manera, que la vió Fierabras salir por entre las armas, y le preguntó si estaba herido, y dónde procedia aquella sangre? Y Oliveros

dixo que no estaba herido, y que la sangre procedia del caballo, que era duro á las espuelas. Y viendo Fierabras que salia por las junturas de las armas, le dixo: Por cierto, Guarin, tu no dices verdad, que no puedes negar que tu cuerpo esté llagado; y decirte he como sanarás en un punto, aunque mas llagas tuvieses: llegate á mi caballo, y hallarás dos barrilejos atados al arzon de la silla llenos de balsamo, que por fuerza de armas gané en Jerusalen, y de este balsamo fue embalsamado el cuerpo de tu Dios, quando le descendieron de la Cruz, y fue puesto en el Sepulcro; y si de ello bebes, quedarás luego sano de tus heridas. Y Oliveros le dixo: Pagano, cumplido en tus razones mas que de hechos, no tengo cura de tu brevage; y si no te levantas, como villano te haré dejar el habla, y despedir del vivir; y Fierabras le dixo: Esa no es cordura, Guarin, y creo te arrepientas, si en la batalla entras conmigo.

CA-

CAPITULO XXI.

Como Oliveros ayudó á armar á Fierabras, y de las nueve espadas maravillosas; y como Oliveros dixo quien era por su nombre.

COmo Fierabras huvo rogado á Oliveros que dejase su demanda, y no quisiese entrar en batalla con él, y él en ninguna manera no lo quiera hacer, le dixo: Guarin, tu estás todavia en tu loca porfia: mas creo que quando me vieres en pie, que solo de la vista te espantarás. Y Oliveros enojado de sus platicas, abajó la lanza, y hizo semblante que le iba á dar, diciendo levantate villano, y entonces Fierabras con gran furor se levantó, y dixo: Por tu vida, Guarin, me digas qué hombre es Roldan y Oliveros, y la estatura de sus cuerpos? Y Oliveros le respondió: Oliveros es de mi grandor y tamaño: Roldan, quanto al cuerpo, algo menos; mas de corazon y valor de su persona, no tiene par el mundo. Y dixo Fierabras: Por la fé que debo á Apolin, y Tavalgante, mis caros Dioses, que me maravillo de lo que dices, que si doce Caballeros como tu estuviesen agora aqui, no tendria por grande hazaña meterlos á filo de espada. Mucho hablas, dixo Oliveros, y creo que de mi solo tienes miedo, y por eso di-

latas la batalla; armate, y sal luego, que ni tu grandor me espanta, ni tus alabanzas te hacen mejor de lo que eres. Entonces Fierabras dixo: Guarin, yo te ruego te apees, y me ayudes á armar. Y Oliveros le dixo: No creo fuese seso fiar en ti: y Fierabras respondió: Con mucha seguridad te puedes fiar de mi, que nunca en mi reynó traicion ni vileza. Entonces Oliveros saltó ligeramente del caballo para armar á su enemigo, y él dixo: Guarin, yo te ruego, en tus hechos seas hidalgo; y Oliveros le dixo que lo sería, y asi le empezó de armar, y primeramente le vistió un cuero cosido, y despues una gruesa cota de malla, y luego un peto de acero, y encima de todo esto un arnés muy reluciente, guarnecido de piedras preciosas de infinito valor. Vista la cortesia de Oliveros, nuevamente le rogó Fierabras que dejase la demanda, ofreciendole todo el prez, y la honra de la batalla; y Oliveros le dixo: Pagano, no cures hablar en eso, que yo te llevaré muerto ó vivo á Carlo Magno mi Señor. Entonces Fierabras ciñó su espada, llamada Ploranza, y tenia otras dos al arzon de la silla; la una se llamaba Baptiso, y la otra Graban: las quales eran de tal temple, que ningun arnés por fino que fuese las melló, ni hizo señal en ellas. Hicieron estas espadas tres hermanos, y cada uno hizo tres; llamabase el uno Galfus, el

el otro Munisicans, y el otro Ausiax; Ausiax hizo las espadas llamadas Baptiso, Ploranza y Graban las quales tenia Fierabras. Munisicans hizo las espadas llamadas Durandal, esta huvo Roldan; la otra se llamaba Salvagina, y la otra Cortante: estas huvo Oger de Danois. Galfus hizo las espadas llamadas Flamberge y Altaclara: estas tenia Oliveros; y la otra se llamaba Joyosa: esta tenia Carlo Magno. Estos tres hermanos, milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que antes ni despues nunca hicieron otras tan buenas; y ceñida la espada, Oliveros rogó á Fierabras que cabalgase: mas no quiso cabalgar, hasta que vido á Oliveros en su caballo; y entonces, sin poner pie al estrivo, saltó muy ligeramente la silla: y armado, era cosa espantable de ver, que tenia quince pies de largo, y bien fornido, segun la grandeza; y puesto un escudo de acero al caballo, en medio del qual tenia pintado el Dios Apolin, y encomendandose á él, tomó una muy gruesa lanza en la mano, que á un arbol tenia arrimada; y buelto con fiero semblante á Oliveros meneando su lanza como si fuera una paja otra vez le rogó que se bolviese sin batalla; diciendo que era imposible en ella evitar la muerte. Y entonces Oliveros dixo: Pagano, piensa ya de ser en este dia buen Caballero, que tengo esperanza en aquel que por el humano li-

linage recibió muerte y pasion, de té llevar muerto ó vivo á Carlo Magno: dicho esto, bolvió el caballo, y tomó del campo á su placer; y puesta la lanza en el ristre, le dixo que se defendiese hasta la muerte. Fierabras, visto que no se escusaba la batalla, hincó la lanza en el suelo, y se fue ácia Oliveros, rogandole que aun dos razones le oyese, y le dixo: Tu eres Christiano, y tienes gran confianza y esfuerzo en la ayuda de tu Dios, por el qual te conjuro, y por el Bautismo que recibiste, y por la reverencia que debes á la Cruz, donde tu Dios fue colgado y enclavado; y asimismo, por la fidelidad que debes á Carlo Magno tu Señor, que me digais si eres Don Roldan, ú Oliveros, ó alguno de los doce Pares, que tu gran osadia me hace creer ser alguno, ó el principal de ellos; y que por verdad sepa tu nombre y el linage de donde desciendes. Oliveros le dixo: No sé, Pagano, quien te enseñó á conjurar al Christiano, que mas fuertemente no me podrias apremiar á decir verdad: por ende sepas que yo soy Oliveros, hijo de Regner, Conde de Genés, uno de los doce Pares de Francia. Por cierto, dixo Fierabras, bien conoci en tu atrevimiento y osadia, que no eres otro que el que me has dicho; y pues que es asi, señor Oliveros, vos seais bien venido; y si antes os conociera, antes hiciera vuestro mandado; y

por

porque veo teñidas vuestras armas de la sangre que de vuestro cuerpo sale, haveis de hacer dos cosas, la una, ó vos bolved á curar vuestras llagas, ó bebed del balsamo que conmigo traigo, y luego sereis sano, y asi podreis bien pelear y defender vuestra vida; y á mi seria grande mengua mataros, siendo de otro Caballero herido. Señor Fierabres de Alejandria (dixo Oliveros) á mucha merced os tengo la buena voluntad, mas soy cierto que no tengo necesidad de ello: dejemos las hablas, y entendamos en los hechos, y veréis lo que os digo, y no dilateis mas ya nuestra batalla, pues no se escusa, salvo con esta condicion, que dejando vuestros idolos, recibieseis el Bautismo, y tuvieseis la creencia que los Christianos tenemos: y si esto haceis, tendreis por buen amigo al Emperador Carlo Magno, y á D. Roldan por vuestro especial compañero, y yo os prometo de nunca dejar vuestra compañia. Y Fierabras dixo, que de ninguna manera lo haria.

CAPITULO XXII.

Como Oliveros y Fierabras comenzaron su batalla, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros.

APercibidos, y puestos en orden los dos Caballeros, rogó Fierabras á Oliveros otra

otra vez, que bebiese del balsamo; y Oliveros le dixo: No quiero Fierabras, vencerte por virtud del balsamo, sino con espada cortante, y con buenas armas muy lucidas, como Caballero. Y dicho esto, tomaron el campo á su voluntad, lo que les pareció haver menester; y con toda la fuerza que los caballos podian, se vinieron el uno para el otro, y el encuentro fue tal, que volaron las lanzas en el ayre, hechas muchas hastillas, y quebradas las lanzas, echaron mano á las espadas, sin que en ellos se conociese mejoria alguna; y de esto estuvo muy maravillado Fierabras; y aunque estaban asaz apartados del Exercito, peleaban en lugar que el Emperador Carlo Magno, y los otros Caballeros lo veian muy bien; y viendo Carlo Magno el peligro en que Oliveros estaba, se entró en su retraimiento muy triste, donde tenia un devoto Crucifijo; y abrazado con la Cruz, con abundancia de lagrimas, y devoto corazon comenzó á decir: Mi Dios, cuya remembranza tengo en mis brazos, yo te ruego quieras ser en ayuda de Oliveros, que por defender tu Santa Fé está en gran peligro. En esto andaban los dos Caballeros muy feroces peleando, de manera, que salia de las armas mucho fuego, y los yelmos abollados; y de ellos, y los caballos, de cansados huvieron de retirarse, para descansar un poco; y buel-

bueltos á su comenzada batalla, dió Olivaros tal golpe á Fierabras, que toda la pedreria, oro, y otras joyas de gran valor, hizo volar por el suelo; y quedó tan aturdido del golpe, que perdió los estrivos, y las riendas del caballo, y por poco cayera en el suelo. Viendo este golpe Carlo Magno y sus Caballeros, huvieron todos gran placer: y entonces D. Roldan dixo: Oliveros, mi especial amigo y compañero, pluguiese á Dios que agora yo estuviese en tu lugar, por dar presto fin á la batalla, no porque tu no seas suficiente para mayor hecho (si sano estuvieses de tu cuerpo) mas recelome que tus llagas te acarreen la muerte, tanto como las fuerzas del Gigante. Estas palabras oyó Carlo Magno, y dixole: Roldan, mejor fuera, cierto, que tu sano y rogado fueras á la batalla, que Oliveros está malamente herido; mas si muere en esta batalla, jamás olvidaré tu ingratitud; y á esto ninguna cosa respondió Don Roldan. Tornando en sí Fierabras, y cobrando los estrivos, y las riendas del caballo, echando espuma por la boca, y los ojos bueltos en sangre, y quitada la visera llamando la ayuda de sus Dioses, se fue para Oliveros, y con la espada llamada Baptiso le dió tal golpe, que el yelmo le abolló, y cortó los lazos; y hizo volar toda la malla por el suelo; y le hirió muy malamente el caballo, y llegandole la espada á

la

la pierna izquierda, le cortó la grava, y hirié muy mal en la pierna, y quedó la espada de Fierabras ensangrentada; y de este golpe fue el buen Caballero Oliveros muy aturdido, y cayera del caballo, si no se abrazara con el arzon de la silla, y dixo entre sí: O mi Dios, Criador, que cruel golpe es este que he recibido! O Virgen y Madre de Dios! A ti me encomiendo, no permitas que muera yo en manos de este cruel infiel, y para descansar algun poco se quitó la visera; y quando Fierabras le vido tan demudado, le dixo: O Oliveros, noble Caballero, ya sabras como cortan mis espadas, y el modo de pelear, toma mi consejo, y buelvete á tu posada, y haz que te curen tus llagas, porque si porfias en esta demanda, no vivirás dos horas; yo te veo muy demudado, por la sangre que has perdido y pierdes; embiame á Don Roldan, ó á qualquiera de los otros doce, que aqui lo esperaré, y á ti mismo cada y quando que bolvieres sano: y esto has de hacer antes que conozcas mas mis fuerzas. Quando Oliveros oyó esto, llenó de enojo, apretando la espada en la mano, y cubriendose del escudo, dixo: O Pagano, todo el dia me estas amenazando de me dar la muerte, mas yo espero en Dios de hacer eso en ti; y en diciendo estó arremetieron el uno para el otro, y se hirieron tan poderosamente, que subian por el ayre las

cen-

centellas que de las armas salian, y sin descansar un punto, un golpe alcanzaba al otro; y el ruido que hacian era tan grade, que parecia herreria.

Estaba Carlo Magno y sus Caballeros maravillados de tan cruda batalla; y entrandose Carlo Magno en su retraimiento, con perfecta fé comenzó á decir: O glorioso Dios, que por nosotros recibiste muerte y pasion! Plegüete, por tu misericordia; ser en ayuda de Oliveros, porque no perezca en manos de aquel enemigo tuyo, y de tu Santa Fé; y en este tiempo no cesaban los Caballeros de herirse cruelmente; de manera, que Fierabras cortó un haro de acero dorado, y labrado á maravilla, que tenia Oliveros al rededor de su yelmo, y le cayó sobre los ojos, y el golpe le abolló las armas, y le hirió en los pechos. Oliveros malamente herido, y con grande esperanza del socorro de Dios, empezó á decir: O glorioso Dios! Principio, medio y fin de todas las cosas, el qual con tu propia mano formaste á nuestro primer padre Adan, y por compañera le diste á Eva, sacada de su costilla, y en el Parayso terrenal los colocaste, y un solo fruto les vedaste; y de aquel, engañados del diablo, huvieron de comer, y por aquello perdieron el Parayso. Y tu Señor, doliente de la perdicion del mundo, bajaste acá entre nosotros, y tomaste carne humana

en

en el vientre Virginal de la Sacratisima Virgen Maria Señora nuestra, y los Reyes de lejas tierras te vinieron á adorar, y te ofrecieron oro, incienso y mirrha: y despues el Rey Herodes, pensando, Señor de te matar, hizo morir muchos niños inocentes, y despues predicaste en el mundo tu Santa Doctrina; y los Judios, embidiosos, te clavaron en la Cruz; y estando en ella, Longinos con la lanza abrió tu Santo Costado, y de él salió sangre y agua; y cayendo en los ojos del ciego Longinos, cobró la vista que tenia perdida, y creyó en ti, y fue salvo, y tu Santo Cuerpo fue puesto en un Monumento de piedra, y al tercero dia resucitaste, y sacaste las almas de los Santos que en el Limbo estaban; y el dia de tu gloriosa Ascension, á los ojos de tus Discipulos, subiste á los Cielos. Asi, Señor, como firmemente creo todo esto, sin parte alguna de incredulidad, te suplico me seas en mi ayuda y favor contra este infiel Gigante; porque vencido por mi, sea convertido á creer en ti, y entre en la carrera de la via de la salvacion. Y dicho esto, con entera esperanza del pedido favor, besó la Cruz de su espada, y se movió para Fierabras, el qual con mucha atencion havia escuchado todo lo que Oliveros havia dicho; y riendose de él, dixo: Por tu vida, Oliveros, que me declareis la oracion que has dicho agora con tanta devocion. Y Oli-

Oliveros le dixo: Pluguiese á Dios, Fierabras, que tu creyeses lo que dixe, como yo creo, y que dejadas las abusiones de tus idolos, conocieses tu verdadero Criador y Redentor, y conociendolo recibieses su Santo Bautismo, y guardases sus Santos Mandamientos, mediante lo qual se alcanzá la gloria del Parayso. De eso no me hables, dixo Fierabras, que mis Dioses son muy piadosos á quien los llaman con devocion, y veo que tu Dios no te quiere ayudar en tanta necesidad; aunque lo has llamado en tus oraciones muchas veces; por ende te doy por consejo que dejes tu Dios, y te buelvas Moro, que yo partiré con tigo toda mi tierra y renta. Y Oliveros le dixo: Pagano, simplemente hablas en decir, que deje al Criador del Cielo y de la tierra, por adorar un idolo de oro ú de plata, hecho por manos de hombres: esto hacen los que ciegos de los ojos del entendimiento, van tras el diablo engañados, como te trae á ti y á los tuyos; y dejemos razones, y vengamos á la comenzada batalla. Y Fierabras le dixo: Todavia porfias en morir á mis manos? Pues asi lo quieres, procurate defender, que ninguna piedad havré de ti. Y Oliveros le dixo: Ni yo de ti, hasta darte la muerte, ó llevarte preso delante del Emperador Carlo Magno; y arremetieron el uno para el otro, como dos hambrientos leones, y tornaron á su ba-

batalla con tanta ligereza, y deseo de pelear, como quando la comenzaron; y dió Fierabras tan gran golpe á Oliveros, que descendió el golpe, y hirió al caballo en la cabeza, y se espantó, y fue corriendo por el campo gran trecho, sin que Oliveros le pudiese detener; y tirando de las riendas las hizo pedazos. Quando Fierabras vido que Oliveros nó podia detener su caballó, dió de espuelas al suyo, y le atajó el camino, haciendole parar; y quando Oliveros le vido cabe si, pensando que le seguia para lo herir; saltó ligeramente del caballo y le dixo: Pagano, haz todo lo que pudieredes, que ninguna ventaja te conozco. Y Fierabras le dixo: No creas, Oliveros, que alce mi espada para te herir, mientras estuvieres á pie, que no tienes tu la culpa de la falta de tu caballo: mas adereza las riendas, y cabalga en él, tornarémos á la batalla, si quieres; y si la quieres dejar para otro dia, en este campo te esperaré. Y Oliveros le dixo: No cesará la batalla sin la muerte ó vencimiento del uno ú del otro. Anudadas las riendas del caballo, saltó en él muy ligeramente, y bolvieron á la batalla; y despues que se huvieron dado muy grandes y terribles golpes, rodeandose los Caballeros el uno al otro, por mejor aprovecharse de su enemigo, tropezó el caballo de Fierabras, y cayó en una acequia, tomando á Fierabras debajo,

que

que no podia en ninguna manera salir; y viendolo Oliveros, saltó muy presto de su caballo, tomó el de Fierabras por el freno, desviandolo, que no le pisase; y viendo que Fierabras no se levantaba, le tomó en sus brazos, y levantóle del suelo, y dixo, que cabalgase, y bolviese á la batalla, y Fierabras cabalgó ligeramente, y dixo á Oliveros: Tu gran virtud, y nobleza me hace perder el deseo de la batalla, por ende te ruego, que la dejes, y lleves todo el prez, y la honra. Oliveros le respondió, que en ninguna manera podria él ser salvo de la batalla, sin ser forzado de sus compañeros, sino que ya que él quisiese ir con él á Carlo Magno, y no queriendo ir Fierabras, tornaron á su fuerte batalla, y dió Fierabras tal golpe á Oliveros, que le saltó la sangre por las narices, mas no por eso dejó la batalla. Quando Fierabras vido á Oliveros bolver con tan magnanimo corazon á la batalla, le dixo Oliveros, grandisimo es el esfuerzo de tu corazon; con tu derramada sangre has regado todo el campo; veo tu yelmo todo abollado, y el arnés despedazado, y desguarnecido; mi tajante espada, y mi brazo derecho teñido en tu propia sangre; tu caballo muy fatigado, por los golpes, que hoy ha recibido, y yo enojado ya de te herir, y tu fuerte corazon nunca enfadado, ni turbado, antes mucho mas feroz, y no menos osado, que al

principio de la batalla; mucho quisiera que gozáras tu noble mancebía, y por esto te he rogado tantas veces, que dejases la batalla, y de nuevo te lo rogaria, por acortar tus dias, si te viese en proposito de tomar mis sanos consejo, mas veo tus fuerzas en muy grande grado menguadas, y tambien tus brazos, y miembros muy fatigados, y deseoso de paz, por hallar en ella algun descanso: y por otra parte veo tu engañado corazon arder en el deseo de la batalla, no teniendo en nada los duros golpes de mi tajante, y cortadora espada. y ya enojado de mis prolixas razones, atribuyes á cobardia lo que es generosidad, y nobleza de mi sangre, que me obliga á decir, no menos la nobleza, que en ti he hallado: y pues que tanto huyes de lo que todos los vivientes desean, que es el vivir, encomienda tu Alma á tu Dios, que el cuerpo ya no tendrá poder de quitarse del furor de mi espada. Aun no eran bien acabadas las tan superfluas, y arrogantes razones de Fierabras, quando Oliveros apretando la espada en la mano, y cubierto de su escudo, se adelantó para él, y alzados los dos valientes Caballeros sobre los estrivos, olvidado todo el temor de morir, se dieron tan terribles golpes, que ni la firmeza de los escudos, ni la fuerza de tan vigorosos brazos, no pudo defender, que las espadas no llegase á los yelmos,

mos, y fueron los golpes de tanta fuerza, que entrambos á dos cayeron sobre los arzones de las sillas de pechos, perdido todo el sentido; y de la grande fuerza hincaron los caballos las rodillas en el suelo, y dos grandes partes de los escudos cayeron en tierra; y fue el golpe de Fierábras tal, que resbalando su espada del yelmo de Oliveros, descendió á los pechos, y hendió el arnés, y todas las armas, y hirió á Oliveros en la teta izquierda. Viendo Oliveros salir grande abundancia de sangre de su mortal llaga, temiendo la muerte, dixo así: O verdadero Dios todo poderoso! Oye el anima, pues que el cuerpo no mereció ser oido, vean, pues, tus clementisimos ojos este inmerito siervo tuyo, que te llama en su postrimera hora: no pido ya el vencimiento de la batalla, solamente suplico, que esta pecadora anima, rescatada con tu preciosa Sangre, no perezca, ni pierda la gloria, que á tus fieles prometiste. O Virgen bendita, Madre de Misericordia! ruega por tu Caballero, que te llama en tanta necesidad. Dicho esto, se cubrió con la parte del escudo que le quedaba, y fuese para Fierabras, diciendo: Ea Caballero, demos ya fin á esta prolixa batalla procura de te defender, que si quedo en el campo, yo trabajaré, que no te alabes en poblado. Quando Fierabras le vido tan demandado, asi en el habla, como en la co-

color del gesto, dixo á Oliveros: Noble Caballero, mucho me pesa de tu mal; mas vente para mi presto, beberás el balsamo, y cobrarás la salud, y toda la fuerza, que has perdido. Oliveros le dixo: O generoso Pagano, quan grande es tu cortesía, y nobleza! Bien parecen tus condiciones á la sangre de do desciendes: mas sepas, que no llegaré á tu balsamo, si con la espada no le gano. Qual hidalgo podrá darte la muerte, haviendole dado la vida? Y luego, como feroces leones, se fue el uno para el otro, y los golpes fueron tales, que vieron los Christianos el fuego, que de las armas salia, y Oliveros acertó á Fierabras en un muslo, y falseadas las armas; le metió la espada por la carne, y salia de él mucha sangre. Viendose el Pagano tan mal herido, desviado algun tanto de Oliveros, muy prestamente bebió del balsamo, y quedó del todo sano de su herida, y de esto fue muy triste Oliveros, y con grande enojo le dió un gran golpe con la espada, y Fierabras se cubrió del escudo, y descendió el golpe al arzon de la silla, cortó una cadena, en que estaban atados los barriles del balsamo, y cayeron entrambos en el suelo, y del gran golpe se espantó el caballo, y huyendo, se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar de se apear, y beber del balsamo á su placer, y luego se sintió sano, ligero, y dispuesto, como si nun-

nunca huviera sido herido, y de esto dió infinitas gracias á Dios, y dixo entre sí: Ningun buen Caballero debe pelear con esperanza de tales brebages; y tomando entrambros barriles, los echó en un caudaloso rio, que cerca de alli pasaba, y fueron al hondo del agua; y he leído en un libro autentico de Lengua Toscana, que habla de este Fierabras de Alejandria, que todos los dias de San Juan Evangelista parecen los dos barriles encima del agua, y no en otro tiempo. Quando Fierabras vido sus barriles perdidos, con grande enojo dixo á Olivaros: O hombre simple, y sin cordura! por qué echaste á perder lo que con todo el oro del mundo no se podrá mercar? Apercibete, pues, que entiendo que lo habrás menester antes que de mi te apartes; y diciendo esto, con gran ferocidad se fue para él; mas Oliveros, que mas dispuesto estaba que antes, con magnanimo corazon le esperó, y dieron muy grandes golpes, y fue el golpe de Fierabras con tan gran impetu, que, resbalando del escudo de Oliveros, acertó en el pescuezo del Caballo, y se le cortó, y quedó Oliveros á pie, y Fierabras muy maravillado como su caballo no arremetió para Oliveros, que á eso era acostumbrado, y á muchos havia dado la muerte.

CAPITULO XXIII.

Como los dos Caballeros hicieron batalla á pie, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros.

COmo Oliveros se vido sin caballo, fue muy triste por ello, y dixo á Fierabras: O Rey de Alejandria! esforzado Caballero, valerosamente te has havido hoy contra mi: tu alabaste, que á cinco Caballeros juntos, tales como yo darias batalla, y me mataste el caballo, sabiendo, que en la Orden de Caballería está estatuido, que el Caballero, que en desafio mata el caballo al otro, debe perder el suyo; y Fierabras le dixo: Yo sé que dices verdad; bien has visto, que no tiraba al caballo, mas no quedarás quejoso de mi, cata aqui mi caballo te doy, que es el mejor del mundo, y estoy muy espantado como no te despedazó luego que te vió á pie, que asi lo ha hecho á otros muchos Caballeros; y luego se apeó del caballo, y Oliveros le dixo: No creas que ninguna cosa reciba de tí, si justamente no la ganare por las armas; y asi apeados los dos Caballeros, comenzaron muy cruda, y recia batalla, y parecia Fierabras una torre á par de Oliveros, que era mucho mayor de cuerpo, aunque no menos en los golpes, ni en la des-

tre-

treza del pelear, ni en la ligereza; y continuando su batalla, tiró Fierabras un golpe con toda su fuerza, pensando acertar á Oliveros en la cabeza; y el noble Caballero se desvió al lado derecho, no se apartando de su enemigo, y dió el golpe en el suelo; y antes que Fierabras alzase el brazo, Oliveros le dió un gran golpe, y fue muy desatinado, y con la gran fuerza, que puso Oliveros en herir á Fierabras, se le adormeció el brazo, y la mano de la espada, y le saltó la espada de la mano, y cubierto bien de la parte del escudo, que le quedaba, se abajó para la alcanzar: mas el Pagano, que cerca de él estaba, le dió á su salvo tal golpe, que de la pequeña parte del escudo, que tenia, hizo muchas piezas, y quedó el buen Oliveros sin escudo, y sin espada, y el brazo atormentado del golpe. Todo esto vido Guarin su escudero, que estaba en una alta torre mirando la batalla, y desque vido á Oliveros, su señor, sin armas, con muy grandes lloros entró donde estaba Carlo Magno, y Regner, padre del esforzado Oliveros, y otros muchos del Exercito de Carlo Magno, á grandes voces decia, que vieran á Oliveros, su señor, sin escudo, y sin espada, y el Pagano bien armado de todas armas, procurando darle muerte. Oyendo Roldan las tales nuevas tomó con presteza el escudo, y su espada Durandal; y puesto de ro-

dillas delante de Carlo Magno, le suplicó quisiese dar licencia para ir á guardar á Oliveros de muerte: mas no consintió el Emperador, que ninguno se moviese para favorecer al noble Oliveros, diciendo, le seria mal contado entre los Caballeros porque fue desafiado por uno, y nó osó ninguno hacer otra cosa; y entrandose el Emperador en su retraimiento, y puesto de rodillas delante de un Santo Crucifixo, y derramando infinitas lagrimas por su arrugada fáz, rogó á Dios por su Oliveros, diciendole: Suplicote, Señor, por tu infinita piedad, y misericordia, quieras ser en ayuda al Caballero, que por tu Santa Fé está en grande peligro, y hizo muy grandes votos, y promesas. Acabada su oracion, oyó una voz del Cielo, que le dixo: Carlo, no te fatigues por tu Caballero, que sin duda, aunque sea tarde, llevará el vencimiento de la batalla. Y dió el Emperador infinitas gracias á Dios, y con crecida alegria salió de su camara, y solamente contó esto á Regner, padre del buen Oliveros, por consolarle, que estaba en gran congoja por su hijo.

Quando Fierabras vido á Oliveros sin espada, y sin escudo, no osaba bajar por ella, dixo: O noble Oliveros, caballero de gran honra, por cierto yo he alcanzado sobre tí algo de lo que deseaba, y tú no creias; mas bien te

te puedes ya dar por vencido, pues estás sin espada, y no eres osado, ni te atreves á bajar por ella; y por tu grande nobleza quiero hacer contigo un partido, porque puedas gozar de tu noble mancebía, y es este: que tu me prometas dejar la Ley, y creencia de tu Dios; y adorando de perfecto corazon mis Dioses, les demandes perdon de los muchos daños, que á los Turcos has hecho; y de esta manera podrás evitar la muerte, y casarte he con Floripes mi hermana, la mas hermosa dama, que en toda Turquía se halla; y si esto haces, antes de un año bolverémos con una muy grande Armada: y ganarémos todo el Reyno de Francia, y te haré coronar por Rey de todo este Reyno, y Provincias, y despues entrarémos, por Alemania, y todo lo que ganaremos, será tuyo: y de las tierras, que poseo, te daré parte, si quieres. Y Oliveros respondió: Pagano, en valde hablas, que si me dieses todos los Reynos, y tesoros del mundo, no haria nada de lo que me dices, y antes consentiria desmembrar todo mi cuerpo miembro por miembro, que discrepar un solo punto de la Ley de mi Dios. Y Fierabras le dixo: Juro al poder de mis Dioses, que eres el mas obstinado hombre del mundo, pues ningun peligro, ni trabajo te han podido hacer mudar el proposito, ni aflojar el corazon; y te puedes loar, que nunca hombre delante me du-

duró tanto, ni en su batalla tan fatigado fui como en la tuya he sido; y por tu grande valor, quiero usar de esta cortesía contigo, que tomes tu espada, y con ella buelvas á la batalla; si quieres dejaré mi escudo, porque quedemos ambos iguales en las armas. Y respondió Oliveros: Noble Pagano, no puedo negar tu cortesia, y nobleza; mas por todo quanto puede haver en el mundó, tal no haria, que mi proposito es de acabar la batalla, y no se acabaria sin la muerte de uno, ú de entrambos; y si por cortesía, y virtud yo cobrase mi espada, y despues con ella alcanzase victoria, ó poder sobre tí, como te podria negar la paz, ó tregua, si me la pidieses? Obra todo lo que pudieres contra mi, que mi vida, ó mi muerte dejo en las manos de mi Redentor, por cuya gracia espero cobrar mi espada. Por cierto, Oliveros (dixo Fierabras) tu eres en demasía porfiado; mas presto verás tu pensamiento en vano, y tu Dios no todo poderoso de te quitar de mis manos.

CA-

CAPITULO XXIV.

Como Oliveros ganó una de las espadas de Fierabras, y con ella le venció.

QUando Fierabras vido que Oliveros no queria tomar su espada, tuvoselo á locura grande, y cubierto con su escudo, con gran ferocidad se fue para él; y tenia Oliveros, para defenderse, un pedazo de escudo en la mano, sin otra arma; y como vido á Fierabras, que alzaba el brazo para le herir, tirósele á la cara, y quebróle la visera, y dió Fierabras un gran grito, del qual espantó su caballo, y dió un salto ácia Oliveros: vuelto Oliveros ácia el caballo, vió las dos espadas, que estaban colgadas del arzon de la silla, y ofreciendose oportunidad, tomó la espada, llamada Baptiso; y buelto para el Pagano, le dixo: Fierabras de Alejandria, ahora te guarda de mi, que estoy proveido de buena espada. Quando Fierabras le vido su espada en la mano, muy enojado de ello le dixo: O buena espada! Mucho tiempo te he guardado, y me pesará si te pierdo. Dixo á Oliveros: Caballero, toma tu espada, y dejame la mia, y sigamos nuestra batalla. Y Oliveros le dixo: Por cierto, Caballero, yo no la dejaré hasta que vea si es tal como tu la haces; por eso apareja, y vén á la ba-

batalla, porque ya deseo ver su bondad; y diciendo esto, se fue el uno para el otro con muy grande corazon, y Oliveros dió tal golpe á Fierabras, que le hizo hincar de rodillas en el suelo, y conoció Oliveros, que aquella espada era mucho mejor que la suya, y bendixo al que la forjó; y levantandose Fierabras, tornando á la batalla, fueron sus golpes tales, que en poco rato se hallaron casi desarmados; y quitadas las viseras del gran cansancio, huvo lugar Oliveros de ver á Fierabras la cara, y vidole algo demudado, el gesto muy feroz, y no parecia ser muy cansado, ni enojado de la batalla, y dixo: O todo poderoso Dios! quanto bien vendria á la Christiandad, si este Pagano se volviese Christiano, y él, y Don Roldan, y yo, hariamos temblar toda la Turquía! O Virgen, Madre de Dios! suplica á tu Bendito Hijo, que inspire en el corazon de este Pagano, que dejando los Idolos, venga á conocimiento de su Criador, y siga el verdadero camino de su salvacion. Y Fierabras le dixo: Oliveros, dejate de esas razones, mira si quieres dar fin á la batalla, ó si la quieres dejar. Y Oliveros le dixo: Agora lo verás; y como unos feroces leones se comenzaron nuevamente de herir, y dió Oliveros tal golpe á Fierabras, que lo desarmó todo el hombro izquierdo hasta el codo, y Fierabras le metió la espada por el yelmo hasta la carne, y les

les fue forzado desviarse el uno del otro. Oliveros, espantado de ver el yelmo cortado, y Fierabras temblando de bolver á la pelea, por la falta de las armas; y conociendolo Oliveros, con doblado corazon, alzando el brazo de la espada, allegandose á él, le dixo: O noble Caballero! vente para mi, y darémos fin á nuestra contienda; ya no tendrán poder tus Dioses de te guardar de mis manos; y Fierabras le dixo: Agora verás si tu Dios tiene algun poder, y dieronse muy terribles golpes; y andando muy feroces en la lid, vido Oliveros, que Fierabras alzaba siempre el brazo izquierdo, porque no le hiriese en el hombro desarmado, y vido, que ácia la hijada le faltaba una pieza del arnés, y alzando la espada, hizo semblante de le tirar un tajo; y como alzase Fierabras el brazo, tiró un revés volviendo el cuerpo ácia la parte desarmada, y le hirió reciamente en la hijada.

CAPITULO XXV.

Como Fierabras fue vencido, y como llevandole Oliveros, huvo una gran batalla con los Turcos.

EL Pagano, viendo su mortal herida, y que no podia resistir á Oliveros, iluminado de la gracia del Espiritu Santo, conoció el error de

de los Paganos, y puesta la mano izquierda en la herida, dixo á Oliveros: O noble Oliveros! Caballero de gran valor, por honra de tu Dios, al qual confieso ser verdadero Dios Omnipotente, suplicote, que no me dejes morir, hasta que yo haya recibido el Bautismo, y despues harás de mi todo lo que tu quisieres, pues me venciste en buena guerra, y muy leal batalla; y si por falta, ó negligencia tuya, yo muero Pagano, seráte demandado delante de Dios, pues mostrabas, que mucho deseabas de verme Christiano: pon, pues, cobro en mi vida, no, moriré delante tus ojos, y será mi anima perdida.

Huvo tanto placer Oliveros de ver á Fierabras convertido, que le saltaron las lagrimas de los ojos, y con grande amor le cató su llaga, y se la ató lo mejor que pudo. Entonces dixo Fierabras á Oliveros: Cumple, porque mi anima sea salva, que tomes mi consejo presto, que es este: que cabalgues en mi caballo, y me ayudes á subir en las ancas, ó á lo menos en el cuello atravesado, y me lleves á la tierra de Christianos, porque reciba el agua del Bautismo, que si tu te detienes, he temor, que no tedrás poder para te valer, ni menos para me llevar, que dejé diez mil Turcos en ese montecillo escondidos, que saldrán todos en mi favor, viendome vencido. Quando Oliveros

ros oyó esto, pesóle mucho de ello, tanto por el deseo de ver Christiano á Fierabras, como por el peligro de su cuerpo, y saltó muy presto en el caballo de Fierabras, y le tomó la espada, y se la puso en el arzon de la silla, y le dixo Fierabras: Agora tienes quatro, que valen quatro Ciudades; y se llegó Oliveros con el caballo, quanto pudo, para ayudar á subir á Fierabras: y con gran trabajo le atravesó en el arzon, y se pusieron en camino. Miraba siempre Oliveros ácia el monte, donde estaba la gente de Fierabras, y vió una Espía, que iba á rienda suelta, metiendose en él, para avisar los que en la celada estaban y luego salió un Caballero, armado de todas armas, con una gruesa lanza en la mano, tras él venian los otros dando grandes gritos, y alharidos. De esto pesó mucho á Oliveros, porque no podia poner en salvo á Fierabras, que deseaba servir á su Criador, y dixo: Señor Fierabras, yo te ruego, que me perdones, que cumple que te apees, que á mi no se escusa de haver batalla con los tuyos: ellos vienen á rienda suelta, pensando que te llevo forzado conmigo, y que no vas tu de tu grado. Y dixo Fierabras: O noble Caballero! el mas valiente, que jamás trajo armas, tu me ganaste en justa batalla, con el esfuerzo de tu magnanimo corazon, y ahora me quieres dejar? Mira, que la honra se gana en bien aca-

bar

bar las cosas; si me dejas agora, ninguna alabanza mereces por tu pasado trabajo. A que respondió Oliveros: Tu hablas como buen Caballero, y por eso te prometo de no te dejar mientras este mi brazo pudiere menear la espada. Y Fierabras le dixo: Señor Oliveros, tus armas están muy destrozadas, apartemonos del camino un poco, y tomarás de las mias lo que faltare á las tuyas; y desviados algun tanto del camino, puso Oliveros á Fierabras al pie de un arbol, y tomó su yelmo, y las otras armas que le pudieron armar; y con mas lagrimas, que razones, se despidió de él, y volvió al camino, por donde venian los Turcos, y vió venir uno muy delantero, que primero salió del monte; y estando Oliveros sin lanza, esperó á su enemigo, que con una gruesa lanza en el ristre, con la furia que el caballo podia llevar, se venia para él, pensando herirle á su salvo: desvió Oliveros el cuerpo, y pasada la lanza, se fue al Caballero, y le dió tal golpe, que le sacó de sentido, y estaba para caer de la silla, y le tomó Oliveros por el brazo, y sacó el yelmo de la cabeza, y con el pomo de la espada le hizo saltar los sesos, y tomó su escudo, y lanza y fuese para los otros, que venian en socorro del muerto, y viniendo los diez mil para Oliveros, fueron las Espías para el Almirante Balán, padre de Fierabras, y le dixeron, como su hijo

es-

estaba en poder de los Christianos; y en poco tiempo se hallaron contra el solo Caballero cincuenta mil Turcos, de lo qual muchos perdieron las vidas; mas fue tanta la multitud de los Paganos, que fue muerto el caballo de Oliveros, y su yelmo muy abollado, y todas las armas muy despedazadas.

CAPITULO XXVI.

Como Oliveros fue llevado preso, y tapados los ojos ante el Almirante Balán.

COmo el buen Oliveros se vió á pie, y casi desarmado, y solo entre tantos Turcos, como lobo rabioso, sin esperanza ya de vivir, andaba entre ellos matando y derribando Caballeros y peones, cortando brazos y piernas, abollando yelmos, y desguarneciendo arneses; de tal suerte, que todos ellos estaban muy espantados de sus bravos golpes: mas acudió tanta multitud de Paganos, que siendo ya cansado, y en muchas partes de su cuerpo herido, le derribaron en el suelo, y atadas las manos atrás, le pusieron en una acemila. Viendose tan maltratado, y sin algun socorro, dixo: O Carlo Magno, muy noble Emperador? dónde estás agora? Sabes por ventura la crecida necesidad en que está el desdichado, y tu leal siervo Oliveros? O

noble Roldan! despierta, si duermes, vengan á tus oidos mis desdichas, ó infortunios; y si á tu noticia han llegado, por qué tardas tanto con el socorro? Cata que me llevan adonde sin recelo de tu amparo me puedan dar vituperiosa muerte: O Pares de Francia! Por qué olvidais á vuestro leal compañero? No seais perezosos en le ayudar, que en las crueles guerras, y crecidas afrentas, jamás perezoso se halló! O Christianos! los que en las crueles batallas de Oliveros huvisteis muchas veces socorro, haced vuestros pies apresurados, si ingratitud no los detiene. O muy caro y amado padre, y quanto mejor te fuera nunca haverme engendrado! pues en galardon de tus beneficios y mercedes, te daré la muerte. O desesperada vejéz! Yo bien creo que no te serán mas tus dias, de quando acabes de oir la desastrada muerte de tu unico hijo. Regner, un solo consuelo te queda con esta pena que en mi muerte recibirás, serás libre de muchas penas y enojos, que viviendo te daria. Siempre que me veias armado, te temblaban las carnes como azogado, de temor que tenias de mi muerte, especialmente quando salia para la batalla con el noble Fierabras: mas fuera gran consuelo para tu honrada vejéz, que fenecieran mis dias en batalla de tan noble Caballero, y no en poder de tan vil gente, que atados pies y manos, y los ojos vendados, me llevan

van al degolladero. O justo y misericordioso Dios! pleguete de consolar á mi viejo padre, que hoy pierde un solo hijo que tenia, y guardar á tu convertido Fierabras: á este cuerpo da paciencia en su vergonzosa muerte, porque el anima no pierda la gloria que á tus fieles prometiste. El ruido de la gente fue tan grande, que los Christianos lo huvieron de sentir; y recelandose del peligro de Oliveros, salió Carlo Magno con poca gente; no bien bien apercibidos, y llegados al campo, empezaron cruel batalla, y murieron en poco tiempo tres mil Turcos; mas acudió tan grande numero de ellos, que viniendo la noche, se hallaron los Christianos cercados de ellos, y muertos muchos, asi Caballeros, como peones, y fueron presos y maltratados quatro de los doce Pares. Quando Roldan vido que su poca gente estaba sin ordenanza alguna, derramada entre tantos infieles, empezó á recogerla, no sabiendo de la prision de los quatro; mas quando conoció que faltaban, puso los Christianos que quedaron en ordenanza, y él delantero, siguieron los Turcos, que ya bolvian rienda, con la presa que llevaban, y fue tanta la matanza, que grandes arroyos de sangre corrian por el campo, y los Christianos que seguian á Roldan, no podian pasar adelante, por los cuerpos muertos, de manera que dejaron el alcance; y recogida la

gente, se bolvieron al campo donde havian empezado la batalla; y alli no menos cansados que tristes, estuvieron hasta la mañana.

CAPITULO XXVII.

Como Fierabras fue hallado en el campo, y como el Emperador Carlo Magno le hizo bautizar y curar de sus llagas.

VEnida la mañana, el Emperador Carlo Magno, mandó que fuesen buscados todos los Christianos que en el campo estaban muertos, y con toda la honra que ser pudiese fuesen enterrados; y quando vido el numero de ellos, lloró amargamente, asi por los muertos, como por los que estaban en poder del Almirante Balán, y mandó que todos los heridos fuesen curados; y hecho esto, mandó á D. Roldan que mirase toda la gente, y los proveyese de las armas que les faltaban, y á todos los de á caballo que estuviesen prestos y aparejados para seguirle. Andaban los Christianos discurriendo todo el campo, desarmando los muertos, para proveer de armas los vivos, y tomaban los caballos que andaban sueltos por el campo, que eran muchos: y asi andando huvieron de hallar á Fierabras adonde le dejara Oliveros, el qual por la frialdad de la noche, y por la mucha sangre

que

que havia perdido, estaba para espirar; y esforzandose quanto podia, decia: Jesus, consuelo de los afligidos, no dejes perder el convertido Moro. Y los Christianos con mucha piedad le llevaron á Carlo Magno, el qual le hizo curar de sus llagas; y quando fue tornado en sí, le dixo Carlo Magno: O Fierabras, quanto me cuesta tu venida! Por ti he perdido cinco Caballeros, que cada uno era mejor que tu. Y Fierabras le dixo: En quanto son Christianos conozco ser mejores que yo, mas en lo otro, ninguna cosa les debo, salvo el noble Oliveros, el mejor Caballero del mundo, cuyo preso soy. Yo soy hijo del Almirante Balán, soy Rey de Alejandria, y de otras muchas Provincias, lo qual todo he por bien dejar, por ser Christiano, y servir á Dios, Hacedor de todas las cosas. De esto huvieron gran placer los Christianos, y dixo Carlo Magno: Yo huelgo mucho de esto: yo, y mi sobrino Roldan, y este honrado Conde, Padre de Oliveros, serémos tus Padrinos; y pues estás libre, y sin peligro de tus heridas, esperarnos has en Mormionda, que yo quiero ir adelante en busca de mis Caballeros. Fierabras hincó la una rodilla para le besar la mano, y Carlo Magno se abajó, y con los brazos abiertos le abrazó, y levantó del suelo, y estuvieron debatiendo un rato: y contó Fierabras lo que pasó con Oliveros, alabando mucho

 su

su proeza y esfuerzo. Y queriendo aCrlo Magno todavia ir adelante, le dixo Fierabras: Señor, no es tiempo agora, que tienes poca gente, y muy fatigada, y el Almirante Balán havrá allegado la mayor parte de toda Turquia; por esto será mejor bolverte á tierra de Christianos, y proveer de gente. A todos los Caballeros pareció bueno este consejo; y bueltos á Mormionda, por mano del Arzobispo Turpin fue bautizado Fierabras, y fueron padrinos Carlo Magno, el Conde Regner, y Don Roldan.

CAPITULO XXVIII.

Como Oliveros, con sus quatro compañeros, fueron llevados delante del Almirante Balán.

FUeron llevados los cinco Caballeros delante del Almirante, las manos atadas, y Oliveros los ojos tapados; y el Almirante preguntó á Brulante su Capitan, que los traia, qual de ellos havia vencido á su hijo Fierabras? Y él le respondió: Señor, este á quien tapamos los ojos, venció al Rey de Alejandria tu hijo, y es entre sus Caballeros Christianos tenido en mucho; y sepas que él solo, antes que lo prendiesen, mató mas de tres mil hombres de los tuyos: sus fuerzas y animosidad no tienen par en el mundo;

do; si por caso se soltase, era bastante de poner en afrenta la mitad del Real. El Almirante preguntó á Oliveros quien era, y como se llamaba? Y él respondió: Señor, yo me llamo Eligies, pobre Caballero aventurero, y somos todos cinco de la Provincia de Lorena, y venimos á servir al Emperador Carlo Magno por su sueldo. O Mahoma, dixo el Almirante, como estoy engañado! Por la fé que debo á mis Dioses, que pensé que tenia cinco de los principales Caballeros del Rey de Francia, y creia que tendria por ellos una llave del Reyno, y llamó á su Camarero Barbacas, y le dixo: Pon diligencias que estos presos sean llevados al campo, desnudos en carnes, y atados á sendos palos, les sea dada cruel muerte. Y Brulante le dixo, Señor, ya es tarde para hacer justicia, y tus Varones no están en la Corte; si esperas á mañana, estarán presentes todos, les darémos otra mas vil muerte; y allende de esto, debemos primero tomar consejo, si será mejor embiar á Carlo Magno, si te quiere dar tu hijo Fierabras por estos cinco Caballeros Christianos. El Almirante Balán tuvo su consejo por bueno, y hizo llamar á Brutamonte su Carcelero, y le encomendó, so pena de muerte, los cinco Caballeros Christianos.

CAPITULO XXIX.

Como los cinco Caballeros fueron puestos en obscura carcel, y como fueron visitados de Floripes, hija del Almirante Balán, hermana de Fierabras, y de su grande hermosura.

EL Carcelero quando tuvo los Caballeros en su poder, con temor no se les fuesen, no los osó meter donde tenia los otros presos, y encarcelóles en una obscura torre, donde havia muchos sapos y culebras, y otros animales ponzoñosos, y metiólos por arriba, y hizolos bajar por una escalera de manos, y despues tiró la escalera arriba, y cerró una trampa de hierro con tres candados: estaba la torre cabe á un brazo de mar; y quando crecia la marea, entraba en ella mucha agua por los cimientos, y esa misma noche se hallaron los cinco Caballeros con el agua hasta los pechos, y recibieron gran daño en sus personas: y mas el buen Oliveros que los otros, que estaba herido en muchas partes de su cuerpo: y como el agua salada le daba tan grande dolor, con la congoja empezó á decir: O hombre mal afortunado! Mejor te fuera nunca haver nacido, que verte tan miserablemente morir; y decia otras palabras de gran dolor. Y dixole Gerardo de Mondier:

dier: Por Dios, Señor Oliveros, que no os congojeis tanto; consolaos con Dios, que nunca desampara á los suyos, en el qual tengo esperanza que aun me dará lugar de vengarme de esta cruel gente. Y Oliveros le dixo: Si yo pudiese salir de aqui, y alcanzase armas, asi herido como estoy, yo pondria al Almirante, y toda su gente en tal aprieto, que le pesaria de tenerme por acá.

Estando los Caballeros en estas razones, estabalos escuchando Floripes, hija del Almirante Balán, y hermana de Fierabras: era la dama mas hermosa que en toda aquella tierra se hallaba: era de edad de diez y ocho años, de muy acendrado saber y discrecion, blanca como la leche, con moderado color en los carrillos: tenia las cejas y sobrecejas muy negras, los ojos garzos, la nariz afilada, la boca pequeña, los labios delgados, de color de brasil, muy encendidos, los dientes muy blancos, menudos y juntos, la barba tiraba á redonda, con un hoyo enmedio de ella, el rostro largo moderadamente, los cabellos como madejas de oro muy fino, los hombros derechos, y muy iguales, tenia dos peloticas muy redondas, que parecian postizas, debajo de una rica gorguera, angosta de cintura, de muy pulido talle, ancha de caderas, segun la proporcion del cuerpo: traia vestido un brial de purpura, bordado de letras Moriscas

de

de oro, el qual hiciera una fada, y tenia tal virtud, que en la casa donde estaba no podia haver ponzoña ninguna; y si la havia, perdia luego al punto su fuerza; y traia un avito á la Turquesa, abierto por los lados, todo bordado de riquisima pedreria de inestimable valor, y fue hecha en la Isla de Colcos, donde Jason ganó el Bellocino de oro, como se lee en la destruccion de Troya; y tenia este avito tan suave olor, que con solo él podia un hombre estar sin comer ni beber. Haviendo esta noble dama oido las lastimosas quejas de los presos Caballeros, y movida de compasion, y no menos herida de amor del noble Guy de Borgoña, como adelante se dirá, propuso de hablar con ellos, y mandó llamar al Carcelero, y dixole: Dime, Brutamonte, qué hombres son aquellos que en tan estrechas prisiones encerraste? Señora, son Caballeros de Carlo Magno, los quales jamás cesaban de destruir nuestra ley, y dar muerte á los nuestros, vituperando nuestra creencia, y menospreciando nuestros Dioses; y entre ellos hay uno de grande estima, el qual venció á Fierabras en muy leal batalla. Entonces dixo Floripes: Abreme la puerta, que deseo mucho hablar con ellos. Y Brutamonte la dixo: Señora, por dos cosas no conviene ir allá; la una, por el lugar, que es muy hediondo, y en extremo abominable; la otra que vuestro padre me ha-

ve-

vedado que á nadie dejase llegar á la torre. Y ella le dixo: No pongas escusacion alguna, que quiero en todas maneras hablarles. Y Brutamonte la dixo: Perdonadme heis, Señora, que no consentiré que los habléis, si no estoy delante, que muchos buenos han recibido mengua, y aun la muerte, por fiarse de mugeres. Floripes, encendida de muy grande enojo y saña, le dixo: Villano, vete pues, y abre la puerta, y oirás, si quieres, lo que les quiero decir. Ido el Carcelero, tomó Floripes un garrote, y le metió debajo del avito, y llamó un escudero, de quien ella mucho se fiaba, y con él se fue para la torre, donde los Christianos estaban, y el Carcelero esperandola; y desque fue llegada, buelto de espaldas para abrir los candados, Floripes le dió con el garrote tan gran golpe, que dió con él en tierra muerto; y tomando las llaves, abrió la torre, y mandó al escudero que echase al Carcelero muerto abajo, y fueron de ello muy maravillados los Caballeros presos: y mandó Floripes al escudero que trajese una hacha encendida, y entrando por la trampa de la torre, despues de los haver mirado, saludóles, y dixoles asi: Buenos Caballeros, ruegoos, por el amor y fidelidad que á vuestró Dios debeis, que no me negueis la verdad de lo que os preguntaré. Y el buen Oliveros la dixo: Señora, por las mercedes que en

tu

tu sola vista havemos recibido, te dirémos la verdad de lo que supieremos, aunque por ello supiesemos perder las vidas. Y ella les dixo: Qué merced es la que de mi vista haveis recibido, no sabiendo si vengo para remediar vuestra prision, ó para sentenciaros á muerte? Y él la dixo: Señora, gran consuelo recibe el preso en ser visitado, y mas de persona que puede darle alivio de su pena, como vos podeis: y como la presencia sea muestra de lo que dentro en las entrañas está encerrado, esperamos que havreis piedad de nosotros. Muchas veces son engañados los que en la apariencia de las cosas se fian (dixo Floripes) que la rosa, por hermosa que sea, siempre nace cercada de espinas; y porque mi venida no os podria causar mayor pena que la que teneis, no me quiero detener mas en estas platicas. Mas tu, que tan osadamente has hablado, dime quien eres, y tu linage, y asimismo de esos otros que contigo están. Oliveros le dixo: Yo me llamo Oliveros, hijo del Conde Regner, y vasallo del noble Emperador Carlo Magno. Y ella le dixo: Venciste tu á mi hermano Fierabras? Y él respondió: Señora, en muy leal batalla hice de él lo que él quisiera hacer de mi; y de su propio motivo se bolvió Christiano; y estos Señores son todos de muy noble sangre, y nos suelen llamar los doce Pares de Francia. Y ella le pregun-

guntó si estaba alli Guy de Borgoña? Y él respondió que no, qué quedaba con el Emperador Carlo Magno. Entonces le dixo Floripes: Daisme la fé todos cinco de hacer lo que os dixere, y de ayudarme á un poco que os he menester? Y Oliveros la dixo: Señora, por mi, y por estos Caballeros, mis compañeros, te doy la fé de te ayudar y favorecer en quanto á nosotros fuere posible, en todo lo que nos mandares, con que no vamos contra nuestra Ley; y si fuere cosa en que hayamos de poner nuestras personas, mandanos proveer de armas, que para alzarte con el Reyno, y echar á tus parientes de él, no has menester mas gente que nosotros cinco, que ya deseo verme puesto en ello, por vengarme de los villanos que aqui me trajeron. A que dixo Floripes: Cómo, Caballero? Estais en la torre, y no sabeis quando saldréis, y amenazais á los que están en libertad? Mas vale callar, que locamente hablar. Y Gerardo de Mondier la dixo: Señora, es tanto el deseo que Oliveros tiene de servirte, que no le deja callar; y Floripes le dixo: Bien sabes escusar á vuestro compañero: quedaos en la guarda de mis Dioses, no os acongojeis, que esta noche os sacaré de aqui.

CA-

CAPITULO XXX.

Como los Caballeros Christianos fueron sacados de la Torre por mandado de Floripes, y los llevó á su Camara.

LA noche venida, Floripes, con tan solamente su escudero, se fueron para la torre, y llevaron una maroma, y un palo muy bien atado en ella; abierta la trampa, echaron la maroma con el palo por la torre abajo; y luego, á ruegos de los otros, tomó la cuerda primeramente Oliveros, y le subieron arriba Floripes y su escudero; y desque fue subido, se puso de rodillas delante de Floripes, y la besó la mano, y ella le abrazó, y levantó del suelo, y le dixo: Sois vos el que estando en porder de vuestros enemigos, les amenazais? Y Oliveros la dixo: Soy el que con esperanza de servirte, ha por bien haver venido á tus prisiones; y ella le dió la maroma, y le dixo que subiese á sus compañeros: y subidos los abrazó uno á uno, con tanto amor, como si de luengos tiempos los huviese conocido; y llevandola Oliveros por la mano, y el escudero delante, se fueron por una puerta falsa á su camara, cuya entrada era rica á maravilla: tenia tres escalones de oro fino, esmaltados y labrados á la Mo-

Morisca, las puertas todas de marfil, y los clavos de oro fino, y en ellos engastadas muchas piedras de muy gran valor. En el sobrado de la camara estaba pintado el Cielo de mano de un muy gran Maestro, con los Planetas y Signos, y en medio estaba la imagen de Mahomet, maciza de oro fino, tan grande como un hombre, y tenia debajo de sus pies al Sol, y la Luna, y en la su mano derecha dos dardos, como que tiraba á los Christianos; las paredes todas labradas de oro fino y azul, y en ellas pintados todos los Reyes y Reynas pasados. Siendo entrados los Caballeros, fueron maravillados de las grandes riquezas, y no se hartaban de mirar la diversidad de las labores de la sala, salvo Oliveros, que todo su cuidado era mirar á Floripes; y estando desviado, le preguntó Floripes, qué le parecia de la camára. Y el buen Oliveros la dixo que no la havia visto, dandola á entender que no atendia en mirar otra cosa sino era á ella, de que Floripes se mostró como que no lo sentia; y luego fue puesta una muy rica y obstentosa mesa; y traidas diversidad de viandas, los Caballeros comieron lo que havian menester, y fueron servidos de cinco hermosas damas, ricamente vestidas y aderezadas: Floripes estaba cenando con ellos, asentada á la cabecera de la mesa en una silla de marfil; y despues que huvieron ce-

cenado, dieron gracias á Dios; y Floripes les preguntó, qué era lo que decian? Oliveros la declaró la bendicion, diciendo que daban gracias á Dios por los bienes y mercedes que cada dia les hacia; y ella dixo que era bien hecho. Alzada la mesa, mandó Floripes traer un cofrecillo de Unicornio, de inestimable valor, y sacó de él una caxita pequeña de oro, maravillosamente labrada, llena del maná que embió Dios á los hijos de Israel en el desierto, y con una cuchara de oro sacó un poco, y le dió á Oliveros, diciendo: Caballero, comed de esto, y no havreis menester medicina para curar vuestras heridas. Oliveros con muy grande acatamiento le tomó, y desque lo huvo comido, se sintió sano, y mas dispuesto que nunca, y dió infinitas gracias á Dios; y luego vinieron las cinco damas con hachas encendidas, y llevaron los Caballeros cada uno á su camara, y despidióse de ellos Floripes, diciendoles: Señores, perdonad, que por ahora no tengo otros pages que os sirvan. Y Oliveros la dixo: De Dios te sean galardonadas, y de nosotros servidas las mercedes que de ti recibimos. Dejo de hablar de las grandes riquezas de las camaras y camas, por huir prolixidad.

Venida la mañana, las cinco damas llevaron á los Caballeros nuevos vestidos, hechos

á

á la Morisca, muy ricos: embió Floripes al noble Oliveros una ropa rozagante de hilo de oro, y seda texida, aforrada de purpura, y tenia todo el ruedo, y bóca de las mangas, y collar bordadas de unas letras Moriscas, sacadas del Alcorán, en que se encerraba toda la Secta de Mahoma. Vestidos que fueron los Caballeros, entraron juntos en la camara de la hermosa Floripes, la qual los estaba aguardando por verlos vestidos á la Morisca, y la saludaron con mucho acatamiento, y ella los recibió con alegria, y les dixo, que parecian bien vestidos á la Morisca. Y Oliveros la dixo: Mejor parecemos bien armados; y ella respondió: Cada cosa en su tiempo; para con los enemigos son necesarias las armas, mas agora que estais entre amigos, y delicadas damas, no haveis menestér armas, ni ceñiros espadas. Y Oliveros la dixo: Por tu crecida virtud tenemos amistad y paz contigo, y con tus damas; mas no la tenemos con tu padre y tu gente, ni la tendrás tu, si á su noticia viene lo que por nosotros has hecho: por ende te suplico nos mandes proveer de armas, como nos proveiste de delicados y ricos vestidos. Y ella le dixo, que ya tenian aparejadas las que havian menester; y con mucha alegria, mezclada con una pequña risa, le preguntó si sabia leer aquellas letras Moriscas, que estaban bordadas en la ropa? Y él dixo que no; y

Floripes dixo: En estas letras se encierra toda la Ley de Mahoma, y por eso no sé si te llame Christiano, ó Moro. Y Oliveros dixo: Señora, el abito no hace al Monge; y Dios solamente mira la voluntad con que se hacen las cosas. Mucho se pagaba Floripes, y sus damas de las razones de Oliveros, y de sus compañeros: y desque huvieron hablado muchas cosas de placer, tomó Floripes, al noble Oliveros por la mano, y sus damas á los otros Caballeros, y entraronlos en una sala muy grande, que llamaban de Fierabras, y en una parte de ella estaban cien arneses trenzados para ginetes: tambien havia doscientas espadas, y doscientos puñales muy ricos, y de gran valor. Y Floripes dixo: Escoja cada uno las armas que mejor le vienieren, y tengaselas en su camara para quando fueren menester. Los Caballeros dejaron las ropas Moriscas, y con mucha diligencia se armaron el uno al otro: y armados fueron á besar la mano á Floripes, y ella los abrazó uno á uno con mucho amor; y Oliveros vido un andamio tan alto, quanto un hombre podia alcanzar con la mano, hecho á manera de altar, con un idolo en él, á quien se encomendaban en aquella sala, y saltó ligeramente en él, armado de todas armas, y tomando una lanza, y corriendo con ella á la pared, le quebró en muchas piezas. Y bolviendo Floripes á sus damas, las dixo: Por cier-

cierto estos Caballeros son para grandisimos hechos y hazañas, y no me maravillo agora del miedo que mi padre de ellos tenia; y dió parte de su crecido placer á una vieja Dueña, Aya suya, que havia estado mucho tiempo presa en tierra de Christianos, y los conoció, y nombró á cada uno, y dixo á Floripes: Señora, haz de modo que buelvan á la prision, si no, yo no callaré tan gran traycion, que estos son enemigos de nuestros Dioses, y de tu padre, y perseguidores de nuestra Ley. De esto pesó mucho á Eloripes, y conoció gran temor en su corazon; mas disimulando con discrecion, fingió que la queria hablar en secreto, para le demandar consejos; y para esto se subieron á un azotea muy alta, y hablando con ella, hizo llegar al cabo de la azotea, y desque tuvo oportunidad, y vió la vieja descuidada, dió con ella en la calle, diciendo: Vete vieja maldita, y tendrás compañia con el Carcelero; pues que la mia, y la de los nobles Caballeros aborreciste; y luego se bajó con alegre semblante adonde los Caballeros, y las damas estaban; y quando la dixeron como su Aya era caida de la azotea á la calle; porque no pensasen que ella lo havia hecho, hizo un grande llanto, y sus damas con ella, y la hizo enterrar con mucha honra. Venida la hora de comer, fue puesta la mesa, y en ella grande abundancia de diversos manja-

res; y asentada Floripes en silla de marfil, y los Caballeros en sus lugares, comieron, y trataron muchas cosas, asi tocantes á los Moros como á los Christianos, y desque huvieron comido, fue alzada la mesa, y Floripes comenzó á hablar á los Caballeros de esta manera: Muy nobles Caballeros, bien teneis en la memoria, como en la torre donde estabades me prometisteis de ayudar en lo que vos huviese menester, y para ello me disteis vuestra fé, de la qual ninguna duda tengo; y sabreis, Señores, como havrá diez años, estando el Almirante Balán mi padre, y mi hermano Fierabras en Roma, y yo con ellos, que vi una vez á Guy de Borgoña en unas justas, y fueron sus hazañas tales, que sembró en mi corazon tan firme amor, que ni el tiempo, ni las afrentas y daños que de él ha recibido mi padre, tuvieron poder para que le olvidase, y á esta causa he desechado los mayores Reyes de Turquia; y quando venian mi padre y hermano de las batallas de los Christianos, y contaban lo que havia pasado con ellos, si acaso nombraban los doce Pares alegrabame: y si oia nombrar á Guy de Borgoña, me turbaba, y mudaba el color, tanto, que temia qué mi turbacion no descubriese mi secreto amor. Quando mi padre el Almirante, y toda su Corte lloraba, entonces estaba yo mas alegre, y su enojo procedia de la victoria

de

de los Christianos, y con ella holgaba mi cautivo corazon, el qual, preso del amor de uu solo Caballero Christiano, deseaba el bien de ellos, dejando el amor de padre, y de toda su tierra: y porque sé que de ello será servido mi Señor Guy de Borgoña, he hecho por vosotros lo que haveis visto; y haré mas, que tendré modo con que á vuestro salvo os bolvais á vuestra tierra, porque lleveis las nuevas, y mis encomiendas al Caballero, que agora está inocente de mi pena, y le diréis que estoy aparejada para tornarme Christiana, y que le daré muchas Reliquias que tengo en mi poder, y le daré mas tesoros que ninguna Christiana le podrá dar. Esto es lo que haveis de hacer por mi, rogandole de vuestra parte me quiera recibir por su muger, certificandole que soy suya, mas que mia. Los Caballeros huvieron gran placer de lo que les dixo Floripes, y respondió Oliveros: En verdad, Señora, tu no podrás hallar mejores mensajeros que nosotros, por ende huelga y descanse vuestro corazon, por quanto Guy de Borgoña hará todo lo que pidieremos, y mas esto, de donde tanto bien y honra le procede, y á nosotros juntamente con él. Agora dejaré de hablar de los cinco Caballeros, v de Floripes, y bolveré á tratar del Emperador Carlo Magno.

CAPITULO XXXI.

Como Carlo Magno embió al Almirante Balán los otros siete Pares de Francia.

EStando Carlo Magno muy triste por sus Caballeros, y mas Regner, padre de Oliveros, temiendo que el Almirante Balán los hiciese morir, no le osaba hacer guerra, y ordenó de le embiar una embajada; y para esto llamó luego á Don Roldan su sobrino, y dixole: Sobrino, yo quisiera fueras á Aguas Muertas al Almirante Balán, y le dixeras de mi parte, que me embie mis Caballeros, y las Reliquias que tiene, si no que no cesaré hasta echarle de toda su tierra, ó hacerle morir cruelmente. Y Don Roldan le dixo: Señor, tu consejo no es bueno, pues sin duda ninguna procurará darme muerte. Y Carlo Magno le dixo: No os cumple escusar, que nó podeis dejar de ir. No me escuso, dixo Don Roldan. Entonces dixo Guy de Borgoña: Señor, mira bien lo que haces que no me parece acertado vaya Don Roldan de esa manera al Almirante Balán. Y el Emperador, con gran furor le dixo: Vos haveis de ir con él; y dixo Guy de Borgoña: Señor, si iré, aunque huviese mayor peligro: Y Ricarte le dixo: Señor, bueno será embiarle la embajada, mas

mas ha de ser con otra gente, y no la que quieres embiar, porque si algun infortunio viniere, no falte quien te sirva. Y Carlo Magno le dixo: Todos haveis de ir; mas juramento hago á Dios de embiar los que quedan de los doce Peres. Y el Duque de Naymes le dixo: No creas, Señor, que ninguno de nosotros huya, mas decimos nuestro parecer, asi mira no te arrepientas, quando no tengas lugar de enmendar lo errado. Y Carlo Magno le dixo: Aparejaos, Duque de Naymes, para ir con ellos. Y Oger de Danoys le dixo: Haz tus hechos con maduro consejo, y no serás reprehendido; y él dixo que se aparejase, y mandó llamar á los otros y les dixo que se aparejasen todos siete para ir por Embajadores al Almirante Balán. Como ellos le vieron enojado, no le osaron decir nada; y venida la mañana, preguntó Roldán á Carlo Magno, en qué manera los mandaba ir, si irian armados, ó sin armas? Y él les dixo, que pues iban como Embajadores, que no eran necesarias armas. Y Roldan dixo: si tu no recibes enojo, ni pesar llevarémos nuestas armas, que recelo las habrémos menester. Y Carlo Magno le respondió, que hiciese como mejor le pareciese. Bueltos los Caballeros á sus posadas, fueron armados, y con sendas lanzas en la mano se bolvieron para Carlo Magno, y le dixo Naymes de Baviera: Muy noble Empe-

rador, aquí estamos tus siete Caballeros, para cumplir tu mandato, y para que nos digas lo que es tu voluntad, que digamos al Almirante Balán. Y el Emperador les dixo: Mis caros y amados Varones, al todo Poderoso y misericordioso Dios encomiendo y suplico, que por los meritos de su Santa Pasion os quiera guardar, asi como guardó al Profeta Jonás en el vientre de la Ballena: diréis al Almirante Pagano, que me embie mis Varones y las santas Reliquias que tiene, y que se bautice, y tendrá las tierras que se tiene de mi mano, pagando tributo justo; y si esto no hace, que he jurado de lo cercar, y echar de toda su tierra, dandole vituperiosa muerte. Y dixole Guy de Borgoña: Muy poderoso Emperador, nosotros llevarémos tu embajada, aunque perdamos las vidas; y hincadas las rodillas en el suelo, uno á uno le besaron la mano, y se despidieron de él; y bueltos á los Caballeros y gente del Real, que los estaban mirando, dixo el Duque Naymes: Muy nobles señores, ya haveis sabido como el Emperador Carlo Magno nos mada ir con embajada al Almirante Balán, y como tenemos la buelta por dudosa, y no sabemos qué será de nosotros, por tanto vos rogamos á todos generalmente, que si en alguna cosa os havemos enojado en dicho, ó en hecho, que nos perdoneis, y nosotros asimismo perdonamos qualquiera ofensa ó in-

injuria que hayamos recibido, porque nuestro Señor Dios, por su infinita misericordia, nos perdone á nosotros, y á vosotros. Y asi se despidieron cada uno de sus amigos y conocidos, y Caballeros en muy poderosos caballos, y encomendandose á Jesu-Christo, se pusieron en camino.

CAPITULO XXXII.

Como el Almirante Balán embió quince Reyes á Carlo Magno, para que le dise su hijo Fierabrás; y como los siete Caballeros Christianos los mataron, encontrandolos en el camino.

GRan dolor tenia el Almirante Balán en su corazon por la ausencia de su hijo Fierabras; y esperando que el Emperador Carlo Magno se ofreciera á se lo embiar en trueco de los cinco Caballeros, que tenia por presos, por eso no se lo havia embiado á demandar, y acordó de le embiar una embajada, y para eso mandó llamar á qunince Reyes Turcos, vasallos suyos; y les dixo que fuesen á Mormionda, que era adonde Carlo Magno se hallaba á la sazon con todo su Exercito, y le dixesen de su parte, que sin dilacion alguna le embiase al Rey de Alejandria Fierabras, su amado hijo, y le bolveria los cinco Caballeros Christianos, vasallos su-

suyos, que tenia presos en sus carceles, y qué entre ellos estaba el Caballero qne venció á su hijo Fierabras; y que si no le embiaba presto, le iria él á buscar con doscientos mil hombres de pelea, y no cesaria, hasta verle echado de todo su Reyno, ó hacerle morir vergonzosamente. Y Marradas, uno de los Embajadores, le dixo: Muy poderoso Señor, á nosotros no nos conviene amenazar á Carlo Magno delante de sus Varones, que son muy valientes hombres, y no sufrirán nuestras amenazas; mas solamente le dirémos te embie á tu hijo Fierabras, y que le darás los cinco Caballeros Christianos, que tienes presos. Y el Almirante le dixo: Cobarde, y sin virtud, no osarás decir lo que te mando? Y respondió otro Rey: Señor, eso, y aun mas le dirémos; y si hallamos algunos Chritianos por el camino, les harémos tan mal pasage, que los otros nos tendrán miedo, oyendo hablar de nosotros. Y armados muy ricamente, con mucho oro, y piedras preciosas en los yelmos, y caballeros en muy poderosos caballos, se partieron para donde estaba Carlo Magno; y pasada la Puente de Mantible; andando entre si tratando del modo que havian de tener para dar la Embajada al Emperador, vieron siete Caballeros Christianos, y dixeron entre ellos: Estos Christianos sin duda buscan por estos caminos algunos Turcos, para cautivarlos. Dixo el

el un de ellos : Verémos si son Christianos , y los llevarémos presos al Almirante Balán. Los Christianos se recelaron de ellos, pensando que havia alguna celada, y dixo Roldan á los otros: Esperadme un poco, que quiero ver qué gente es, que me parecen hombres principales, y si pudieremos pasar sin batalla, la escusarémos, porque podamos hacer nuestra embajada; y los seis Caballeros se estuvieron quedos, y Don Roldan se adelantó y viendole solo Marradas, puso la lanza en el ristre, haciendo señal de batalla; y Don Roldan alzó la mano, como que queria hablar con ellos; y llegado, le preguntaron quienes eran, y qué buscaban por aquella tierra ? Y él les dixo, que eran mensageros del Emperador Carlo Magno, que iban con Embajada al Almirante Balán; y Marradas le dixo: Vosotros sois ladrones, y venis espiando los caminos, y robando, y ahora decis que sois mensageros, y que llevais embajada ; conviene que dejeis las armas, y con las manos atadas á las colas de vuestros caballos, os llevarémos al Almirante, y si embajada traeis, él os escuchar á Don Roldan le dixo: Señor, yo bien os dariamis armas, mas esos Señores no querrán daros las suyas, que son hombres de gran estima. Y dixo Marradas : Aunque fuesedes todos los doce Pares de Francia, haveis de dejar las armas, ó morir de mala muerte. Y D. Roldan di-

dixo: Si os damos las armas, nos asegurais las vidas? Y uno de ellos dixo: La vida os aseguraremos por agora, mas os havemos de llevar de la manera dicha al Almirante Balán y él os mandará echar en una obscura torre, donde tiene otros cinco Christianos, vasallos de Carlo Magno. Y Don Roldan les preguntó: Quién sois vosotros? que tan lucidas armas traeis, y tan ricas? Y ellos respondieron: Nosotros somos vasallos del poderoso Almirante Balán, y todos somos Reyes coronados. Y dixoles Don Roldan: Si vosotros fuesedes cuerdos, iriades á pedir perdon al noble Emperador Carlo Magno, y á prestarle omenage, y os haria mercedes grandes, y colmadas, que es mas noble, y mas poderoso Señor, que vuestros Señor el Almirante Balán; dejad vuestros idolos, que os traen engañados: y si no quereis ir de grado, os llevaré por fuerza, y apercibios luego, que no os aprovecharán vuestras lucidas armas, ni los yelmos lucientes y dorados. Dicho esto, se cubrió con el escudo, y puso la lanza en el ristre, y luego salió Marradas; y encontrandose con toda su fuerza, Marradas quebró su lanza en el escudo de Roldan, y Roldan le cogió por la visera, y dió con él en tierra muerto, y luego se fue para el otro, y le metió la lanza por los pechos, y le pasó á la otra parte y echó mano á la espada, y antes que llegasen los otros seis Christia-

tia-

tianos, derribó seis Turcos, y juntos empezaron cruda batalla, y dixo Guy de Borgoña: Señor Don Roldan, tened ese paso, que yo los quiero rodear de manera, que ninguno de ellos buelva con las nuevas al Almirante Balán. Oyendo esto uno de los Reyes Moros, dejando sus compañeros, bolvió la espalda; mas Ricarte de Normandia, que le vido huir, dió de espuelas al caballo, y le siguió muy gran trecho. Viendo el Moro que Ricarte le estaba ya cerca, dejó el camino, y se metió por una grande montaña, y le perdió de vista: y bolviendose á sus compañeros, los quales ya havian dado cabo de todos los otros, dixo Don Roldan: ellos ya no nos harán mas guerra; mas recelome que aquel que se va huyendo, será causa que nunca nosotros bolvamos á ojos de nuestros amigos, que no podremos dejar de llevar nuestra embajada al Almirante Balán. Y Guy de Borgoña dixo: Señores, desviemonos del camino un poco, y descansarán nuestros caballos, y mirarémos lo que havemos de hacer; y apartados en un verde prado echaron los Caballos á pacer, y ellos se asentaron; y dixo el Duque Naymes, que era el mas anciano: Señores, á mi me parece que nos debemos bolver; no nos culpará el Emperador Carlo Magno, contandole lo que nos ha acaecido; y para mayor certidumbre, llevarémos sendas cabezas de los Reyes muer-

muertos. Y Don Roldan dixo: Señor Naymes, si la honra no queremos poner en olvido, no podemos dejar de ir al Almirante Balán, que aunque Carlo Magno haya placer de lo que hicimos, no quedará satisfecho de su embajada, y caso que lo quedase, y nosotros sin culpa para con él, serémos culpados de los otros, y dirán que él nos mandó hacer uno, y hicimos otro; y dirán que adrede nos pusimos en un peligro, por evitar otro mayor: quien duda que otros pondrán dolo en nuestra alabanza, diciendo que de nuestras solas lenguas es predicada? Y no saben si los muertos eran pocos, ó si eran muchos: si eran armados, ó desarmados: si los matamos nosotros ó si los hallamos muertos; y dejados todos estos inconvenientes, segun quien somos, quedarán nuestros corazones querellosos, pues partimos para llevar embajada al Almirante Balán, y de medio camino nos bolvimos. A todos ellos parecieron bien las razones de Don Roldan, y le dixeron que ordenase lo que se havia de hacer, que no discreparian un punto de su voluntad. Y él les dixo: Para que nuestros hechos merezcan alguna alabanza, es necesario hacer cumplidamente lo qué nos fue mandado, y entonces mas dignos de alabanza serémos; por tanto, queria que llevasemos sendas cabezas de los Reyes muertos al Almirante Balán, y le dirémos que eran salteadores, que

nos

nos quisieron robar; y asi, contaron las cabezas de los Reyes Moros muertos, y cabalgando en sus caballos, se pusieron en camino.

CAPITULO XXXIII.

De la Puente Mantible, y del tributo que en ella se pagaba; y como los siete Caballeros Christianos mañosamente pasaron sin pagar ningun tributo, ni otra cosa.

LLegados los siete Caballeros á la Puente de Mantible, dixo Oger de Danoys: Señores, este es el paso mas dificultoso que hay en toda esta tierra: el rio es muy caudaloso, y no se puede pasar sino por la Puente, y esta es muy fuerte y grande, que tiene treinta arcos de marmol y dos torres quadradas, tambien de marmol blanco, muy bien labradas, y en cada una de ellas hay una Puente levadiza con quatro muy gruesas cadenas de hierro, y es guardada esta Puente de un Gigante muy grande y espantable, que siempre está armado de todas armas, y una gruesa acha de armas en las manos; y tiene cien Turcos en su compañia, que le ayudan á guardar la torre. Del tributo no os hablo nada, porque no venimos en son ni proposito de pagarlo; mas digo esto, por-

porque miremos qué manera, ó modo havemos de tener para salir con nuestra demanda. Entonces dixo D. Roldan: De esta manera ganarémos la Puente: Yo iré delante, y diré que somos Embajadores, y llevamos una embajada al Almirante Balán; y si me dixeren que no podemos pasar, ó por el tributo, ó por qualquiera otra causa, le diré que me abra, y que á él mismo le diré la embajada, para que haga de ella relacion al Almirante su Señor; y si pongo solamente el pie en el postigo, sed ciertos que procuraré hacer lugar por donde todos pasemos. Y el Duque de Naymes le dixo: Señor Roldan, no es cordura dar un golpe, y recibir diez; dejadme este cargo, que yo tendré modo para que pasemos sin tener batalla. Roldan le dixo que hiciese lo que quisiese, y el Duque les rogó se estuviesen quedos, y se fue para la Puente: llamó, y el Gigante le abrió y le preguntó quien era, y qué buscaba por aquella tierra? El respondió: Somos mensageros del Emperador Carlo Magno, y vamos al Almirante Balán, con presentes que vienen aqui detrás. El Gigante le dixo: Vosotros haveis de perder las cabezas, ó pagar el tributo que se suele pagar en esta Puente. Y el Duque le dixo: Dime lo que te havemos de dar, que luego te se dará. Por el poder de mis Dioses, dixo el Gigante, que no es poco; porque yo te pido

pri-

primetamente treinta pares de perros de caza, cien doncellas virgenes, cien alcones mudados y cien caballos con sus jaeces, y por cada pie de caballo un marco de oro fino: este tributo ha de pagar qualquier Christiano, que por ella pase; y si no lo puede pagar, ha de dejar la cabeza en las almenas de la Puente. Y respondió Naymes, que muy cumplidamente traian todo lo que havia dicho, y esto á mas de los presentes que llevaban al Almirante, y que muy presto venian, que ellos iban delante por tomar posadas; y el Gigante, pensando que era asi, dejóles pasar. Don Roldan, que havia oido la industria del Duque Naymes, no podia tener la risa, y yendo por la Puente adelante, toparon un Turco, que muy espantado se paró á mirarlos atentamente; y Don Roldan se apeó, y llegandose ácia él, como que le queria hablar, le tomó por el cinto, y le arrojó en el rio; y el Duque fue de ello muy enojado, y le dixo: Señor D. Roldan, Dios nos quiere haber mercedes, dejandonos pasar sin batalla, y no las quereis recibir? Y D. Roldan le dixo: Si supiera que me abriera como á vos, nunca yo buscára maña para pasar, antes viera si el Gigante es tan feróz en los hechos, como en el gesto, que los otros que están en su compañia, no duráran media hora delante de nosotros, porque es gente de poco valor: y ganada la Puente,

tuvieramos la venida mas segura; y si place á Dios que bolvamos, con Durandal les pagaré el tributo que nos pidieren.

CAPITULO XXXIV.

Como los siete Caballeros llegaron delante del Almirante, y dieron su Embajada.

LLegados los Caballeros á Aguas Muertas, donde estaba el Almirante Balán, fueronse hasta las puertas de su Palacio, y dixeron á los Porteros, que dixesen al Almirante, que le querian hablar de parte del muy alto Emperador Carlo Magno. Como el Almirante supo, que Carlo Magno le embiaba la Embajada, fue muy alegre pensando que le embiaba á pedir los cinco Caballeros Christianos en trueco de Fierabras su hijo; y porque era ya tarde, mandó á su Maestresala, que los diese buena posada, y proveyese de todo lo necesario, y por la mañana los trajese á Palacio. El Maestresala les dió por posada la casa de un muy principal Caballero, el qual les hizo muy buen acogimiento, y les sirvió de todo lo que huvieron menester; y desque huvieron cenado, dieron á cada uno su camara, con una cama ricamente aderezada. A la media noche llegó el Rey, que escapó de las manos de los

sie-

siete Caballeros, y entrando en el Palacio, no paró hasta la camara del Almirante Balán, que era ya acostado, y desque supo, que de los quince no bolvia sino uno, fue maravillado, y mandóle entrar, y dixo: Muy poderoso señor, tú embiaste quince Reyes vasallos tuyos, por Embajadores á Carlo Magno, y en el camino topamos siete Caballeros Christianos, y nos dixeron te traian embajada de parte de él; y creyendo ser salteadores, que robaban, los quisimos traer presos á tu Corte; y ellos fueron tan valientes, que mataron en poco tiempo los catorce Reyes, sin que ninguno de ellos muriese, ni solamente cayese de su caballo; y yo, con la gran ligereza del mio, me escapé del furor de sus espadas, los quales son estos siete Caballeros, que esta noche han venido á tu Corte; por ende mirá si de ellos te quieres vengar, agora tienes ocasion, y muy legitima causa de los hacer morir, y darles vituperiosa muerte.

Quando el Almirante Balán oyó las nuevas, del grande enojo que huvo empezó á maldecir, y á quejarse de sus Dioses. A las voces entró su Maestresala, y le dixo: Señor, no te fatigues, ni te quejes con desmesura de tus Dioses; porque aunque por tus yerros hayan permitido, que tus Reyes muriesen, á tu poder trajeron los que los mataron, para que de ellos tomases venganza, y fuese su maldad castigada,

 por

por ende huelga, y descansa, que mañana te los traerémos presentes á muy buen recaudo, y harás de ellos tu voluntad. Y dixo el Rey, que escapó de sus manos: Señor, pues que en tu poder están, ten modo que no sean señores de sus armas, porque si ven que los quieres prender, no podrá con ellos toda tu Corte, porque son muy esforzados, y quizá no te pesará menos de su venida, que á mi de los haver encontrado en el campo. Y el Maestresala dixo: Señor, este cargo quedará á mi, que yo te los traeré mañana á buen recaudo, aunque fuesen ciento. Despedidos del Almirante, se fueron el Rey, y el Maestresala al Caballero, en cuya casa estaban los Caballeros aposentados, y le contaron el caso, el qual tuvo modo de hurtar las armas á los Christianos, que sin recelo alguno, apartado el uno del otro estaban durmiendo. A la mañana fueron armados tres mil Turcos de todas armas, y sendas achas de armas en sus manos, y uno á uno los prendieron, y atados fuertemente las manos, los llevaron al Almirante Balán; el qual, despues de muchas injuriosas palabras, y amenazas, les preguntó, por qué havian muerto los Reyes Embajadores? Y Roldan le dixo: Los que matamos no eran Reyes en sus hechos, que informados como veniamos á tu Corte con embajada, no dejaron de acometernos para matar-
nos,

nos, ó cautivarnos; mas ellos fueron castigados, que los catorce quedan en el campo, y traemos sus cabezas, porque certificado de ello asegurasedes los caminos. Y el Almirante le dixo: Qual diablo vos mandó entrar en mis Reynos? Y Roldan le respondió: El que nos mandó venir te echará de ellos, si no haces lo que con nosotros te embia á decir, que es esto: El muy, noble y poderoso Emperador Carlo Magno te manda, que te bautices, y que le embies sus Caballeros, y las Santas Reliquias que tienes en tu poder; y si no lo haces, ha jurado de te echar de toda tu tierra, y de te hacer malamente morir. Y el Almirante dixo: Osadamente hiciste tu embajada: mas no bolverás con la respuesta al viejo loco de Carlo Magno, que antes que coma, ni beba, yo os veré á todos hechos quartos, con los otros que tanto he guardado hasta agora, pensando trocarlos por mi hijo Fierabras. Y Ricarte de Normandia le dixo: Tu hijo es mas cuerdo que tú, que ya cree en Dios, Criador del Cielo, y de la Tierra, y ha dejado las abusiones de tus Idolos, y está mas contento con el Santo Bautismo, que ha recibido, que lo estaba con las tierras que tenia, y por todo el mundo no vendrá acá, ni dejaria á Carlo Magno, su Señor. El Almirante conoció á Ricarte de Normandia, y le dixo: Bien me place de teneros aqui, porque pagues la muer-

muerte del noble Caballero Corsubél, mi hermano: Y Guy de Borgoña dixo: Muchos de tus Caballeros havemos muerto los pocos que aqui estamos, mas no de la muerte que nos amenazas de matar, sino en muy leal batalla: por tanto, si te quieres vengar de nosotros, sin caer en vileza, danos nuestras armas, y caballos, y dejanos salir al campo, y manda apercibir todo tu Exercito para contra nosotros y entonces, sin reprehension tomarás, si pudieres, venganza. Y el Almirante Balán le preguntó cómo se llamaba? Y él le dixo, Guy de Borgoña; y el Almirante le respondió: Tambien pagarás lo que contra mí hiciste en Roma, y será tu muerte escarmiento para otros Christianos, que no se atrevan á tanto. Y luego mandó llamar dos Consejeros suyos, llamados Brulante de Monmiere, y Sorbitrán de Coimbres, y les preguntó, qué haria de los Christianos presos? y ellos le dixeron, que fuesen arrastrados en colas de caballos, y despues hechos quartos, y puestos por los caminos, y las cabezas á las puertas de la Ciudad en escarpias, y luego cercarémos á Carlo Magno, y lo prenderémos, porque estos son los mas principales de su Exercito; y si matamos al Emperador, sin peligro ganarémos todo el Reyno de Francia. El Almirante les dixo, que decian bien, y les mandó, que trajesen presto los otros cinco, y se executase lo ordenado.

CA-

CAPITULO XXXV.

Como por industria de Floripes los siete Caballeros Christianos fueron puestos con los cinco; y como Floripes les mostró las Santas Reliquias.

EStaba Floripes escuchando toda la contienda que su padre tenia con los Caballeros Christianos, y quando vido que su padre mandaba traer los cinco, que pensaban estaban en la Torre, para les dar muerte, fue muy presto á su camara, donde tenia los Caballeros, y les mandó armar, y les dió sendas achas de armas, diciendo, que de ellas se aprovecharian en el Palacio, mejor que de las lanzas; y les dixo: Muy nobles, y virtuosos señores, agora se me ofrece tiempo para que pagueis los beneficios recibidos, que haciendo esto, guareceis vuestras vidas, y las de vuestros amigos los otros siete Pares de Francias, los quales con las manos atadas, y gruesas cadenas á los pies, están en los Palacios de mi padre sentenciados á muerte, y vosotros con ellos, y agora voy á estar con el Almirante mi padre, por ver si los podré traer aqui con vosotros; y si no pudiere, y oyeredes mis voces, no seais perezosos en venir, ni useis de misericordia

con ningun Turço. Y asi se fue Floripes para su padre con disimulada alegría, fingiendo que tenia gran deseo de ver la muerte de los Caballeros Christianos, y le preguntó, qué hombres eran aquellos, que estaban atados, y encerrados? Y él respondió; Hija, son vasallos del Emperador Carlo Magno, y son los de quien tantos daños havemos recibido, y á muchos parientes, y amigos nuestros, y Caballeros de gran valor han dado la muerte; y mando por sentencia, que estos, y los otros cinco, que ya están en la torre, sean arrastrados, y puestos en quartos. Y Floripes le dixo: Señor, esto, y mucho mas merecen, y es bien darles otra mas penosa muerte, porque sean escarmiento para otros, y esto se hará despues que hayas comido, que es ya muy tarde; y suplicote que los dejes en mi guarda, hasta que los mandes sacar á morir, porque en todos ellos pueda á mi placer vengar la injuria hecha á mi hermano Fierabras. Y el Almirante Balán la dixo, que le placía; y ella mandó á su escudero, que los llevase á la torre, donde estaban los otros. Y Sortibrán dixo al Almirante su tio: Muy esclarecido, y piadoso Señor, suplicote, que quieras traer á la memoria las grandes desdichas que havrás oido, y visto que á especiales hombres han ocurrido, por tener confianza de mugeres, y los muy grandes da-

ños

dos, que por inhabilidad, y poca firmeza han causado: cata, que su mas subito saber, en el tiempo de la mayor necesidad les falta; mira, pues, que de su naturaleza son muy mudables, y livianas en creer, y subitas en la venganza; mira no te ciegue el mucho amor de la hija.

Quando Floripes huvo entendido bien las palabras maliciosas de Sortibrán, demudada en grande grado, y como tartamuda del muy crecido enojo, dixo: Tù, Sortibrán, hablaste como desleal, y malo, que debes ser, y por tal te juzgo en hablar semejantes palabras; porque el traydor no piensa que hay fiel alguno en el mundo, y por tus muy dañadas entrañas juzgaste tú las agenas: mas no quedarás sin pago de tu mentiroso, y traydor decir; y dicho esto, se fue tras el escudero, y de los presos, que estaban ya cerca de la torre, donde fue nuestros Oliveros, y sus compañeros, porque el escudero no los osó llevar á la camara de Floripes, por causa de la mucha gente, que los miraba; y Floripes llamó al escudero, y le mandó los llevase á su camara, que ella queria ser Carcelera, y no otro ninguno; y aunque por alli havia algunos, que lo vieron, y oyeron, no sospecharon por ello mal ninguno, pensando, que lo haría por el grande enojo, que havia havido con Sorbitrán. Entrados que fue-

fueron los Caballeros en la camara de Floripes, hallaron los otros cinco compañeros suyos armados de todas armas, y bien apercibidos, y fueron de ello muy maravillados los unos, y los otros. Oliveros huvo muy gran lastima de Don Roldan, quando le vido que tenia una gruesa cadena al pie, y otra al cuerpo, y las manos muy reciamente atadas; y muy presto los desató, y quitó todas las cadenas, y se abrazaron, y besaron con grandisimo amor; y Floripes los miraba uno á uno con mucho cuidado, por conocer á Guy de Borgoña, á quien ella tanto deseaba conocer; y viendo esto Oliveros, dixo: Señor Guy de Borgoña, qué os parece de nuestra Carcel, y de nuestro Carcelero? Y Guy de Borgoña le respondió: Digo, que aunque la carcel fuera la peor de todo el mundo, que ninguna pena sintiera, segun la grande perfeccion, y gracia del Carcelero. Y Oliveros le dixo: A vos, y á la señora Floripes damos las gracias; porque conociendo, que en esto vos havia de hacer placer, nos sacó á todos del mas hediondo lugar del mundo, y de muy estrecha carcel. Y Floripes, llorando del gran de placer, que su corazon sentia, venció el amor á la verguenza, que comunmente las doncellas tienen, abrazó á Guy de Borgoña, y le besó en el hombro, y Guy de Borgoña hincó las rodillas en el suelo, y quiso besar las manos;

nos; mas ella nunca lo quiso permitir, antes se puso la una mano al cuello, y la otra en la barba, y levantó del suelo, y estaba Guy de Borgoña muy espantado de tanto amor como la hermosa Floripes le mostraba. Y Don Roldan le dixo: Bien creo, señor Guy de Borgoña, que no recibiriades pena alguna, aunque estuviesedes mucho tiempo en esta carcel; y Guy de Borgoña le respondió: Ya recelo la salida, mas que temia la entrada, si del Carcelero me tengo de apartar. Y Floripes, con una muy graciosa risa, dixo: Dejemos, señores, esto para quando mayor oportunidad tengamos, y agora entendamos en lo que mucho á todos cumple, y tomó á Guy de Borgoña por la mano, y dixo á los otros Caballeros desarmados, que la siguiesen, y que los otros se quedasen en la sala, y llevólos donde se havian armado los otros Caballeros, y les dixo, que se armasen prestamente, y ella armó á Guy de Borgoña muy graciosamente; y despues que todos fueron armados, á su placer, se bolvieron donde estaban los otros; y Floripes los hizo asentar á todos, y ella se sentó en la silla de marfil, mas allegada á Guy de Borgoña, que á los otros, y les dixo: Muy nobles, y esforzados Caballeros, pues que en vuestra buena fortuna ya mi dicha vos ha traido á tiempo, que de mis pequeñas, y mugeriles fuerzas tuviesedes necesidad,

dad, por quanto tengo propuesto, y deliberado (olvidando mis Dioses, y el amor de padre, de los parientes, y de toda la tierra) de salvar vuestras vidas, aunque supiese por ello perder la mia, me atrevo á pediros á todos juntamente una merced, y á vos Don Roldan, primeramente demando la fé, y á todos vosotros, señores, de me ayudar, y favorecer en lo que os huviere menester; y Don Roldan la dixo: Muy virtuosa, y noble Dama, nunca fui ingrato á persona del mundo, y menos lo seré á las muchas mercedes, que de ti he recibido: por ende mandame qualquiera cosa, que no discrepe de la Ley Christiana, y verás el deseo que tengo de servir tus crecidos beneficios, y ella se levantó en pie, y le dió gracias por ello; y buelta á Guy de Borgoña: Y vos, señor Guy de Borgoña? Y él la dixo: Y todos estos señores decimos lo que el Señor Don Roldan dice: Asi, dixo ella entonces, lo que mi corazon desea sobre todas las cosas del mundo, es servir como muger legitima al señor Guy de Borgoña; y estas son las mercedes, que á él, y á vosotros, señores, pido, y de muy buen grado me tornaré Christiana, y vos daré las santas Reliquias, que con tanto trabajo haveis buscado, y vos daré todo el tesoro del Almirante mi padre, y otras joyas de muy grande valor; y Guy de Borgoña la dixo: Por cierto, seño-

ra,

ra, yo tenia propuesto de no tomar muger sino por mano de mi tio el Emperador Carlo Magno, como lo han hecho los otros Pares de Francia: mas porque tal Dama no se halla en todas partes, y no menos por las mercedes recibidas, con consentimiento de Don Roldan, y de estos señores, te tomo por legitima esposa, en la forma que lo ordena nuestra Santa Madre Iglesia; y Don Roldan se levantó, les hizo dar la mano, y los hizo abrazar, y besar en la boca, y les dixo, que lo demás fuese guardado, hasta que Floripes fuese Christiana; y de esto huvo gran verguenza Floripes, y no osaba despues mirar á Don Roldan en la cara; y mandó luego á sus Damas, que pusiesen la mesa, y trajesen de comer; y dixo á los Caballeros: El Almirante mi padre, y Sortibrán, y los otros Caballeros, han ordenado de vos dar la muerte á todos, despues que el Almirante haya comido; mas deciros he como le dareis mala comida, porque no vengan á efecto sus malos pensamientos; y asi, armados como estaban los Caballeros, se asentaron á la mesa, y la hermosa Dama Floripes con ellos, sentada junto su muy querido, y amado Guy de Borgoña.

CA-

CAPITULO XXXVI.

Como un sobrino del Almirante Balán, llamado Lucafer, entró en la camara de Floripes, y como el Duque Naymes lo mató.

LOS Caballeros fueron muy bien servidos, y despues que huvieron comido, y fue alzada la mesa, y dadas gracias á Dios, Floripes les dixo: Señores, el Almirante Balán querrá comer, y no comerá sin que yo esté en su compañia; por ende, porque no venga nadie á llamarme, quiero ir allá, y diré, que estoy mal dispuesta, que no quiero comer, y miraré bien en lo que se ha de hacer antes que buelva, y primero quiero mostraros las santas Reliquias que yo tengo, porque viendolas, tengais los corazones mas contritos, y con mayor devocion podais demandar ayuda, y socorro á vuestro Dios, que hoy lo havreis bien menester; y sacó un cofre todo dorado, y muy maravillosamente labrado, en el qual estaba parte de la Corona de nuestro Redentor Jesu-Christo, y uno de los Clavos, con que fue enclavado en la Cruz, y un paño en que fue embuelto, quando era niño, un zapato de la Virgen Maria nuestra Señora, y parte de sus cabellos, y otras muchas Reliquias. Quando los

los Caballeros las vieron hincaron las rodillas en el suelo, y llorando amargamente, pidieron perdon á Dios, suplicandole, fuese servido de dejarles bolver con salud en presencia de Carlo Magno, y pudiesen llevar á Floripes para que doctrinada en la Santa Fé Catholica, mediante el Agua del Santo Bautismo, entrase en el numero de los escogidos; y que tambien pudiesen llevar las Santas Reliquias á tierra de Christianos; y se maravilló mucho Floripes de las lagrimas que los Caballeros Christianos derramaron. Despues que huvieron hecho su oracion, dixo Floripes á Guy de Borgoña, que bolviese las Reliquias al cofre, porque le era mas licito que á ella, por quanto no era Christiana, y él lo rogó á Don Roldan, y Roldan al Duque Naymes, por quanto era mas anciano, y hombre de muy buena vida, y encerradas las Santas Reliquias en el cofre, lo bolvió Floripes á su lugar.

Estando los Caballeros, y la linda Dama en esto, vino á los Palacios del Almirante un Caballero, sobrino suyo, llamado Lucafer, el qual havia venido por ver morir á los Caballeros Christianos; preguntando por ellos, el Almirante le dixo, como su hija Floripes los tenia en guarda, hasta que él huviese comido. Lucafer le reprehendió mucho de ello, diciendo, que semejantes hombres no eran de fiar, de

mu-

muger alguna, y dixo que queria verlos, por conocer al Caballero, que venció á Fierabras: el Almirante le dixo, que fuese, y se viniese con él Floripes á comer, que despues haria juntar su gente para hacer la justicia. Llegado Lucafer á la puerta de la camara de Floripes, y hallandola cerrada, dió un empujón á la puerta con toda su fuerza, y quebró la cerradura, y abrió la puerta de par en par. Quando vido los Caballeros armados, no quisiera haver entrado, y de su entrada la pesó mucho á Floripes; y conociendo esto el Duque Naymes, entró con el Moro á razones, y preguntóle muchas cosas, y él respondia con mas miedo, que gana de estar entre ellos; y queriendose ir, alzó el Duque Naymes el puño, y dióle tan gran golpe en la cabeza, que dió con él en tierra muerto, y á Floripes le plugo mucho lo que el Duque havia hecho, y le dixo: Cierto, buen Duque Naymes, que ese golpe no es de hombre viejo. Y él la dixo: Otros mayores veras, si nos dejan salir de aqui. Y ella dixo: No se escusa de veros presto en ello; por ende, señores, quiero ir á hablar al Almirante, que estará esperando á este Caballero, que le queria mucho, y ha procurado casarle conmigo; y vosotros, señores, guardad la camara. Llegada Floripes delante de su padre, le dixo, que comiese, que ella se hallaba in-

indispuesta del enojo que le havia dado Sortibran. Y el Almirante la preguntó por Lucafer, y ella le dixo quedaba hablando con los presos, y que no le aguardasen á comer, que él asi se lo dixo: y el Almirante le dixo que queria comer, por hacer luego justicia de los presos, que la gente estaba apercibida, esperando que los sacasen; y Floripes miró por la ventana, y vido gran número de Turcos armados asi Caballeros, como peones, y le pesó de ello; y despedida de su padre, se bolvió para su camara, y dixo á los Caballeros: Señores, ved si os falta algo, que luego os lo daré: y Guy de Borgoña la dixo que no; y ella dixo: Agora es tiempo que salgais, y salieron, siendo Roldan el delantero, y á la entrada de Palacio topó un Rey, llamado Corsubel, y le hendió la cabeza hasta el pescuezo; y Oliveros mató al Rey Coldre; y Guy de Borgoña mató siete Caballeros que halló en los corredores; á otros hizo saltar de los corredores abajo; de manera, que no quedó hombre á vida de quantos en el Palacio estaban, salvo el Almirante, que saltó por una ventana, y fue recibido de los suyos; y quisieron salir de Palacio, por dar batalla á los que estaban fuera, y Floripes no lo permitió, porque eran muchos, y llevaron la provision que hallaron en una fuerte Torre, y alli se for, talecieron. El Almirante mandó cercar la Tor-

re, y hizo juramento á sus Diöses de no partirse de alli hasta quo los hiciese quemar, y á Floripes con ellos; y decia á sus Familiares: Aunque no quiera su Dios, ellos vendrán á mis manos; que no tienen vituallas mas de para tres dias; y á mas de esto, Carlo Magno no sabe de ellos para socorrerlos; y caso que lo supiese, no podrá pasar mi fuerte Puente de Mantible, y no tiene otro paso. Los que se hallaron en el cerco de la Torre, fueron ciento y treinta mil hombres de pelea, y se dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar; y pasados tres dias, acordóse el Almirante de un cinto que Floripes tenia, y mandó llamar á Marpin, gran Nigromantico, y le dixo: Marpin, agora conviene que muestres tu saber, que si tu haces lo que yo te diré, serás bien galardonado. Marpin le dixo: Señor, si es cosa posible á hombre del mundo, no dudes la haga; y el Almirante le dixo: Sabed, que Floripes tiene un cinto de grandisima virtud, que mientras le tuviere, ella, ni ninguno de su compañia puede perecer de hambre, y querria se lo quitases; y mira que si lo haces, serás muy bien remunerado; y Marpin le dixo: Señor, no te congojes, que muy presto te lo traeré. Venida la noche, al primer sueño se hizo llevar de un diablo encima de la torre, y desde alli hizo sus encantos, para hacer dormir á Flo-

Floripes, y á todos los que en su compañia estaban, y aquella noche velaban en la Torre Guy de Borgoña, Ricarte de Normandia, y Oger de Danoys, y sobre ellos no tuvo poder el encantamiento; y todos los otros fueron de graves sueños adormidos. Entrando Marpin en su camara, vido á una parte á Floripes, y á sus damas, y á otra sus Caballeros durmiendo, y buscó el cinto con diligencia, y hallado, se le ciñó, y se llegó á Floripes, que desnuda estaba en su cama, y la quitó la ropa; y viendola tan hermosa, no pudo dejar de besarla muchas veces. Estando en esto, la linda Floripes soñaba que un Turco la queria forzar, y que daba grandes voces á Guy de Borgoña, que la valiese, y estaba en tanta congoja, que durmiendo daba con los brazos á una parte y á otra, como que se defendia, y por eso no osó llegar Marpin á mas de la besar, temiendo que despertase. Salido Marpin de la camara, despertó Floripes dando voces, y á ellas acudieron los Caballeros que velaban, y toparon á Marpin, que iba huyendo para salir al tejado de la Torre, y dióle Guy de Borgoña con la espada, y le cortó la cabeza, y tomó el cuerpo, y lo echó afuera por una ventana en la cava de la Torre, que estaba llena de agua; y asi se perdió el cinto, y hizo la hermosa Floripes gran llanto por él, y pesóles asimismo á los Caballeros, quando supieron la

virtud que tenia; mas no huvo remedio para cobrarlo.

CAPITULO XXXVII.

Como los Caballeros, Floripes y sus Damas padecieron grande hambre; y como los idolos del Almirante Balán fueron derribados, y hechos pedazos.

VIendo el Almirante Balán que Marpin, Nigromantico, no venia, fue enojado de ello, tanto por el cinto, como por él, y llamó sus Consejeros, y les preguntó qué se havia de hacer? Y ellos le dixeron: Señor, Marpin es muerto sin duda, pues no viene; manda juntar toda tu gente, y darémos combate á la Torre, y presto serás señor de tus enemigos. El Almirante mandó allegar doscientos mil hombres de pelea, y que diesen combate á la Torre con muchos trabucos, y con hondas. Duró el combate todo un dia, y no la pudieron ganar, que los Caballeros Christianos que estaban dentro, derribaron una pared de los Palacios del Almirante, y con las piedras se defendieron; de manera, que los Turcos no osaban llegar á la Torre. Venida la noche, mandó el Almirante que no cesase el combate; y acercada la gente, empezaron á probar si podria subir por

la

la pared, y los de dentro continuaban á echar piedras, defendiendose valerosamente; y á la mañana hallaron mas de dos mil Turcos muertos, y otros tantos heridos. Quando el Almirante Balán supo la gran mortandad que los Christianos havian hecho, estaba rabiando y maldiciendo á sus Dioses; y un Caballero de los suyos le dixo: Señor, no te fatigues tanto ni te enojes, que bien tendremos modo con que ganes la Torre: manda hacer muchas escaleras largas, que lleguen á las ventanas de la Torre, y que se aperciba toda la gente de las armas, y armados subirémos por ellas, y no havrémos miedo de las piedras. El Almirante tuvo su consejo por bueno: y luego mandó hacer las escaleras, y trajeron cincuenta de ellas, y los Turcos bien armados, empezaron á subir por ellas; y viendo Floripes que subian seis Caballeros por la una escalera, los dejó subir hasta la ventana, y con una hacha de armas que tenia en las manos, dió tal golpe al primero, que dió con él, y con los otros en el suelo: y todo esto vido el Almirante su padre, y por ello se mesó las barbas, maldiciendo la hora en que la engendró; y por otra escalera, á otra ventana, subian otros tantos Caballeros, y Ricarte de Normandia tomó un grueso canto, quanto pudo levantar, y le echó por la escalera abajo, y derribó to-

dos los que subian por ella en el suelo, matando á muchos; y viendo esto los otros, ninguno osó subir, y en esto pasaron algunos dias; de manera, que faltó la provision en la Torre, y estuvieron dos dias sin comer pan. Viendo esto Roldan, dixo á los otros: Señores, pareceme que la necesidad nos forzará á hacer agora lo que haviamos de hacer antes de morir encerrados: ninguna honra alcanzamos, pues la vitualla nos falta; aparejemonos para ir á buscarla, que mas nos vale morir peleando en el campo con nuestros enemigos, que padecer hambre en esta Torre. A todos pareció bien lo que Roldan dixo, y acordaron de lo hacer asi; y entonces comenzaron á llorar Floripes y sus damas, temiendo la muerte de los Caballeros, por la multitud de Turcos que havia; y con abundancia de lagrimas, les dixo: por cierto, Señores, muy poco hace vuestro Dios por vosotros, viendoos en tanta necesidad, que si vosotros creyesedes en mis Dioses, sin duda ya huvieran usado de misericordia con vosotros, y os proveyeran de vituallas. Y Don Roldan la respondió: Señora, muestranos esos Dioses que dices, que querria ver si tendrán poder para proveernos de vituallas, ó traernos socorro de Francia. Y ella le dixo que le placia; y muy alegre, pensando que creeria en

ellos

ellos, los llevó por una cueba bajo de tierra, y al cabo de ella hallaron una sala maravillosamente labrada, y enmedio estaba un grande tablado muy rico, en el qual estaban quatro idolos, del grandor de un hombre, de oro fino; el uno se llamaba Alapin, y el otro Tavalgante; el otro Margor, y el otro Jupin. Olia toda la sala tan suavemente, que los Caballeros estaban maravillados. Y entonces dixo Guy de Borgoña á Floripes: Señora, quién hizo estos tus Dioses? Y respondió: Dos Plateros, los mejores Maestros que en todo el mundo se pudieron hallar. Y Guy de Borgoña la dixo: Quién dió á este oro el poder que tu dices que tienen? Y ella estuvo dudando, sin le responder; y él la dixo: Los Maestros que los hicieron no eran hombres mortales como nosotros? Y ella dixo que sí. Y Guy de Borgoña la dixo: Y si quisieremos agora hacer otra cosa alguna, no la podriamos hacer del mismo oro? Ella le dixo que si podrian. Y él dixo: Luego mas poder tienen los hombres que tus Dioses? Quieres ver como no tienen ningun poder? Sacó la espada, y dió al uno con ella en la cabeza, y le derribó en el suelo; y Roldan con la hacha de armas echó á tierra los otros, y dixo á Floripes: Mira, Señora el poder de tus Dioses. Entonces Floripes, venida en conocimiento de la verdad, viendo que sus Dioses no se movian, dixo: Ago-

ra confesó no haver otro Dios, sino el de los Christianos, al qual humildemente suplico me quiera dar lugar de recibir su santo Bautismo, porque mi anima no sea agena de tanta gloria, y á vosotros quiera sacar de tanta afrenta; y de esto huvieron muy gran placer los Caballeros.

CAPITULO XXXVIII.

Como los Caballeros Christianos salieron de la Torre, y dieron batalla á los Turcos, que los tenian cercados, y tomaron la provision que tenian en el Real.

EStando Floripes, y los Caballeros en estas razones, una dama de Floripes cayó del estado desmayada de hambre, y no se halló en la Torre bocado de pan, ni de otra cosa que le dar; y de esto huvieron gran lastima los Caballeros, y mas la linda Floripes; y ordenaron de salir, y dar descuidadamente en el Real del Almirante Balán, y rogó Oliveros al Duque de Naymes que se quedase en la Torre en compañia de las damas, para les abrir quando bolviesen. Y el Duque le dixo: Señor Oliveros, aunque soy mas anciano que ninguno de vosotros, no por eso dejaré de hacer mi deber contra mis enemigos, y pidoos

doos por merced, que no me deis tan presto oficio de porterö; y asi rogaron todos al Conde Tietti, que quisiese quedarse, y asi se quedó en guarda de la Torre, y de las damas, y ellos se subieron á la camara de Fierabras, y tomaron sendas lanzas, y cabalgaron en los caballos que havian quedado del Almirante Balán; y viendo que el Almirante, y su gente estaban descuidados, salieron de la Torre, y acometieron á sus enemigos con tanta ferocidad, que en poco tiempo llegaron hasta la Torre del Almirante Balán, matando y derribando Caballeros y peones; y el Almirante, viendo esto, fue prestamente armado, y con él su sobrino el Rey Clarion, el mas esforzado que en toda aquella tierra se descubria, despues de Fierabras. Quando el bueno de Roldan los vido, buelto á sus compañeros, les dixo: Señores, agora se nos ofrece ocasion para ganar honra y fama; no nos desmandemos, y con la orden que hasta aqui havemos tenido, entremos en nuestros enemigos, haciendo cruel matanza en ellos, hasta quitarles los bastimentos; el uno procurar ayudar al otro, que Oliveros y yo llevarémos la delantera, y no se espante nadie de la multitud de los Turcos, que en los grandes aprietos son conocidos los buenos soldados, y en ellos se alzan las crecidas honras: y si á estos de-

lan-

lanteros vencemos, con muy poco trabajo serémos Señores de todos los otros, que estos son la flor de todos los hombres de guerra que tiene el Almirante Balán, y llevarémos de comer á la hermosa Floripes, y á sus damas, que con muy gran deseo nos están esperando. Y diciendo esto, llegaron los Turcos con grandes alharidos; llevaba la delantera de ellos un Rey Moro, que vino de muy lejos en ayuda del Almirante Balán, que se llamaba Rapin. Viendole venir el noble Oliveros, le salió á recibir con la lanza en el ristre, y fueron los encuentros tales, que el Turco cayó en el suelo muerto, y luego salieron dos Caballeros suyos para vengar su muerte, y el uno encontró con la lanza de Oliveros, y la quebró en el escudo; y Oliveros echando mano á la espada, de los primeros golpes que le dió, cayó el Turco en tierra, y el otro compañero no le osó esperar, y dió á huir. En este tiempo D. Roldan derribó diez y ocho Turcos á vista del Almirante Balán, el qual cobró tan gran temor, que empezó á retirarse, por huir del furor de los esforzados Christianos; y viendo esto Guy de Borgoña, dió de espuelas al caballo, y derribando Turcos á una parte y á otra, los siguió hasta su tienda, peleando solo con gran multitud de Turcos, que le defendian la entrada de la tien-

tienda y los otros Caballeros Christianos, haciendo gran matanza en la gente del Rey Clarion: y viendo Oger de Danoys que venian por un camino veinte acemilas cargadas de vitualla, dixolo á Don Roldan, y Roldan llamó á Oliveros, sin conocer la falta de Guy de Borgoña, y fueron ácia las acemilas, sin que se lo impidiesen mucho los Turcos, que ya no les osaban esperar. Venian en guarda de las acemilas doscientos de á pie, y treinta de á caballo, y se pusieron á defender la vitualla, y en poco rato mataron la mayor parte de ellos, quedando los Christianos dueños de las acemilas; y para conducirlas á la Torre, huvieron de pasar por medio del Real.

CAPITULO XXXIX.

Como Guy de Borgoña fue preso.

EL noble Guy de Borgoña quedó solo en el campo, desamparado de sus compañeros, y rodeado de toda la gente del Exercito; y peleó la mayor parte de la noche, y dió con la tienda del Almirante en el suelo; y despues que le mataron el caballo, se vido entre tantos cuerpos muertos, que no podia dar un paso sin pisarlos; y ya que queria amanecer, fatigado, y herido en muchas partes de su cuerpo, dió

un tropezon, y cayó, y asi fue preso y atadas las manos, y tapados los ojos, fue llevado al Almirante, que temeroso de su espada, se havia desviado de su gente. Viendole Guy de Borgoña en poder de sus enemigos, y creyendo ser ya la postrimera hora de su vida, dixo: O mi Jesus, verdadero Dios y hombre! no desampares á tu convertida Floripes, porque consolada de ti, no se desvie de su buen proposito. O Caballeros Christianos! Dios os guarde de tanta desdicha, quanto á mi, sin ventura, hoy ha ocurrido. Y el Rey Clarion le dixo: No procures, Christiano, de quejarte, pues no te ha de aprovechar, que asi te llevarémos al Almirante, y luego serás ahorcado. Y él le preguntó quién erá, que asi le amenazaba? Y él le dixo, que era el Rey Clarion, y dixole Guy de Borgoña: Mucho me amenazas agora que no tengo manos, y quando las tenia no me hablabas, ni aun esperabas que te hablase. Llegado Guy de Borgoña ante el Almirante, todo demudado y descolorido, asi por haver estado dos dias sin comer, como por el gran trabajo de la batalla, mandó el Almirante que fuese desarmado de todas sus armas; y porque para le desarmar era necesario quitarle las ataduras de las manos, fue primeramente desarmado de las piernas, poniendole á cada pie una cadena gruesa, y con ella le ataron á

un

un poste, y despues le soltaron las manos, y le quitaron todas las armas; y estaba tal, que el Almirante no le conocia; y le preguntó quien era? Y él respondió: No te negaré la verdad; sepas que á mi me llaman Guy de Borgoña, soy sobrino del muy poderoso Emperador Carlo Magno, y primo del muy noble y esforzado Don Roldan. Y el Almirante le dixo: Mucho tiempo ha que te conozco, y grandes males me has hecho: y por tus amores mi hija Floripes dió mi fortaleza á mis enemigos, y á mi me entregara en tu poder, si mis piadosos Dioses no me guardaran, los quales te han traido á mis manos, para que tome entera venganza de ti. Y dime, quien son los compañeros que en la Torre quedan, que tan grande guerra me haveis dado? Y le dixo: Los que están en la Torre, son todos hombres de noble sangre, y muy amados amigos, y vasallos del poderoso Emperador Carlo Magno; por tanto, no dudes que esos agravios que les haces te serán bien demandados. Y viendo un Turco que el Almirante havia recibido enojo, quiso de esto dar á Guy de Borgoña una puñada en la cara, él reparó con el brazo izquierdo, y con la mano derecha le asió de los cabellos, y le trajo á sus pies, y le puso el pie sobre el pescuezo; y antes que le pudiesen valer, le ahogó. Y el Almirante dixo: Creo que esta gente es endiablada: ved

que

que ha hecho delante de mi. Y Guy de Borgoña le dixo: Si yerro alguno aqui ha havido, tu nombre lo ha causado, que no le era licito en tu presencia herirme sin tu mandado; mas pareceme que bien ha recibido la pena de su yerro, que nunca mas pasará tu mandado; y asi, atado al poste, sin comer cosa alguna, le tuvieron hasta otro dia.

Agora quiero bolver á Don Roldan, y á los otros Caballeros que quedaron en la Torre muy tristes, y no menos la hermosa Floripes y sus damas, por faltar Guy de Borgoña, á quien estimaba mucho. No conocieron Roldan y sus compañeros si se quedaba Guy de Borgoña, hasta que entraron en la Torre con la vitualla; y quando vieron que no venia, como hombres desesperados, olvidando la hambre que tenian, salieron todos once, sin esperar el uno al otro, y entraron con tanta ferocidad en sus enemigos, que ya no se recelaron de ellos; y en poco tiempo mataron dos mil, y alli murió Basin de Genoveys, un principal Caballero, y de su muerte pesó mucho á todos los Christianos: y por la grande obscuridad de la noche, temiendo que buscando á Guy de Borgoña, se podrian perder, fueron forzados á acogerse á la Torre, donde con lastimosos llantos y gritos, que á los Cielos subian de la triste Floripes, fueron recibidos, la qual, tirando cruel-

cruelmente de sus cabellos, y con sus uñas rasgando su hermoso rostro; tendida á los pies de D. Roldan, besandolos muchas veces, le decia: O Caballero noble, duelete de tu muy leal compañero y pariente Guy de Borgoña mi esposo. Y D. Roldan, con un nudo en la garganta, que casi no le dejaba hablar ni resollar, la levantó del suelo; y buelta á Oliveros, le dixo: Quanto mas mejor me fuera, Señor Oliveros, que el dia que maté al Carcelero, por sacaros de la carcel, me mandara mi padre matar á mi, porque no me viera en tanta congoja, y una sola pena sintiera mi anima al apartarse de mis carnes, y no haver conocido á Guy de Borgoña? Ahogada estoy, de mil congojas rodeada, y de mil pensamientos combatida, viendo que por darme á mi la vida, fue el noble Caballero á tomar la muerte: murierame yo de hambre delante de sus ojos, y no me viera yo sin él. O padre mio! si supiste qué cosa es querer, no me culpes en lo que hice contra ti: cata que el corazon que engendraste es del Caballero que preso tienes, desde el dia que en Roma le vi; y pues que suyo era, no podria huir de lo que á su servicio cumplia; ni pienses que me arrepiento de haverle amado, antes tendria en poco perder la vida, y la diera de buena gana por sacarle de pena; y si algun paternal amor te ha quedado, duelete de tu apasionada hija: y si por ventura

ra

ra te quieres vengar de la injuria recibida, ten modo que justamente te vengues: mira que yo sola fui el que maté al tu Carcelero, por sacar á los Christianos de la Torre: y á la vieja matrona, Aya mia, eché de la azotea abajo, porque no te dixese lo que hacia por aquellos nobles Caballeros: finalmente los armé, porque de tu saña y furor se pudiesen defender; y tu Torre y tesoros, y tus Dioses de oro los entregué, pues cosa conocida es que no erraron en tomar los servicios que con tanto amor les hacia, y ellos tanto menester havian, que lo mismo hicieras tu, si en su lugar te hallaras; y pues que en mi sola se halla el exceso, y sola yo fabriqué, y cometi el error, suplicote que no lo pague el inocente Caballero. O bendita Madre de Dios, en quien mi señor Guy de Borgoña tiene gran devocion! poned en el corazon del Almirante Balán, mi padre, la creencia que en mis entrañas tengo ingerida, porque convertido á tu benditisimo hijo Dios, y Hombre, no maltrate tu Caballero. Y dicho esto, y otras con tan grande dolor, sollozos y suspiros, que las entrañas le sacaban, cayó en el suelo, mas muerta que viva, y Don Roldan la alzó muy presto; y desque fue tornada en sí, con mas lagrimas que palabras la comenzó á consolar, diciendola: Señora, por Dios tened paciencia, que vuestro esposo no es muerto, sed cierta,

que

que antes que mañana anochezca, le traerémos aqui, ó todos perderémos la vida; y mandó traer la provision que havian ganado, y quitado á los Moros, y hallaron muchas viandas cocidas y asadas, y muchos guisados á uso de Turquía, y comieron todos de aquello, aunque no con el gusto que comerian, sino quedara cautivo Guy de Borgoña en poder de sus enemigos.

CAPITULO XL.

Como los Paganos quisieron ahorcar á Guy de Borgoña, y como los diez Caballeros Christianos se le quitaron.

VEnida la mañana, el Almirante Balán mandó llamar á todos sus Consejeros, y les preguntó qué se haria de Guy de Borgoña? Y ellos le dixeron: Señor, para que los otros Caballeros escarmienten, manda poner una alta horca en el lugar que la puedan ver los que están en la Torre, y en ella mandarás ahorcar al Caballero preso, y quedarás vengado de las injurias que de él has recibido; y mandarás asimismo poner diez mil hombres en celada, porque creemos que sus compañeros no dejarán de venir en su socorro, y los tomarán en medio, y serán todos muertos, ó presos, para que hagas de ellos á tu voluntad. Este consejo aprobó el Al-

mirante, y le tuvo por bueno; y luego mandó alzar la horca, y en un montecico que cerca estaba mandó esconder los diez mil Turcos, y mandó al Rey Clarion que los rigiese y estuviese atento, para salir quando fuese menester; y mandó atar las manos á Guy de Borgoña, y taparonle los ojos, porque no viese donde le llevaban; y mandó que tres mil hombres de pelea lo llevasen á la horca, y desque le tuvieron en su poder, algunos que en las peleas havian conocido los fieros golpes de su espada, le daban muy grandes palos, y otros puñadas, pensando que en aquello eran vengados. Puesto el noble Caballero Guy de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora: dixo: O Redentor del mundo, mi Dios, y mi Criador, por cuyo nombre voy á recibir deshonradamente la muerte! por los meritos de tu santa Pasion te suplico que recibas mi anima, pues que el cuerpo va á tomar fin; y asi como tu ves que lo ha menester, me embia paciencia, porque sea esta muerte en remision de mis pecados. O nobles Caballeros de Francia! nunca mas me vereis, aunque no dudo que si esto viene á vuestra noticia, salgais en mi socorro. O noble primo Don Roldan, qué malas nuevas llevaréis al Emperador vuestro tio! O nobles compañeros! encomiendoos la triste Floripes, que no tendrá ya deseo de vivir, sabiendo las tristes nue-

nuevas, ni havrá quien la consuele, si de vosotros es olvidada. A este tiempo estaba Floripes con los Caballeros Christianos á las ventanas de la Torre, mirando como alzaban la horca, no sabiendo para quien era; y quando vieron los tres mil hombres, sospecharon que sería por Guy de Borgoña, aunque no lo podian ver, y Floripes lo conoció la primera, en los grandes alharidos que los Turcos hacian; y puesta de rodillas delante de los Caballeros, les dixo: O nobles Caballeros, no sean vuestros corazones tan sin virtud, que delante de vuestros ojos consintais, que vuestro leal amigo y pariente sea ahorcado. O noble Roldan, de cuyas grandes hazañas por todo el mundo son tan conocidas, y cuya lanza y espada en toda Turquia es temida! por aquel Dios en quien crees y adoras, te suplico que no desampares á la triste doncella, que á ti se encomienda; no olvides á tu primo el noble Guy de Borgoña, en tanta afrenta metido. Y Roldan la dixo: Señora, ten esperanza en aquella Bendita Virgen, Madre de Dios, y ruegala que quiera ser en nuestro favor, porque le traygamos con salud delante de tus ojos, y mediante su gracia podamos bolver á tierra de Christianos; y de salir en su favor, no lo dudes, que no dejarémos de poner todas nuestras fuerzas para le sacar del peligro, aunque todo el mundo fuese contra nosotros. Y Flori-

ripes derramando muchas lagrimas por su amoroso rostro, los abrazó á todos uno á uno, y dixo que mientras los caballeros se ensillasen, se subiesen á la camara de Fierabras, y se proveyesen de las armas que havian menester. Y armados que fueron los Caballeros, y proveidos de gruesas lanzas; cabalgaron en sus muy bizarros caballos; y antes que saliesen de la Torre, habló Don Roldan de esta manera: Señores, en este dia se nos ofrece tiempo para ganar honra, y ayudar á nuestro amigo, que está para recibir la muerte en manos de nuestros enemigos: si nosotros nos desmandamos, es imposible salir de tan grande multitud de Turcos: por tanto vos ruego que no os engañen vuestros esforzados corazones, que por codicia de matar veinte ó treinta enemigos, no salgais de orden, pues veis que de esta manera se perdió nuestro compañero Guy de Borgoña; sino que juntos entremos á la batalla; y que el uno sea de los otros socorrido; y si esto hacemos, aunque seamos pocos en numero, serémos muchos en fortaleza. Antes que se saliesen de la Torre, trajo Floripes el cofre donde estaban las santas Reliquias, y se humillaron todos con grande devocion, y pusieron el cofre encima de sus cabezas; y encomendandose á la Santisima Trinidad, salieron, y vieron los que llevaban á Guy de Borgoña, y que estaban ya cerca de la hor-

ca, y dixo el noble Oliveros: Señores, bien es que tomemos la delantera, porque mientras peleamos con los que van detrás, no reciba muerte de los delanteros. Quando los Turcos los vieron venir, un Capitan, llamado Cornifer, puso los Turcos en buena orden, y mandó á diez mil peones que llevasen á Guy de Borgoña á la horca, mientras él iba á dar batalla á los Christianos; y con una gruesa lanza tomó la delantera, y fue á recibir á los Caballeros Christianos, y quando Oliveros le vido, dixo: Señor D. Roldan, perdoneme, que quiero salir á recibir á este Turco, que tan sobervio viene; y le recibió de tal suerte, que dió con él en tierra, y echando mano á la espada, se metió por medio de ellos, como lobo carnicero enmedio del ganado, y asi se trabó una muy cruda batalla, y y con esto fueron detenidos buen rato los Christianos, que no pudieron pasar adelante. Y alzado Don Roldan sobre los estrivos, vido la escalera en la horca, y que subian al buen Caballero por ella para ahorcarle, entonces dixo á los otros: Señores, no nos tardemos mucho, y cada uno de vosotros procure seguirme, que Guy de Borgoña está en la escalera de la horca. Entonces todos los Caballeros, olvidando todo el temor de morir, y puestos en buen orden, entraron por medio de los enemigos, guiandolos Don Roldan, que ya era tan temi-

do de los Turcos, que ninguno se osaba poner delante, y á su lado iba Ricarte de Normandía, derribando caballos y peones; al otro lado iba Oliveros, desguarneciendo arneses, y cortando brazos y piernas, sin dar golpe en vago; y Oger de Danoys traia todas las armas teñidas en sangre de sus enemigos. Llegados al pie de la escalera, tuvieron gran lastima del buen Caballero, que tenia una soga de esparto en el cuello, y mientras los otros peleaban, saltó Ricarte de Normandía del caballo, y se la quitó, y soltó las manos, abrazandole muchas veces. A este tiempo salieron los diez mil que estaban en celada, y como Oliveros los vió, tomó por la rienda un poderoso caballo, que entre ellos anduvo suelto, y lo llevó con presteza á Ricarte de Normandía, y le dixo: Procura de armar luego á Guy de Borgoña, y que cabalgue presto en este caballo, y venga al punto á la batalla, porque vienen diez mil Turcos de refresco. Dicho esto, bolvió para sus compañeros, y vido á Gerardo de Mondier á pie, cercado de mas de cien Turcos, que trabajaban mucho por le dar la muerte, y arremetió con tanto denuedo, haciendo tales hechos con la espada, que muy presto llegó donde estaba Gerardo de Mondier, y se le puso delante, porque no le hiriesen, y peleando los dos compañeros, arrimandose quanto podian á los otros,

vi-

vidó Gerardo como un noble Moro bolvia la rienda, por no encontrar con Oliveros, y ofreciendosele tiempo, dió una arremetida, y saltó en las ancas del caballo, y dió con el Moro en el suelo, y asi fueron todavia peleando, hasta que se juntaron con los otros, y dixo Oliveros: Señores, detengamonos, y esperemos á Ricarte de Normandía, y Guy de Borgoña; porque nos topen juntos para acometer á los que vienen de refresco; mas no pudieron esperar tanto, que vinieron los Turcos que estaban en la celada; y los Caballeros que estaban sin lanza, recelaron los p imeros encuentros, y iban Roldan y Oliveros delante, amparando los otros, embrazados o escudos, y las espadas en las manos, y á los primeros encuentros mataron el caballo de Roldan; un Turco le dió un gran golpe en el yelmo, y desque vido alzar la espada á Roldan para herirle, quiso huir, mas no le dió lugar, porque le alcanzó con Durandal en el hombro, y le partió hasta los pechos: de este golpe sus enemigos cobraron gran temor, y en poco tiempo derribó Roldan quince Turcos; y viendo uno el daño que Roldan hacia, queriendole herir á su salvo, le tiró la lanza, y Roldan desvió el cuerpo, y se fue muy presto á él, tomandole por el brazo, le derribó en el suelo, y saltó ligeramente en el caballo, del qual havia derribado al Turco, y to-

tomando la lanza, empezó á discurrir por una y otra parte, derribando quanto se ponia delante, sin tener, ni guardar orden ninguna, y rogó á sus compañeros que no se saliesen de ella, y que esperasen á Guy de Borgoña, y á Ricarte de Normandía, mientras él andaba por el campo mirando adonde estaban los Capitanes: y los mas principales del Real, y fueron sus recios golpes tan conocidos, que asi iban huyendo de él sus enemigos viendole, como huye el ganado del lobo. Y luego que fue armado Guy de Borgoña, cabalgó en un poderoso caballo, y dixo á Ricarte de Normandía: Mirad, Señor Ricarte, lo que hace Roldan, que lo que él solo hace, havia para cien buenos Caballeros: no veis como huyen de él los Turcos? Vamos nosotros por aqui, y atajarémos á los que van huyendo, y vengarme he de ellos; y, tomando la delantera, hizo Guy de Borgoña tan gran matanza, que Don Roldan estaba espantado, y muchas veces olvidaba el pelear, por ver quan bien jugaba de las armas; de manera, que los Turcos que huian de Don Roldan, venian á parar á manos de Guy de Borgoña, y de Ricarte de Normandía; y los que de ellos se escapaban, los recibia Roldan; y llegando Roldan adonde astaba Guy de Borgoña, le abrazó con mucho amor, y le dixo: Mucho me place, primo, que os hayais vengado de

vues-

vuestros enemigos. Mayor venganza hicisteis vos en ellos, dixo Guy de Borgoña; y estando en esto llegaron los otros nueve Caballeros, y Guy de Borgoña los abrazó á todos, dandoles muchas gracias del trabajo que por él havian recibido. Viendose los Caballeros libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias á Dios; y mirando el Campo, fueron muy maravillados del gran numero de muertos que vieron; y dixo Roldan: Alabado sea Dios, que huvo piedad de nosotros; y dixo Oliveros: Señores, vamos á consolar á Floripes, y á las damas, que están con pesadumbre de vuestro mal; y Guy de Borgoña le respondió: Qué harémos en la Torre sin vitualla? Mas vale morir en el campo peleando, que en la Torre de hambre: sigamos nuestros enemigos, y les tomarémos la provision que tienen, y todos fueron de este acuerdo. Viendo la hermosa Floripes desde una ventana, que iban adelante, á grandes voces llamó á Guy de Borgoña, y el noble Caballero con los otros se arrimó al pie de la Torre, y hablaron á Floripes, que estaba muy alegre, y la dixeron, les era forzoso seguir sus enemigos, por tomarles la provision; y asi se despidieron de ella.

CA-

CAPITULO XLI.

Como los Caballeros Christianos tomaron todas las provisiones que hallaron en Real; y como la Torre fue combatida.

PUsieronse los Caballeros en el orden, y fueron en busca de sus enemigos, los quales, pensando descansar, muchos de ellos havian dejado las armas; y viendo el Almirante á los Christianos, dió grandes voces á los suyos, diciendoles que se armasen presto, y defendiesen las vituallas, y se llegaron todos á las tiendas donde tenian toda la provision del Real. Conociendo esto los Caballeros Christianos, les dieron cruda guerra, y mataron muchos de ellos, durando la batalla hasta la noche, y quando pensaron los Turcos que los Christianos se recogian, entonces les hicieron mucha mayor guerra; y como ellos no osaron huir, por miedo del Almirante Balán, murieron tantos, que los Christianos estaban todos teñidos en sangre, y cansados de herirlos; y entrando en las tiendas, llevaron doce camellos cargados de pan y carne, caza y otras muchas provisiones; y bolviendose con ellas para Torre, la hallaron el cuerpo de Basino de Genovois su compañero, y lo llevaron á la Torre, donde fueron con grande alegria recibidos de

las

las damas, y especialmente Guy de Borgoña de su amada Floripes, la qual le tenia en sus brazos, y no lo creia, teniendo tanto placer de verlo, que no se hartaba de mirarlo; y dejandole á él, se puso á los pies del noble Caballero Roldan, queriendoselos besar, y los abrazó á todos uno á uno, dandoles muchas gracias por lo que havian hecho por Guy de Borgoña; y puestas las mesas, cenaron con gran placer.

No cumple dejar de decir la pena y enojo que el Almirante Balán recibió quando supo que los Christianos estaban ya proveidos de vituallas, que siempre pensó tomarlos por hambre; y renegando de sus Dioses, y maldiciendo la hora de su nacimiento, y su mala fortuna, decia: O mal aventurado viejo, olvidado de sus Dioses, y de toda su gente! No puedo creer que mi gente ose pelear contra estos Christianos; ó ellos están encantados, que tan gran destrozo han hecho en los mios. O ingrato Carlo Magno! cómo puedes olvidar los nobles Caballeros? Por cierto ninguna razon tienes de los olvidar, pues que tu Corte es por sus grandes proezas muy honrada. Con estos doce podrias dar guerra con todo el mundo, y yo con doscientos mil, no oso estar en el campo. O quanta merced me harian mis Dioses, si estos Caballeros quisiesen vivir conmigo! Y yo les perdonaria todo mi mal, y les haria muy mayores

mer-

mercedes de las que les hace Carlo Magnò : y estaba tan enojado, que ninguno de los suyos osaba pasar adelante, y estuvo toda la noche en estas quejas, paseandose por su tienda. Venida la mañana, mandó llamar á sus Consejeros, y les preguntó qué les parecia que se havia de hacer? Y ellos le dixeron que hiciese apercibir toda su gente, y diese combate á la Torre, que no tendrian los Christianos cosa alguna con que defenderse, y luego fue hecho: mas los Christianos se defendieron varonilmente, tirandoles piedras, ladrillos y tejas: Floripes y sus damas estaban á las ventanas, tirando osadamente á sus enemigos; y de esto tenia gran enojo el Almirante Balán; y desque vido que el combate no le havia aprovechado, antes havia perdido de los suyos, y estaban muchos descalabrados, tornó á maldecir nuevamente su fortuna, quejandose de sus Dioses, y dixole un Caballero: Señor creo que quando los Christianos entraron en tu Torre, perdieron tus Dioses todo su poder, pues en ninguna cosa te ayudan. El Almirante le dixo que callase, y no dixese tales razones, que creia que sus Dioses aun le traerian los Christianos, y á su hija Floripes en su poder.

CA-

CAPITULO XLII.

Como la Torre en que estaban los Caballeros fue minada, y cayó una parte de ella, y como se pusieron á punto para salir á la batalla.

EStaba muy enojado el Almirante con los Christianos, y no menos con su hija; y buscando todos los modos posibles para se vengar de ellos, mandó llamar un gran Encantador, que en su tierra estaba: y venido, le dixo, si sabria dar algun modo para ganar la Torre, y él le dixo que si, y que otro dia por la mañana mandase apercibir su gente, para resistir á los Caballeros Christianos, si de la Torre saliesen, que en breve tiempo la haria arder toda. Venida la mañana, el Encantador, que se llamaba Mabron, hizo subitamente encender las quatro esquinas de la Torre: y quando los Christianos la vieron arder, armaronse muy prestamente para salir; y Floripes los dixo que se estuviesen quedos, que ella sabia como se hacia aquel fuego; y diciendo ciertas palabras, lo hizo morir. Bien conoció el Almirante que aquello lo havia hecho Floripes, y juró á sus Dioses de la hacer quemar; y mandó á su Encantador, y á otros hombres ingeniosos, que buscasen otros ingenios, para combatir la Torre, y mandaron hacer gran-

grandes reparos con mucha madera, y puestos sobre unas ruedas los llevaron al pie de la Torre, para se guardar de las piedras, y dieron otro combate: y como los Caballeros no tuviesen que les tirar, concertaron de salir á sus enemigos; mas Floripes les dixo que esperasen un poco, y bajó á un sotano, donde estaba el tesoro de su padre; y trajo muchas piezas de oro y plata, y dixo á los Caballeros que tirasen con ellas, que tambien matarian á quien tocasen como las piedras; y despues les trajo todos los idolos y Dioses, y otras muchas piezas de talla, que eran todas de oro fino y plata, y los cortaron todos en piezas, y con ellas tiraban á sus enemigos: Quando los Turcos vieron tanto oro y plata, olvidaron el combate por cogerlo, y sobre ello huvo gran matanza entre ellos, y mandó el Almiraute cesar el combate, y recoger la gente, diciendo que de aquello se seguian dos daños, que moria su gente, y perdia sus tesoros; y recogida la gente, mandó curar los heridos, y dixo á los otros que descansasen aquella noche; y á la mañana bolviesen al combate, y con los ingenios y reparos, fuese minada la Torre. Venida la mañana, se puso luego por obra, y con la mina hicieron caer una esquina de la Torre. Viendo esto Floripes, tomó otra vez de los tesoros, y con ellos tiraba por las ventanas, y sobre coger de ellos huvo tam-

tambien gran contienda entre los Tuscos; y entrando el Almirante caballero en un caballo, los metió en paz, y mandó pregonar, que so pena de muerte, ninguno fuese osado de bajar á coger de ellos por mas que tirasen, y les mandó que descansasen todo el dia, y que á la noche minasen la otra esquina de la Torre, y el Almirante se fue á cenar; estando en lo mejor de la cena, acordaron de salir todos muy bien armados en sus caballos, y dieron con los enemigos, que estaban muy descuidados de su venida; y viendolos, se pusieron en defensa algunos, y otros se fueron huyendo hasta la mesa del Almirante, que estaba con el Rey Esplorante su sobrino, que nuevamente era venido de allende con mucha gente en favor suyo, el qual fue prestamente armado de un muy lucido arnés, y un yelmo muy rico, y caballero en un poderoso caballo, con una gruesa lanza en la mano, y él delantero de todos los suyos, salió á dar la batalla á los Christianos, y topó primeramente con Don Roldan, y quebró la lanza en su escudo, y luego echó mano á la espada; mas Don Roldan le dió tal golpe en la cabeza, que le pasó hasta la carne, y cayó del caballo, y uno de los suyos dió grandes voces, diciendo: Socorro, Caballeros, que el Rey Esplorante es derribado del caballo; y oyendo esto Don Roldan, le tomó por un bra-

zo,

zo, arrastrandole hasta la Torre; y los otros le siguieron, pensando que llevaban al Almirante Balán.

CAPITULO XLIII.

Como los doce Pares de Francia ordenaron que el uno de ellos fuese á hacer saber á Carlo Magno el peligro en que estaban.

HAviendo estado los Caballeros tanto tiempo en la Torre sin socorro alguno, desconfiados ya del socorro de Carlo Magno, estaban muy tristes, y dixo el Duque Naymes: Señores, El Emperador Carlo Magno no debe saber adonde estamos, y no dudo que no tenga tanta congoja de nuestra necesidad: y si de uno de nosotros no es informado, jamás oirá nuevas de nos, que este lugar es muy desviado, y por él nunca pasan los Christianos: y allende de esto, el Almirante Balán havrá mandado guardar todos los pasos, porque nadie lleve las nuevas á los Christianos: por tanto me parecia de mi consejo, que uno de nosotros se partiese secretamente para el Emperador Carlo Magno, que sin duda, si él supiese donde estabamos, él vendria con todo su poder á nos buscar. Y Guy de Borgoña le respondió: Señor Duque de Naymes, por demás es hablar en esto, que es imposible para hombre alguno, sino

fue-

fuese volando : vos veis toda la tierra cubierta de Turcos, y sabeis que no puede nadie pasar á tierra de Christianos, sino por la Puente de Mantible, y sabeis las fuerzas y guardas que en ella hay: ved pues como pasará un hombre solo, ni aun muchos, sin gran peligro ? Y viendoles Floripes estar muy tristes en estas razones, les dixo: Señores, es de pensar que Carlo Magno sabe adonde estais, aunque no sabrá de la necesidad que teneis, que bien supo como los cinco fueron presos, quando Oliveros venció á Fierabras, mi hermano, y vosotros venisteis por su mandado con embajada al Almirante, y con otros negocios; y por falta de gente no havrá podido venir á vuestro socorro; mas no creais que os tiene olvidados: por tanto no os fatigueis, y esperad aun algunos dias, y si no viene socorro, qualquiera partido havrá el Almirante con vosotros, por rescatar este Rey que teneis preso que le quiere mucho, y es hijo de una su hermana, y es Señor de grandisima renta. Pareció muy bien á todos lo que Floripes dixo; y esperando algunos dias, y viendo Roldan que la vitualla se les acababa, y que socorro no les venia, dixo que queria ir á Carlo Magno, y con el ayuda de Dios, él trairia muy presto socorro; y el Duque de Naymes le dixo: Señor Roldan, mas vale que qualquiera de nosotros vaya, que no vos, que sois nuestra guia,

y nuestro Capitan, que si los Tercos supiesen que no estabades con nosotros, nos darian mayor guerra de la que nos han dado, y podiamos peligrar; por ende, si vos quereis, yo iré de buen grado. Y asi cada uno, con muy sanas entrañas, se ofrecia á tan gran peligro, por traer socorro á sus compañeros, rogando todos que en ninguna manera fuese D. Roldan. Y no sabiendo determinadamente á quien havian de embiar, dixo Ricarte de Normandía: Señores, yo tengo un hijo, como sabeis, que ya trae armas, y segun sus principios, será buen Caballero; y si por ventura yo muriere, ó fuere preso en este camino, tengo quien me vengue; por ende me es mas conveniente la ida que á ninguno de vosotros; y si os pareciere, me pondré luego en camino, porque antes que os falte la provision, pueda traer socorro; y asi concluyeron que fuese, aunque á todos pesaba, por el gran peligro á que se ponia; y dixo Ricarte de Normandía, que á la noche calladamente se saldria de la Torre, y tomaria su camino para la Puente de Mantible. Y Don Roldan le dixo: Señor Ricarte, no creais estén los Turcos sin velas por ende en amaneciendo saldrémos todos juntos, y les acometerémos; y despues que los vieredes metidos en la batalla, os desviaréis, y tomaréis vuestros camino, que yo les daré tanto que hacer, que no tendrán lugar

de

de seguiros. Levantaronse los Caballeros dos horas antes que amaneciese; y despues de bien armados, abrazaron todos á Ricarte de Normandía con grande amor, encomendandole á Dios, que le quisiese guardar de todo peligro, y fue el buen Caballero Ricarte de Normandía á despedirse de Floripes; y ella, con abundancia de lagrimas, le abrazó muchas vesces, y sacó el cofre, le mostró las Santas Reliquias, y se humilló devotamente; y derramando infinitas lagrimas, se encomendó á su Criador, y despedido de Floripes, y de las demás damas, bajó donde los otros caballeros le estaban esperando, y cabalgaron en sus caballos, salieron de la Torre, y hallaron toda la gente del Rey Esplorante aguardando á la salida de la Torre, y se comenzó una muy cruda batalla, y hicieron tanto los Christianos, que los retiraron á las tiendas donde estaba el Almirante: mas no sin gran trabajo; y tanto se metió Ricarte de Normandía por el exercito adentro, que quando quiso salir no pudo; y no cesando de herir en sus enemigos, dió un gran grito, porque supiesen sus compañeros donde estaba; y oyendolo Oliveros, se metió como ferocisimo leon entre los Turcos, y en breve tiempo le hizo camino por donde pasase. Y viendo Ricarte de Normandía que ya queria amanecer, y tenia lugar oportuno, se puso en camino para tierra de Chistianos.

CAPITULO XLIV.

Como el Rey Clarion siguió á Ricarte de Normandía y como Ricarte le mató. y tomó su caballo

PUesto en camino, Ricarte de Normandía, huvo de meterse por un monte, desviandose de todo camino, por la multitud de Turcos que venian al Real del Almirante; y como subiese por un recuesto, siendo ya de dia claro, fue visto de ellos; y sabiendolo el Rey Clarion, mandó presto apercibir toda su gente para seguirle; y quando Ricarte de Normandia estuvo encima del recuesto, no sabiendo que nadie le siguise, se apeó del caballo, que estaba cansado, y quitóle el freno para que paciese; y estando arrimado á un arbol, con crecida congoja, asi por el peligro que esperaba en pasar la Puente de Mantible, como por dejar á sus leales compañeros, cercados de tanta multitud de Turcos, vido al Rey Clarion caballero en un poderoso caballo, mirando á todas partes si le veia, y sintiendo el caballo de Ricarte de Normandia las pisadas del caballo del Pagano, se fue muy presto junto su señor para que cabalgase. Ricarte le enfrenó, y cabalgó en él, y venia el Rey muy lejos de los suyos, y quando

vi-

vido á Ricarte de Normandía, le dixo: Juramento hago á mis Dioses, Chistiano, de te bolver al Almirante antes que tengan tus compañeros espacio de te socorrer, como hicieron al otro que llevamos á la horca. Y Ricarte le dixo: Con toda tu gente no me pudiste prender, ni hacer daño, y solo me piensas llevar al Almirante? Y el Rey Clarion le dixo: Al pie del puerto dejé quatro mil hombres de pelea, que muy presto serán aqui; por ende deja las armas y vente conmigo, que es imposible que te escapes de nuestras manos. Y Ricarte de Normandía lé dixo: Mientras tus Turcos vienen piensa de ser buen Caballero, y bajadas las lanzas, se encontraron, con grandisimas fuerzas y corazon; y de los encuentros, el caballo de Ricarte de Normandía, que muy cansado estaba, cayó en el suelo, mas luego fue el Caballero en pie con la espada en la mano; y dió tal golpe al Rey Clarion, que su escudo hizo dos partes. Y sintiendo Ricarte las pisadas de la gente del Rey Clarion, dióle tan recisimo golpe en el brazo derecho, que la espada le hizo soltar de la mano, y asióle del brazo, y le sacó de la silla del caballo, y cortandole la cabeza, saltó en su caballo que mas descansado estaba que el suyo. Era este caballo maravillosamente bueno, y era desde la cabeza hasta medio cuerpo muy blanco, con unas pecas berme-

mejas, y del medio cuerpo atrás era vayo, con unas pecas negras, y tenia el pelo largo, como el dedo, y la cabeza pequeña, y tenia los ojos grandes y blancos; las orejas muy cortas y redondas, las narices muy romas, las ventanas muy abiertas, y de parte de dentro muy coloradas, que parecia que echaba sangre por ellas, y el pescuezo muy ancho, y corto; la silla era de marfil, muy ricamente labrada: la cola muy larga, y las cerdas de ella gordas, y al cabo muy esparcidas, que quando corria parecia que traia una grande ala; era tan ligero, que por correr diez leguas á rienda suelta, jamás le vieron sudado, ni cansado, Y quando se vió Caballero en aquel ligero caballo, quiso matar el suyo, porque no quedase en poder de los Paganos, y despues dixo: Buenos servicios he recibido de ti, no es razon de darte mal galardon, Dios te lleve en poder de Christianos; mucho me pesaria que cabalgase en ti Moro alguno, que pocos caballos hay en el mundo mejores que tu; y sintiendo el ruido que traian los del Rey Clarion, sin seguir camino alguno, comenzó á caminar ácia la Puente de Mantible, y su caballo se bolvió por donde havia venido; y quando la gente del Rey Clarion le vido, pensaron que Ricarte de Normandía era muerto, y quisieronle tomar, mas no pudieron, y pasó por el Real de los Paganos, sin que lo

pu-

pudiesen tomar, ni osasen llegar á él; y quando el Almirante le vido, dixo O muy noble y esforzado Rey Clarion, mi sobrino muy amado, en grande merced te tengo lo que hoy has hecho por mi: mataste el mensagero de los Christianos, del qual nos podia venir gran daño, si á Carlo magno llevara las nuevas de sus Varones. El caballo no paró hasta la puerta de la Torre, y quando los Christianos le vieron, con gran congoja bajaron á le abrir, y dixó el Duque Naymes con mucho dolor, que casi no podia pronunciar las palabras: O noble Ricarte de Normandía, nuestro especial amigo! mucho me pesa de tu partida, y mucho mas de las malas nuevas que tu caballo nos trajo; Dios por su piedad quiera recibir tu anima en su santa gloria. Y Roldan dixo: O mi leal amigo! mucha culpa tengo en tu muerte, por haver consentido en tu partida, haviendo tan grande peligro en ella. Mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues el de Carlo Magno no venia; mas de una cosa eres seguro, que tu muerte será bien vengada; no bolveré jamas á la Torre, ni á Durandal meteré en la vayna, hasta que al viejo Almirante corte la cabeza, y á los demás que quisieren estorvarme la venganza del agravio que de su gente ha recibido nuestro amigo Ricarte, segun me lo asegura la buelta de su caballo; y asi dixo á los demás que se

aparejasen; que no era bien dejar á los Moros sin castigo, y darles á conocer quanto estimaban á su buen compañero: y dicho esto, partieron todos con mucho animo.

CAPITULO XLVI.

Como la gente del Rey Clarion halló á su Señor muerto en el campo, y como le llevaron al Real del Almirante Balán.

COrriendo la gente del Rey Clarion en pos de Ricarte de Normandia, hallaron á su Señor muerto en el campo, y hicieron gran llanto por él, y asi llorando amargamente su muerte, lo llevaron al Real, y dejaron de seguir á Ricarte; y ya que llegaban al Real, oyó el Almirante los alharidos que hacian, y á pie, y armado como estaba, los salió á recibir, y con gan pesar les preguntó por su sobrino el Rey Clarion; y le respondió un Caballero, que de su muerte tenia muy gran pesar: Señor, en mala hora venimos en tu socorro, y en peor seguimos el mensagero de los Christianos; tu perdiste un especial Capitan en el Rey Clarion, y nosotros perdimos á nuestro natural Señor.

Antes que el Turco acabase de hablar, cayó el Almirante de su estado amortecido, y estuvo muy gran rato mas muerto que vivo; por lo qual

qual se hizo muy doloroso llanto por todo el Rela. Oyendo los Caballeros Christianos que estaban en la Torre los grandes gritos que daban los del Real, salieron á las ventanas, para saber qué cosa era, y Floripes entendió luego que el Rey Clarion era muerto, y con grande placer que de ello tenia, lo dixo á Guy de Borgoña, y á los otros Caballeros; y dieron gracias á Dios por ello, y fueron muy alegres, y con esperanza de socorro; y buelto en sí el Almirante, tirando con rabia de sus Cabellos y barbas blancas, maldiciendo á sus Dioses, y amenazando á los Christianos, mandó llamar un Correo, Orages, y dixole: Ya sabes como el que mató al Rey Clarion, es ido con mensage al Emperador Carlo Magno, para informarle de la necesidad en que están sus Varones, y segun el poder de Carlo Magno gran daño nos puede venir de esto; por tanto, mando que muy presto lleves mis cartas á Galafre, guarda de la mi Puente de Mantible, y decirle has que estoy muy enojado con él, porque dejó pasar los siete Caballeros de Carlo Magno, que tan gran daño nos han hecho, y que se guarde bien de dejar pasar al mensagero, que hoy se partió de aqui; y si no que le haré ahorcar de una ventana de la Torre: y tu has de ir muy presto, porque llegues á la Puente antes que el mensagero de los Christianos. Señor, dixo Orages, de eso

pier-

pierde cuidado, que yo llegaré antes que él, aunque lleve buen caballo; y llegando Orages á la Puente de Mantible, dixo á Galafre: Señor Galafre, yo soy mensagero del muy poderoso y muy temido Señor el Almirante Balán, el qual te manda, so pena de perder la vida, no dejes pasar un Christiano que ha de venir por aqui, que lleva cartas para el Emperador Carlo Magno, de unos Caballeros suyos, que están cercados; y á mas de esto, está muy mal contento de ti, porque dejaste pasar los otros dias ciertos Caballeros Christianos, que le han hecho grandes daños. Quando Galafre oyó el mensagero, y leyó las cartas del Almirante, subió encima de la Torre, y tañó una vocina, y en muy poco tiempo se juntaron á la Puente de Mantible tres mil Turcos armados, Caballeros y peones, y salió con ellos por todos los caminos, buscando al mensagero de los Christianos.

CAPITULO XLVI.

Como Ricarte de Normandía pasó el rio de Flagor milagrosamente, mediante un ciervo blanco que le guió.

RIcarte de Normandía, mensagero de los Christianos, que quedaban en la Torre, estaba muy deseoso de llevar socorro á sus compañeros, y por eso temia mucho la pasada de la Puente, y estando de diversos pensamientos combatido, andando todavia adelante, sintió pisadas de caballos, y grande bullicio de gente; y mirando á una parte y otra, vido grande numero de la gente de Galafre, y con crecida congoja se desvió de ellos, diciendo: O Jesus, Rey de la gloria! en esta hora te suplico seas en mi guarda, porque mediante tu gracia, pueda llevar socorro á tus Caballeros, que de tantas angustias dejo cercados; el rio es muy crecido, y las guardas de la Puente muchas, por donde conozco que sin tu ayuda, ni á mis compañeros llevaré socorro, ni podré evitar la muerte. Diciendo esto, vió delante de sí diez Caballeros armados, que con grandes voces le amenazaban de dar la muerte, diciendo que no le aprovecharia el ligero caballo del Rey Clarion; y queriendo escusar la batalla, pensó Ricarte de huir

huir, confiado en la ligereza de su caballo; mas considerando que la Puente no podia pasar, ni el rio menos, y el bolver atrás no le era honroso, con animoso corazon, cubierto del escudo, apretando la espada en el puño, arremetió para ellos, y encontróle un Caballero con una gruesa lanza, y la quebró en su escudo, sin que Ricarte hiciese ninguna mudanza en la silla, y su caballo iba con tal velocidad, que se juntó con el Turco, y dió con el Caballo en el suelo; y buelto para los otros, dió á uno tan gran golpe en la cabeza, que le endió el yelmo y la cabeza hasta los dientes; y de este golpe fueron muy espantados los otros, y Ricarte los dejó, y guió para la Punte de Mantible, y vido de lejos como la entrada del Puente estaba guardada de mas de quatro mil Turcos; y sin que ellos lo viesen, se metio en una Isla que estaba á la orilla del rio, pensando qué modo tendria para pasar: mas nuestro Señor Dios, que jamás olvida á los suyos, ni deja desconsolados á los que con sanas entrañas le piden consuelo, le embió un Ciervo blanco, que delante de él se metió en el rio y pasó á la otra parte, que despues se bolvió á mirar á Ricarte de Normandía, y viendo que no se osaba meter en el rio, bolvió otra vez á la otra parte, y se llegó al caballo, y paso á paso se metió otra vez en el rio. Ricarte se encomendó á Dios de muy devoto corazon, y se me-

metió en el rio, y siguiendo al Ciervo, sin peligro alguno pasó á la otra parte. Quando los Paganos que estaban en la Torre lo vieron pasar, dieron grandes voces á Galafre, y quando le vido á la otra parte del rio, fue muy triste por ello, y mandó abrir las puertas, y que le siguiesen hasta que le alcanzasen; que si entraba en tierra de Christianos, no parecia jamás delante del Almirante Balán. Mas quando Ricarte se vió de la otra parte del rio, dando muchas gracias á Dios, guió para tierra de Christianos sin ningun miedo de los Paganos. Agora dejaré de hablar de Ricarte, y de sus compañeros, y del Almirante Balán, y hablaré de Carlo Magno, y de su gente, que todavia estaba en Mormionda.

CAPITULO XLVII.

Como Carlo Magno quiso bolverse para Francia por consejo de Ganalon, y sus parientes.

CArlo Magno, estando en Mormionda con gran tristeza, porque no sabia nueva alguna de sus Varones, mandó llamar á Ganalon, á Geofre Altahoja, Alberto de Macayre, y otros muchos, y entre ellos vino el Duque Regner, padre del buen Caballero Oliveros, á los quales dixo: Señores y amigos mios yo estoy en grande congoja metido, y no es menes-

néster deciros la causa: verdaderamente si yo no sé de mis Varones, yo propongo de dejar la Corona Imperial, y todo el gobierno, que hombre que tan desdichadamente perdió tales Caballeros, no merece reynar: por ende os ruego que cada uno me diga su parecer, y el modo que se ha de tener para saber de los nobles Caballeros; y de esto plugo mucho á Ganalon, aunque mostraba que le pesaba, y dixo: Señor Emperador, si me das licencia, yo diré mi parecer, y Carlo Magno le dixo que dixese, y él respondió: Señor, de mi consejo no pasarás mas adelante, antes harás llevar todas las tiendas de Campaña, que tienes en el Real, y cargadas en sus acemilas, las embiarás delante con buena guarda, y despues nos irémos nosotros poco á poco, y por las animas de tus Caballeros harás decir Misas, que los cuerpos no creas sean vivos; y bueltos á la tierra de Christianos, allegarás mas gente, y despues bolverémos á vengar la muerte del muy noble Don Roldan, y de los otros Caballeros: y has de creer que el Almirante Balán tendrá la mayor parte de toda Turquia allegada, para vengarse de ti por el vencimiento de su amado hijo Fierabras; y esta ès mi opinion, y creo que te doy muy sano consejo. Quando el Emperador oyó las razones de Ganalon, puesta la mano al carrillo, arrimada la cabeza á ella, estu-

tuvo muy gran rato sin poder hablar palabra, y despues, esforzandose quanto podia, decia entre si: O desdichado Rey! qué harás, si te bueIves sin vengar la muerte de tus Varones! Serás para siempre deshonrado, y dirá la gente, que mejor supiste embiarlos donde perdieron las vidas, que no vengar sus muertes. Si sin tomar venganza del Almirante Balán me buelvo á tierra de Christianos, qual será el Caballero que tendrá deseo de servirme? Quién se querrá meter en peligro alguno por mi, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas por servirme son tan presto olvidados? Ni yo tendré razon para les mandar cosa alguna de peligro, ni ellos serán de culpar, aunque dejen de lo hacer. Cómo osaré hablar á los parientes y amigos de los Caballeros muertos, que con tanto placer me tornaron á recibir? Qué dirán, sino que los embié donde perdiesen las vidas, y despues de muertos, di luego la buelta, buscando mi guarda? O viejo sin ventura! Cómo no consintió la fortuna que tomases la muerte con ellos, porque con mengua y deshonra no vivieses estos pocos dias que te quedan? O mis leales Caballeros, quanta razon tengo de llorarlos! que á mas de lo que pierdo en perderos, cada uno de vosotros era mas digno de la Corona Imperial que yo. Por vosotros tenia Corona y honra, y tambien por vosotros era temido de

Chris-

Christianos, Judios, y Paganos: vosotros erades los firmes pilares que tenian en pie todo el Imperio; y vuestras espadas, y vigorosos brazos las fortalezas de todos mis Reynos. En perderos, perdi todo mi consejo y favor: no sé con quien comunique la crecida pena que siento, no teniendo á quien pida consejo el desconsolado viejo. Con vosotros tenia todos los vienes del mundo; y en perderos perdi la esperanza y alegria que tenia, y solo me quedé desamparado de todo el mundo, salvo de tristeza, á la qual ruego ahincadamente acorte mis tristes dias, pues no veo razon para querer vivir sin vuestra compañia. O Paganos, si supierades quanto ganasteis en la muerte de los Caballeros! En aquel dia cesaron todos vuestros temores: aquellos, cuyos solos nombres os espantaban, y hacian bolver la rienda en la mejor prisa de la batalla, ya no os irán á sacar de vuestras fortalezas. De mi grande pérdida redundará á todos los infieles descanso, y muy grande seguridad en sus vidas; y estando mis nobles y leales Caballeros en mi Corte, sonaban los muchos y grandes golpes de sus tajantes espadadas en el corazon de toda Turquia.

Despues que huvo razonado esto entre si, esforzandose quanto pudo, levantó la cabeza, y arrimado á la silla, dixo á los Caballeros que pre-

presentes estaban: Señores, ya haveis oido el consejo que me dió Ganalon, y me parece no lo debia tomar, que es contra mi honra, y queria que vosotros me dixesedes el vuestro, porque oidas vuestras voluntades, se tomase el mas sano consejo, y que menos detrimento traxese á nuestras honras. Entonces un Caballero, llamado Macario, y Aburien Geofert, y otros muchos Caballeros del linage de Ganalon, y conformes á su condicion, le dixeron: Señor, muy poderoso, y temido Emperador, Ganalon ha hablado muy cuerdamente, y te da muy buen consejo; y de pasar adelante, no hagais cuenta; que en tu compañia están mas de diez mil hombres, que despues que han sabido de la muerte del muy noble Don Roldan, que era su Capitan, y guia en las grandes hazañas, han hecho juramento de no pasar de aqui, aunque tu se lo mandes. Carlo Magno dió un muy grande suspiro, diciendo: O verdadero Dios, en quien creo! siempre hallé remedio de mas grandes tribulaciones en ti: no desampares al triste viejo, de tantas angustias rodeado; el consejo de estos Caballeros no me parece bueno. Entonces Regner, padre de Oliveros, dixo: Señor, los que este consejo te dan, no te quieren bien, ni desean tu honra; y si alguno dejare de seguirte, será del linage de los Consejeros malos, que los que desean el ensalzamiento de tu

Imperial Corona, no te darán tal consejo, ni dejarán de seguirte. Y Aburin, pariente muy cercano de Ganalon, le dixo: Regner, si no estuviesemos delante del Emperador, haria que os costase bien caro lo que decis, que vos mentisteis en ello. Y el Duque Regner le dió tan gran golpe con el puño, que dió con él en el suelo, y huviera grande mal entre ellos, si el Emperador no se metiera en medio, que se hallaron del linage de Ganalon mas de mil y seiscientos hombres armados: y Fierabras, que estaba presente, echó mano á la espada, y dixo: Juramento hago al Santo Bautismo que he recibido, que si se mueve alguno, para enojar al Duque Regner, que le mostraré como corta mi espada. El Emperador mandó, que se estuviesen quedos, so pena de perder la vida, y dixoles: Ya siento la falta de mis Caballeros, que como veis vosotros que estoy sin ellos, me teneis en poco, y no me guardais honra alguna; y os atreveis á hacer demasía delante de mis ojos. Y Fierabras le dixo: Suplicote, que esto que ha pasado les sea perdonado: mas de aqui adelante ten tu gente en justicia, y castiga los que erraren, que á mi me tendrás, mientras viviere por firme pilar de tu honra. Carlo Magno le preguntó, qué le parecia, si se bolveria, o si iria adelante? Y él respondió: El bolver es bueno para que descanse tu persona; mas no para acre-

acrecentar tu honra. Entonces dió Carlo Magno un muy gran suspiro, y dixo: Al todo Poderoso, y alto Dios encomiendo mis hechos, al qual prometo de jamás bolver á tierra de Christianos, hasta que sepa nuevas ciertas de mis leales Varones; y haviendo su consejo, fue ordenado, que fuesen algunos Caballeros al Reyno de Francia con sus cartas, para allegar mas gente; y mandó al Duque Regner, que tomase la compañia que quisiese, y dispusiese la partida.

CAPITULO XLVIII.

Como Ricarte de Normandía llegó al Exercito del Emperador Carlo Magno.

CArlo Magno, queriendo embiar á tierra de Christianos por mas gente, y estando el Duque Regner, padre de Oliveros, con su compañia á punto para la partida, se llegó un Caballero al Emperador Carlo Magno, y le dixo, como venia á muy gran priesa un Caballero de tierra de Moros, y que creia traia embajada del Almirante Balán. Y Carlo Magno salió muy prestamente al camino, y el Duque Regner con él, y vieron de lejos á Ricarte de Normandía, armado de todas armas, caballero en el caballo del Rey Clarion, y el Duque Reguer, dixo: Este que aqui viene

es Christiano, que los Turcos no cabalgan de esta manera; y llegandose mas Ricarte de Normandia, dixo Carlo Magno: Este parece en su aire á Ricarte de Normandía; y llegado el Caballero delante del Emperador, saltó muy presto del caballo, é hizo acatamiento á su señor, y Carlo Magno le dixo: Mi Caballero, y amigo, vos seais bien venido, qué es de Roldan, y Oliveros, y de los otros vuestros compañeros? Cómo venis solo? Son muertos, ó están en vida? Y Ricarte de Normandía le dixo: Señor, da gracias á Dios, que de infinitos peligros los ha librado, y están vivos, y sanos, no muy lejos de Aguas Muertas, en una fuerte Torre, y cercados de mas de cien mil Paganos, y está con ellos la muy virtuosa Dama Floripes, hija del Almirante Balán, mediante la qual somos vivos, que sería muy largo de contar lo que por nosotros ha hecho y tiene las Santas Reliquias, que tu buscas tanto tiempo ha, todas en su poder, y otros infinitos tesoros: te suplica, asi ella, como los Caballeros, les des socorro; y está Floripes con grande deseo de recibir el Santo Bautismo; y si tu ganas á Aguas Muertas, y aquella Torre, podrás en poco tiempo ganar la mayor parte de aquella tierra. Gran consuelo recibió Carlo Magno con estas nuevas, y dixo, que Ganalon, y sus parientes eran traydores, que

que porque muriesen los Caballeros, trabajaban de le hacer bolver, y dixo: Dime, Ricarte, tienen mis Caballeros provision alguna en la torre? Podránse pasar cinco, ó seis dias? Y él dixo, que tendrian vitualla para seis, y nó mas, y la provision que ellos tienen, tomamos en el mismo aposentamiento del Almirante, á pesar de todo su Real; y si pasan trabajos, tú lo puedes pensar. Carlo Magno le preguntó, qué hombre era el Almirante? Y él le dixo: El Almirante Balán es muy feroz de hecho, y de gesto, y valiente de su persona, muy enemigo de los Christianos, y es mucho temido, y obedecido de los suyos; la gente es mucha á maravilla, no diestra en las armas, y para pasar á Aguas Muertas hay un paso muy malo, y muy peligroso, y se llama la Puente de Mantible, y el rio es muy crecido á maravilla, y se llama Flagor; la Puente es muy fuerte, con dos torres de marmol, y sus puentes levadizas, y la guarda un Gigante muy espantable, que en su compañia tiene tres mil Paganos para guardarla; de manera, que por fuerza no pasará todo el resto del mundo, mas usarémos de sutileza: Y el Emperador Carlo Magno le dixo: Qué industria tendrás para pasar? Y Ricarte de Normandía le dixo: Señor, irémos cinquenta de nosotros bien armados, y encima de las armas sendas capas

largas, como Mercaderes, y llevarémos quarenta acemilas cargadas de fardeles, que parezcan de mercadería, y tu estarás con la otra gente en un monte, que está cerca de la Puente; y pensando las guardas, que llevamos mercadería, abrirán la primera puerta, y pedirán sus derechos, y entonces dejarémos caer las capas, y les darémos batalla, y con una señal que harémos, vendrás luego con tus Caballeros, y con el ayuda de Dios nuestro Señor ganarémos la Puente, y darémos socorro á tus Caballeros, que lo están esperando. Este consejo, y aviso pareció muy bien al Emperador Carlo Magno, y á los otros Caballeros; y el Duque Regner abrazó á Ricarte de Normandía con grande amor, y Ricarte le contó lo que á su hijo Oliveros havia pasado en la torre, y los grandes beneficios que de Floripes, hija del Almirante Balán, havia recibido. Y mandó el Emperador Carlo Magno á todos sus Caballeros que hiciesen aderezar sus armas: asimismo á los peones, y Capitanes, que proveyesen de armas á los que no las tenian; y mandó asimismo alzar todas las tiendas, y que todos estuviesen apercibidos para la partida; y dixo á Ricarte de Normandía, que hiciese lo que havia ordenado, y Ricarte en la misma hora hizo hacer muchas balas del fardage Real, y las hizo atar como balas de mercadería, y cargó

gó quarenta acemilas, y rogó al Duque Regner, y Hoel de Nantes, que quisiesen tomar setenta Caballeros escogidos, y el Duque fue muy contento de ello; y armados los Caballeros, dióles Carlo Magno sendas capas para cubrir sus armas, y pusieronse en camino para la Puente de Mantible, é iban delante el Duque Regner, y Ricarte de Normandía, y luego las acemilas con alguna gente de á pie, y despues toda la demás gente, y el Emperador mandó alzar todas sus vanderas, y estandartes, y puesta la gente en orden, se puso en camino.

CAPITULO XLIX.

Como por industria de Ricarte de Normandía fue ganada la Puente de Mantible; y del Gigante Galafre, que tenia cargo de guardar la Puente.

HUvo el Emperador tal modo, que se metió en el monte de noche, porque no le viesen de las Torres de la Puente de Mantible, y Ricarte de Normandía, y Hoel de Nantes, y el Duque Regner, se fueron con las acemilas cargadas para el Puente; y quando los compañeros de Ricarte vieron las fuerzas de la Puente, y la grandeza del Rio, fueron muy maravillados, que por fuerza no la tomara todo

el poder de los Christianos; y Ricarte de Normandía dixo: Dios nos quiera ayudar, que nos cumple hoy haver batalla con el mas espantable Gigante del mundo, y con tres mil Paganos, que no se apartan jamás de su compañia para guardar esta Puente. Y el Duque le preguntó, cómo lo pasaron quando iban con Roldan, y los otros á llevar la embajada al Almirante? Y Ricarte le contó la manera que el Duque Naymes havia tenido, y rieronse todos de la maña: llegados ya á la Puente, dixo Ricarte de Normandía: Señores, yo seré el primero, con vuestra licencia, y abriendo la guardia la primera puerta, entraréis vosotros; y quando me vieredes echar la capa, ruegoos, que no seais perozosos de echar las vuestras, y procurad todos de ser buenos Caballeros, que nos será bien menester; y ellos le dixeron que ningun recelo huviese de eso, ni tampoco de ser señor de la Puente, si una vez ellos entraban en ella; y luego vino Galafre el Gigante, y abrió un postigo muy pequeño de la puerta, y tenia en su mano derecha una acha de armas muy gruesa, y muy aguda, y era muy grande, y fornido á maravilla; los ojos muy grandes, y muy salidos, y bueltos en sangre; las narices anchas y romas; la boca muy grande; los labios muy gruesos, y muy negro, que mas parecia diablo que no criatura humana; tenia las

pier-

piernas muy gruesas, los pies tuertos, y alcanzaba grandes fuerzas, y estaba dia, y noche siempre armado: era muy querido del Almirante Balán, y de él se fiaba mucho, y era Condestable de aquella tierra: era muy cruel, especialmente con los Christianos; y abierto el postigo, dixo á Ricarte de Normandía: Dime, hombre, qué buscas por esta tierra, ó qué es lo que llevais allí? Ricarte mudó el lenguage, porque no le tuviese por Francés, y dixole: Señor, somos Mercaderes, que venimos de Tarascon, y traemos muchos paños de muchas suertes, y queriamos llegar á Aguas Muertas, para vender algunos de ellos, y traemos otras joyas para presentar al Almirante Balán: y si vos nos mostrasedes el camino, os darémos de nuestra mercancía, que nosotros no sabemos los pasos de esta tierra; porque ninguno de nos ha pasado otra vez por aqui. Y Galafre le respondió: sabed, que yo tengo cargo de guardar esta Puente, y todos los otros pasos de esta tierra, y no ha mucho tiempo que siete traydores, vasallos de Carlo Magno, me burlaron malamente, diciendo que llevaban embajada al Almirante Balán; y me dieron á entender que traian el tributo que se havia de pagar, y les dejé pasar, y han hecho gran daño y enojo al Almirante Balán; mas ellos están en parte, que pagarán lo que han hecho, que están cercados en una

Tor-

Torre de mas de cien mil Turcos, y antes de ayer se escapó uno, que creo que tenia el diablo en el cuerpo, que mató al Rey Clarion, mi sobrino, que le seguia con diez mil Turcos, y le tomó su caballo, el mejor que havia en todo el mundo; y como vido las guardas de esta Puente, se lanzó con él en el rio, pasó á nado, lo que otro hombre nunca hizo, y fue á llevar las nuevas á Carlo Magno de los Christianos que están cercados en la Torre, para que les diese socorro; y á esta causa me ha mandado el Almirante Balán, que so pena de muerte, no deje pasar á persona alguna nacida, sin primero saber adonde va, y de donde viene, y quien es; por ende quiero saber esto; que no pareceis vosotros Mercaderes. Entonces Ricarte de Normandía le dixo: Bien nos place que lo sepais, y mireis nuestra mercadera; y diciendo esto, entró el primero en el postigo, y luego le siguieron el Duque Regner, y Hoel de Nantes, y Riol; y quando Galafre los vido dentro, no le plugo de ello, y cerró presto el postigo, porque no entrasen los otros, y dixoles, que se quitasen las capas, porque queria ver lo que llevaban; y Ricarte se desvió un poco, y dejando caer la capa, puso mano á la espada, y lo mismo hicieron los otros, y Ricarte le dió un gran golpe en la cabeza: mas tenia en ella una calabera de serpien-

piente: mas dura que ningun acero, y resvaló la espada, y le cortó parte de una oreja: y los otros asimismo procuraron de lo herir reciamente, mas no aprovechaba, que dar en él, era dar en una peña que sobre las armas traia el cuero de la serpiente, que era mucho mas duro que las armas; y Galafre alzó la acha de armas, que en las manos tenia, por herir á Ricarte de Normandía; y como vido venir el golpe, desvió el cuerpo, y dió en una piedra de marmol, y entró la acha en ella mas de un palmo; y quando vió que fue en vacío, dió un tan gran grito, que lo oyeron los Paganos, que estaban en la otra Torre á la otra parte de la Puente, y vinieron muchos de ellos en su socorro; y viendolos Ricarte de Normandía, abrió prestamente la puerta, y entraron los Christianos; y huvo gran mortandad entre ellos, asi de una parte como de otra; y haciendo los Christianos muchas señas á Carlo Magno, y su gente, llegaron muy presto á la Puente; y Ganalon, que despues fue traydor (como diré mas adelante) hizo señaladas cosas aquel dia: mas duró poco su lealtad, y la de sus parientes.

CA-

CAPITULO L.

Como Carlo Magno ganó la Puente de Mantible, y como Alor, pariente de Ganalon, quiso hacer traycion.

LA multitud de los Paganos que en socorro de la Puente venian, era tanta, que cubria de dos leguas de tierra; y el Emperador Carlo Magno, viendo que los Christianos se comenzaban de retraer, cubrióse muy bien con su escudo, y pusose delante de los suyos, y empezó á derribar Paganos á una parte, y á otra, que era cosa de ver, y Ganalon á su lado, peleando maravillosamente; y siguiendo su batalla, vió el Emperador á Galafre con un acha en las manos haciendo gran daño en los Christianos, y tenia delante de si mas de cien Christianos muertos; y viendo que no aprovechaba herirle de espada, por la fortaleza de las armas, pidió una lanza, y con ella le dió tales, y tan grandes encuentros, que le derribó, y Ricarte de Normandía le cortó la cabeza; y quando se vido en el suelo, dió tan grandes gritos, que se oyeron tres leguas de alli, y conocieron los Paganos que Galafre tenia necesidad de socorro, por donde fue causa que acudió mucha mas gente, para defender la Puente, y entre ellos

vi-

vino un Gigante, llamado Ampheon, y le seguia una muger llamada Amiote, con dos niños en los brazos de quatro meses, y eran de cinco pies de largo, y bien fornidos, segun el grandor; y pusose este Gigante á la puerta de la Puente, por donde havian de salir los Christianos, con una grande barra de hierro en las manos, y empezó á decir á grandes voces: Dónde está el viejo loco de Carlo Magno, que quiere llevar las Santas Reliquias? O si quiere pasar á dar socorro á sus Caballeros, venga, que la puerta está abierta; y fueron los Christianos maravillados de su grandor, y Carlo Magno se cubrió de su escudo para ir á acometerle; mas Fierabras le suplicó, que le dejase á él aquella batalla, que conocia mejor aquella gente, y el modo de su pelear, que eran de grandisimas fuerzas, y sin maña, ni presteza en las armas; y cubriendose Fierabras de su escudo, se llegó al Gigante, quanto le pareció que lo podria alcanzar con la barra, y el Gigante la alzó con entrambas manos, y Fierabras hizo de esperar el golpe; mas viendole venir en el ayre, Fierabras desvió el cuerpo, y dió el golpe del Gigante en el duro suelo, el qual fue con tan grandisima fuerza, que hizo estremecer toda la Puente: y antes que alzase la barra otra vez, le cortó Fierabras los brazos entrambos de un golpe, le dió otro golpe en la cabeza, que le cortó el

yel-

yelmo, y la cabeza hasta los dientes; y asi ganaron los Christianos la Puente de Mantible; mas era tánta la multitud de los Turcos, que no los dejaban salir, y los hicieron retirar hasta el medio de la Puente, muriendo muchos de la una parte y de la otra, y estaban siempre al lado de Carlo Magno, Fierabras, el Duque Regner, Ricarte de Normandía, y Hoel de Nantes, guardando su persona mas que sus vidas mismas. Y viendo Carlo Magno, que no podia pasar adelante, antes le era forzado retirarse, perdiendo siempre gente, empezó de suspirar muy reciamente, diciendo, que yá era perdida la esperanza de jamás ver sus Caballeros, y muy leales Varones, pues que aquel paso no podia ganar. Y Fierabras le dixo: Señor, no nos cumple ahora llorar los que están ausentes, sino á nos mismos, que si no ganamos este Puente, será muy grande maravilla escapar de las manos de nuestros enemigos, por la gran muchedumbre de gente que acudirá. Y entonces Carlo Magno dixo á grandes vòces: Aqui Caballeros, que ahora es tiempo de emplear vuestras fuerzas, y diciendo esto, se adelantó de los suyos, y empezó de hacer tales cosas, que á todos hacia estar espantados, asi á sus Caballeros como á los enemigos; y puestos á su lado Fierabras, Ricarte de Normandía, y el Duque Regner, dieron tanta priesa á los Paganos, que les fue for-

forzoso meterse en la Villa; y pensaron de alzar una Puente levadiza, mas Fierabras la tuvo, que no la pudieron alzar, y dixo á los otros, que entrasen en la Villa con buena ordenanza, sin dejar de herir varonilmente á sus enemigos; y en la entrada huvo gran mortandad de Christianos, que de las ventanas y de las Torres los mataban á pedradas: y viendose Carlo Magno en tan grande aprieto, dió una voz, diciendo: Socorro Caballeros, y entonces llegó Ganalon, y sus parientes con mil y setecientos hombres muy bien apercibidos, hizo alli grandes proezas, aunque despues fue traydor; y duró el combate de la puerta quatro horas, y con muy poca gente entró Carlo Magno en la Villa; y despues de entrado, un Caballero de linage de Ganalon, llamado Alor, dixo á Ganalon: Señor Ganalon, Carlo Magno está en la Villa con muy poca gente, será maravilla, si jamás sale de ella, que los Turcos tienen gran numero de gente en ella, y toda muy bien apercibida; y placeme que ninguno de nuestros amigos quede con él, y agora nos podemos vengar de él, y de los otros nuestros enemigos; y si vos quereis, nos bolverémos para Francia, y nos alzarémos con las fortalezas, y poco á poco serémos señores de todo el Reyno, pues que en ella no queda ninguno, que nos ose contradecir. Y Ganalon le respondió: Señor, verdade-

ra-

ramente yo tengo muy grande enojo del Duque Regner, que malamente nos injurió el otro dia delante de Carlo Magno, y no menos de Carlos, porque se le mostró muy favorable; mas no me parece podernos vengar de la manera que decis, sin detrimento de nuestras honras, dejandole en tanta y tan grande necesidad en poder de aquestos Paganos; y allende esto, podria ser que no saliesemos con nuestra intencion, que bien podrán los parientes de los que quedaren, hacernos harto daño, que conocerán muy presto la traycion. Y Alor le respondió: Señor Ganalon, no seais simple, ni corto en lo que tanto os cumple; si vos no tomais venganza de vuestros enemigos, agora que teneis tiempo para ello, quando quisieredes vengar no tendreis lugar, y os arrepentiréis de ello, y sobre esto se encendió gran egenojo éntre ellos. Estando en esta contienda, sobrevino Fierabras, y preguntando por Carlo Magno, Alor le respondió: Creo que nunca le vereis, que está en la Villa entre gran numero de Paganos. Y Fierabras le dixo: Y vosotros, qué haceis aqui, que no le dais socorro? Bien podeis ser acusados de traydores, pues que en tan grande afrenta olvidais á vuestro Señor. Diciendo esto, tomó una acha de armas en sus manos, y se fue para la Puente, dando voces: Caballeros, Caballeros, socorred á vuestro Señor; y llegado á la
Puen-

Puente, halló á Ganalon á su lado con alguna gente suya; y viendo que Carlo Magno con la poca gente que tenia, se retraia ácia la puerta, peleando quanto podia, y perdiendo todavia de los suyos, se metió entre los Christianos poco á poco, hasta que llegó á la delantera, y Ganalon con él; y hicieron tan gran matanza los dos, que corrian los arroyos de la sangre por medio de la Villa, y no tuvieron otro remedio los Paganos, sino dando grandes alharidos, echar á huir el que mas podia, y salieron algunos por una puerta falsa, y fueron á contar su desventura, y la perdicion de la Puente de Mantible al Almirante Balán, y fueron los Christianos señores de la Villa, en la qual hallaron grandes riquezas.

CAPITULO LI.

Como Amiote, de la qual hablé arriba, mató muchos Christianos; y como el Almirante supo que Mantible era ganada por Carlo Magno.

CON muy grande trabajo y perdicion de gente ganó Carlo Magno la Puente de Mantible; y venida la noche, tomaron los Christianos sus posadas pacificamente, y se desarmaron para descansar, porque estaban muy fatigados de la batalla. Y Amiote, Giganta, que era muger del Gigante, viendo á su marido muer-

muerto; como sintió que los Christianos estaban muy descuidados, rabiosa por la muerte de Ampepon, su marido, tomó una visarma, á manera de una hoz muy grande y aguda, y saliendo de una cueba, donde estaba con sus hijos, entró en la Villa con mucho furor, y á quantos topaba por las calles, á todos daba la muerte; y quando no hallaba gente por las calles, entrabase por las casas, y como los hallaba desarmados, asi sin mucho trabajo mataba muchos de ellos; de tal manera que se alborotó gran parte de la gente, y se armaron contra ella. Quando el Emperador Carlo Magno sintió el gran alboroto de la gente, pensando que serian Turcos, que nuevamente venian en socorro de la Puente, fue presto armado, y Fierabras, y los otros Caballeros con él: y salidos de sus aposentos, le dixeron que una sola muger havia tan grande alboroto; y que havia muerto gran numero de Christianos; y Carlo Magno dixo que queria ver la tal muger; y llegados donde estaba, fueron espantados de cosa tan fiera, que llegaba con la cabeza por los tejados: relucian los ojos como hachas encendidas: la espuma que la salia de la boca, le corria por los pechos hasta los pies; daba á ratos un gemido, que se oia media legua; solo el peso de la hoz que traia en la mano bastaba para der-

derribar una fuerte Torre; por sola su airada vista ningun Christiano se le paraba delante: Viendola Carlo Magno, se cubrió con su escudo, y con la espada en la mano quiso ir para ella, y Fierabras le dixo: Señor, no es honesto que ensucies tu espada en una muger, ni te seria cordura esperar sus golpes; mas decirte he el modo y forma que se ha de tener; y mandó llamar unos peones, que sabia tenian hondas, hechas al modo de Turquia; y ordenó que le tirasen, y tiraronla muchos tiros, sin que la hiciesen daño. Viendo esto Fierabras, tomó una honda, y dixo: Feo me parece matar una muger; mas no puedo ver delante de mi este diablo, y la tiró una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha, con la muñeca, la quitó del brazo, y dejó caer la hoz, dando tan gran grito, que la mayor parte de la Villa hizo estremecer, y luego la acabaron de matar los peones, y mandó Fierabas que se velase la Puente y la Villa toda la noche.

Venida pues la mañana, mandó el Emperador Carlo Magno repartir las grandes riquezas que sa havian hallado en la Villa entre su gente, porque cada uno llevase su parte, segun su estado: y asi quedaron todos muy contentos y satisfechos de los trabajos pasados. Fueron muchos y grandes los tesoros y riquezas que, por ser el lugar tan fuerte, tenia en él el

Almirante Balán gran parte de sus tesoros, y no quiso Carlo Magno cosa alguna para sí: y yendo mirando la cerca de la Villa, vido una cueba muy grande, y dentro de ella estaban dos niños llorando, hijos de la Giganta Amiote, que los havia parido de una vez, y eran tan grandes de quatro meses, como un hombre de los de agora, y los hizo bautizar Caglo Magno, y que les pusiesen por nombres al uno Roldan, y al Otro Oliveros; mas no vivieron sino tres dias, de lo qual pesó mucho al Emperador; y queriendo pasar adelante, mandó que todos los muertos fuesen enterrados, y los heridos curados: y llamando al Duque Regner, y á Ricarte de Normandía aparte, les dixo que queria ir luego adelante, y dejar gente en la Villa, paque guardasen la Puente: y el Duque Regner le dixo: Señor, necesariamente has de dejar aqui gente, porque los Paganos no nos tomen este paso, mas se ha de mirar que todos los que aqui quedaren, no carezcan de fidelidad, que esa es la llave por donde nos havemos de salvar, y no todos los que vienen en tu compañia son fieles. Y despues de lo haver bien mirado, ordenaron que dos nobles Caballeros, llamados Hoel de Nantes, y Riol de Mans, con diez mil Christianos, quedasen á la vista, para guardar el paso, y Carlo Magno, con toda la otra gente salió de la Villa, y hizo de ella qua-

tro

tro batallas; la una dió á Fierabras, la otra al Duque Regner, y la otra el noble Ricarte de Normandía, y la otra la recibió en su guarda, y dió á Fierabras la delantera, porque sabia mejor la tierra, y la retaguardia dió á Ricarte de Normandía; y asi puestos en muy buena ordenanza, se pusieron en camino, y despues que huvieron subido una cuesta muy alta, paróse el Emperador Carlo Magno á mirar su gente, y viendola toda tan lucida, y tan bien aderezada, huvo gran placer de verla, y mas porque los vió muy ganosos, y en muy buen proposito de pelear, y dió infinitas gracias á Dios por ello. En este comedio, haviendo sabido el Almirante Balán como la Puente de Mantible era ganada de Christianos, y los Gigantes muertos, cayó en el suelo amortecido; desque fue tornado en sí, dixo: O Mahoma, y como te han faltado las fuerzas! Agora conozco tu poco poder, y tengo yo por mengua, y de poco saber al que en ti confia. Nunca hombre tanto te honró como yo, ni ninguna parte del mundo son las Mezquitas tan ricas, ni tan servidas, como las que en mi tierra están: y muy gran parte de mis tesoros he gastado en hacer muchas imagenes de oro y plata á tu semejanza, porque fuesedes adorado del pueblo como Dios; y tu como ingrato desconocido, en tanta necesidad olvidaste mi servicio. A ti solo havia

via encomendado mi Torre, y los tesoros que en ella estaban; en ti solo tenia muy grande esperanza que guardases á mi fuerte Puente de Mantible, y descuidandome en tu guarda, no puse tanto recaudo en ella, quanto era razon: en las cosas de poca importancia me mostraste tus alhagos, porque en las arduas mas facilmente me pudieses derribar. Dicho esto, tomó una acha de armas, y con ella despedazó todos sus Dioses, y los idolos. Sortibran de Coimbres, que vido al Almirante tan desconsolado trabajó de le consolar quanto pudo, reprehendiendole de la injuria que á su Dios Mahoma havia hecho, diciendole que le pidiese perdon, porque no le castigase con saña. Y él dixo: No le podré yo obedecer, ni querer, pues que tan desconocido me ha sido en dejar tomar mis fortalezas de los Christianos. Y Sortibran le dixo: No digas, Señor, tales palabras, y demanda perdon á tu Dios, pues lo has menester mas que nunca; ordena de embiar espias para saber si es cierta la venida de Carlo Magno, y qué gente trae, y le darémos batalla campal; y si cae en nuetras manos, lo harémos quemar, y á tu hijo Fierabras con él, que en su favor viene. Y el Almirante Balán le dixo: Por hacerte placer quiero hacerlo, pues que tanto me ruegas; mas bien veo que Mahoma me es enemigo sin razon alguna, mas

yo

yo tengo en nada su poder.

CAPITULO LII.

Como los Caballeros que en la Torre estaban huvieron un gran combate, y la Torre fue casi derribada.

ROgó Sortibran tanto al Almirante, que le hizo demandar perdon á Mahoma delante de algunos Caballeros suyos, y por mejor satisfaccion le prometió de hacer su imagen, y de añadir en ella cien libras de oro, y hacerla adornar de muchas piedras preciosas, porque le diese victoria contra Carlo Magno, y embió secretamente espias, para saber de su Ejercito: bueltas las espias, le dixeron que Carlo Magno era partido de Mantible, y que venia apriesa, para dar socorro á los Caballeros que en la Torre estaban, y que traia poca gente, mas bien armada, y apercibida; y sabida esta noticia, el Almirante Balán mandó apercibir toda su gente, y combatir la Torre, antes que llegase el socorro; y mientras que se ordenaba el combate, embió por gente por todos sus Reynos; y empezado el combate, dieron tal priesa, que derribaron otra esquina de la Torre; y aunque morian muchos, no se osaron de apartar del combate, de miedo del Almirante

Balán, que muy grandes voces les daba, que trabajasen en derribar la Torre. Tenian hecho un agugero bien grande para entrar; mas no osaba ninguno entrar por él, por mucho que el Almirante Balán les mandaba que entrasen. Quando los Caballeros vieron la esquina derribada, y el agugero abierto, huvieron algun temor de sus enemigos, mas por las damas, que por ellos; que por ellas no osaban salir á la batalla, ni apartarse de la Torre, diciendo que mientras ellos peleaban se podria perder la Torre; y Don Roldan dixo á los otros: Señores, cumple que salgamos á nuestros enemigos, porque no tengan poder de derribar la Torre, mas no nos havemos de apartar mucho de ella, sino quanto tengamos lugar de tapar el agugero que está hecho; y agora nos cumple ser buenos Caballeros, que la gente es mucha, y el furor del Almirante Balán grande; por ende nobles Caballeros, os ruego con encarecimiento, que tengamos muy buen concierto en el pelear, que no nos apartemos el uno del otro, porque si uno cayere, tenga quien le ayude á levantar; y sed ciertos que tendreis en mi buen favor, que si Durandal no me falta, yo haré que al Almirante, y á su gente pese del combate que hoy nos dieron. Y dixeron todos, que bien dicho, y asi ordenaron de salir, y á Floripes le pesó en grandisimo grado: mas viendo que

que no lo podian escusar, bañada en lagrimas, les dixo: Señores, antes que salgades, os ruego que veais las Santas Reliquias, porque con mas contrito corazon rogueis á nuestro Dios, que él por su piedad os saque de tanta afrenta; y puestos los Caballeros de rodillas delante de las Santas Reliquias, con abundancia de lagrimas rogaron á nuestro Señor Dios, que por su santa misericordia y piedad los guardase de sus enemigos. Y estando ellos en aquesto, las damas de Floripes dieron muy grandes voces, diciendo que subian los Turcos por la Torre, y llegaban á las ventanas; teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso asomada á la ventana, y plugo á nuestro Señor Jesu-Christo de mostrar alli un grande milagro, que los que subian á la Torre, viendo el cofre que tenia Floripes en sus manos, cayeron subitamente en el suelo, y los que al rededor estaban, sin ser apremiados, se alejaron un gran tiro de ballesta. Y viendo esto los Caballeros, dieron muchas gracias á nuestro Señor Jesu-Christo, y Floripes bolvió las Santas Reliquias á su lugar, y luego se bolvió á las ventanas donde estaban los Caballeros; y viendola el Almirante Balán su padre con ellos, la dixo: O Floripes, mi querida hija? grande fue tu lujuria, quando por ella dejaste tus Dioses, y vendiste á tu amado padre, y á todos tus parien-

tes;

tes ; mas soy cierto que presto te haré dejar el amor del Christiano, que tanto quieres, que ellos, y tu sereis quemados hoy en este dia. Y ella dixo : Por cierto, padre, tu no dices lo cierto, que nunca conoci hombre en esta parte, antes me encaminó nuestro Señor Dios en el camino de la verdad, como á mi hermano Fierabras; este camino queria que tomases tu, porque tu anima no fuese perdida ; y á esta causa he suplicado á los Caballeros que no te maten; mas si los persigues mas, no tendrá tu gente poder de te librar de sus manos, que Dios está con ellos, como lo puedes ver en el destrozo que en tu gente han hecho, no siendo mas de diez Caballeros. Y de esto huvo tanto enojo el Almirante Balán, que cayó en tierra amortecido, y Sortibran, y los otros Caballeros trabajaron mucho en lo consolar ; y tornando en sí el Almirante Balán, dixo: O Mahoma, cómo me has olvidado, y quan poco es tu poder y el mio, que á diez solos Caballeros no podemos resistir! Y Sortibran le dixo: Señor, muy simplemente has hablado contra tu Dios: tu noves con quanta abundancia nos da continuamente los bienes temporales? Y esto que agora padeces, por tus pecados lo permite; mas pidele perdon, porque te sea favorable contra Carlo Magno ; y trajeron luego una imagen de oro fino, á semejanza

za de Mahoma, en cuya cabeza estaba el diablo encantado, que hablaba y respondia á todo lo que se le preguntaban tres dias en la semana, y dixeron: Señor, pide perdon á Mahoma tu Dios, que tienes delante, y él te ayudará en tus adversidades; y puesto de rodillas, á ruego de los suyos, dixo: O Mahoma, suplicote, quanto á mi es posible de suplicarte, que no mires á las feas palabras que aqueste atribulado viejo dixo contra ti, pues está en proposito de hacer enmienda de sus pasados yerros; y yo haré acrecentar tu imagen con doscientas libras de oro fino, y serán todas tus Mezquitas muy reparadas, porque con tu favor y ayuda tome venganza de los Christianos enemigos. Y el demonio, que estaba en la imagen, le respondió: Almirante Balán, tus yerros son perdonados, por el grandisimo arrepentimiento que de ellos tienes, y no menos porque sé que erraste con sobrada angustia de corazon; mas manda apercibir tu gente, y den otro combate á la Torre, que sin duda serás Señor de tus enemigos.

El Almirante pues hizo hacer grandes alegrias por todo el Real, tañendo añafiles, vocinas, y otros instrumentos, en señal de la victoria que esperaban; y apercibida la gente, con esperanza de la victoria, dieron el combate con tanto denuedo, que dieron con parte de la prin-

princi[illegible] le la Torre en el suelo. Entonces dixo Oger de Danoys: Señores, forzado nos será buscar otra morada: salgamos pues á buscarla, que Dios es servido que dejemos esta, y vamos ya, que mejor resistirémos á los golpes de nuestros enemigos, que la caida de la Torre; y si Dios es servido que perdamos las vidas en poder de aquestos infieles, tenga cada uno de nosotros modo de vengar su muerte, antes que la reciba. Salgamos ya, pues que Dios nuestro Señor lo quiere; y contra su voluntad no queramos hacer cosa; y con la fidelidad que siempre havemos tenido el uno al otro, acometamos á nuestros enemigos. Estando los Caballeros apercibidos ya para salir, puesta Floripes á los pies de su muy amado Guy de Borgoña, con lagrimas y sollozos le dixo: Señor, por aquel Dios, y Señor en quien crees, y confiesas ser Uno, y Trino, te ruego que sean tus hechos segun la generosidad de tu sangre: cata, que la Torre está abierta por muchas partes, y mis fuerzas son pequeñas, y la crueldad de mi padre muy grande, no creas que menor venganza tome de mi, que tomaria de ti si en su poder te tuviese, y con gran razon, pues en tanto grado, por servirte, le he deservido. Y abrazandola el noble Guy de Borgoña, la dixo: Señora, no pienses que sea tan pequeño el amor que te tengo, que

que no reciba mayor fatiga de tu pena que de la mia mesma; ya ves que la salida no se escusa, mas no será de manera que tu ni tus damas quedeis desamparadas, mientras nosotros tuvieremos vida; ni nos apartarémos de la Torre mas de quanto hagamos apartar los Turcos, porque no acaben de derribarla; y si de ello eres servida, dos de nosotros quedarán en tu compañia, aunque yo en ninguna manera podré quedar. Viendo Floripes el amor de Guy de Borgoña, y su fidelidad, le dixo: Señor, tu te ofreces de dejar parte de tus compañeros en mi guarda; yo recibo mortal dolor en pensar que con tan poca compañia sales á dar la batalla á tanta multitud de Turcos; por ende te suplico que nos armes á mi, y á mis damas; y con sendas achas de armas, solo el amparo de vosotros, irémos en guarda de tu persona. Oyendo Roldan las razones de Floripes, se puso á reir, y dixo á Guy de Borgoña: Grande es el amor de esta dama, mas no sería honrosa ni provechosa su salida. Por ende, Señora, te ruego que no te fatigues tanto; cesa ya de llorar, y ten esperanza en aquel verdadero Dios y Hombre, que como nos ha sacado de otros peligros, no nos olvidará agora; y asi se despidieron de ella y de las damas, y salieron de la Torre, y empezaron cruda batalla con sus enemigos, y hicieron tanto,

que

que en poco rato los desviaron gran trecho de la Torre, y á su salvo se bolvieron á ella, y hallaron á Floripes y á sus damas armadas de todas armas, con sendas achas de armas en las manos, puestas donde estaba derribada la Torre.

CAPITULO LIII.

Como los Caballeros supieron la venida de Carlo Magno, y asimismo el Almirante Balán, y como Ganalon fue embiado con embajada al Almirante.

LOS Caballeros pasaron aquella noche en gran placer, hablando de Floripes, y de sus damas, que con varonil corazon se havian armado para defender la Torre, y dixo Guy de Borgoña: Señores, con mayor esfuerzo saldremos de aqui adelante á la batalla, pues que tales veladores tenemos para guardar la Torre; y Oliveros dixo: Señora, mañana saldremos á la batalla, y si te parece, saldrás con tus damas, y con nosotros, porque demos fin á estos descreidos, y no dudo que haga Guy de Borgoña quanto quisiere, tendiendote en su compañia. Y ella dixo: Cierto, Señor Oliveros, haced vos con mi Señor Guy de Borgoña que me deje salir con vosotros á la batalla, y va-

veréis como adonde estuviere, no haré mengua á mi hermano Fierabras; y de esto huvieron todos muy gran placer.

Venida la mañana, Oger de Danoys subió á la Torre, por ver el Real de sus enemigos, y vido de muy lejos muchas vanderas desplegadas mucha gente armada, y conoció eran de Christianos: bajó presto donde estaban sus compeñeros, y les dixo: Señores, y leales amigos mios, y vosotros señoras, pidoos por merced, que todos deis gracias á Dios, que tan piadosamente se ha habido con nosotros, que muy armados nos vienen á ayudar, y en nuestro socorro; y corriendo todos á abrazarle con muy gran placer, subieron prestamente á la Torre, y Floripes y sus damas con ellos; y se les dobló el placer quando conocieron el estandarte, y las Armas de Carlo Magno. Supo asimismo el Almirante Balán, que estaba cerca de su Real, y el Rey Cosdro le aconsejó que hiciese apercibir toda su gente, y antes que llegase á un valle, por donde havian de pasar los Christianos, que les diesen batalla. Aprobó el Almirante Balán su consejo por bueno, y mandó luego apercibir su gente, y apercibida, y encomendada á los Capitanes, hallaron ciento y ochenta mil hombres de pelea. El Emperador Carlo Magno llegó aquel dia á la entrada del valle, y tomólo alli la noche, y se quedaron

sin

sin tienda alguna, que las havian dejado en Mantible; y venida la mañana, mandó el Emperador armar toda su gente, y se hallaron cinquenta mil Christianos. Viendo Fierabras toda la gente apercibida para dar batalla al Almirante su padre, dixo al Emperador Carlo Magno: Muy noble y poderoso Señor, por los servicios que te entiendo de hacer, te suplico me otorgues una merced; y Carlo Magno le dixo que pidiese lo que quisiese, que ninguna cosa le sería negada, y Fierabras le dixo: Ya sabes, muy magnifico Señor, quanto deban los hijos á sus padres: aunque mi padre es Turco, y yo Christiano, no por eso he perdido el amor que le debo, antes queria trabajar que dejase sus Dioses, y engañados idolos, y meterse en el verdadero camino de la salvacion; y sobre esto queria que le embiases de tu parte y mia un mensagero que le amonestase de ello, diciendole que si se torna Christiano, le harás toda cortesía, y si no, que le tratarás como á enemigo mortal, sin haver de él ni de los suyos piedad alguna. Y Carlo Magno le dixo: Mucho me place de eso, Señor Fierabras; vaya luego el mensagero que para ello os pareciere suficiente, y por el mucho amor que os tengo, quiero hacerle este partido, que de toda su tierra y hacienda no le tomaré nada, solamente que de ella pague un pequeño

tri-

tributo; y Fierabras le besó la mano por ello. Preguntó el Emperador á sus Consejeros quien les parecia que se embiase al Almirante Balán? Y acordaron embiar á Ganalon, porque era muy sagaz, y eloquente: mandóle llamar Carlo Magno, y le dixo delante de Fierabras, y de los otros Caballeros: Mi amigo Ganalon, nos os havemos escogido para que lleveis embajada al Almirante Balán; y Ganalon le dixo, que de grado lo haria. Diréis al Almirante que yo y su hijo Fierabras le rogamos que se buelva Christiano él y toda su gente, y que me embie mis Caballeros; y si esto hace, no pasarémos adelante, y le dejaré toda su tierra, pagando un muy pequeño tributo de ella; y si esto no hace, que sin ninguna piedad le perseguirémos, hasta le dar la muerte, ó echarle de todas sus tierras. Ganalon, armado de todas armas, caballero en un poderoso caballo, y una muy gruesa lanza en la mano, se fue para el Real del Almirante Balán, que estaba apercibido con toda su gente para dar batalla á Carlo Magno; y llegado Ganalon á las primeras guardas, lo quisieron prender; y quando supieron que era Mensagero, le dejaron pasar. Llegado á la tienda del Almirante Balán, dixo que era mensagero del Emperador Carlo Magno, y traia una embajada al Almirante Balán; y sabiendolo el Almirante, salió de su

tienda armado de todas armas, con una acha de armas en la mano, y le preguntó qué era lo que buscaba en su Real? Y arrimado Ganalon á su lanza, sin le hacer mucho acatamiento, le dixo: El muy poderoso, noble y temido Emperador Carlo Magno, y el muy valeroso Caballero Fierabras tu hijo, doliendose de la perdicion de tu anima, me embiaron á ti, para que te dixese que dejases á tus Dioses Mahoma y Tavalgante, y los otros que te tienen engañado, y que recibas el Bautismo, como hizo tu hijo, y creyeses en nuestro Señor Dios verdadero, Hacedor del Cielo y de la tierra: que embies al Emperador Carlo Magno sus Caballeros, que tienes presos, y las Santas Reliquias que en tu poder tienes; y si esto haces á ruego de tu hijo, es contento el Emperador de te dejár todas tus tierras y riquezas, pagandole algun tributo por ellas; y si esto no haces, te hará morir mala muerte, y te echará vergonzosamente de toda aquesta tierra. Huvo tanto enojo el Almirante Balán de esto, que por poco perdiera el seso: y con mucha ira dixo á Ganalon, amenazandole con la acha que en las manos tenia: Osadamente hiciste tu embajada, y me amenazaste en mi Real; y porque eres embiado, no te mando dar el castigo que mereces, y puedes conocer el poco querer que el Emperador tu Señor contigo tie-

ne

ne en embiarte donde licitamente se te puede dar la muerte; mas mira que no buelvas otra vez con tal embajada, sino tuvieres deseo de poco vivir. Y Ganalon le dixo: No creas, Almirante Balán, que tan poco amor tengamos al Emperador Carlo Magno, que por ningun peligro de este mundo dejemos de hacer su mandado; y mira que lo que te dice te importa mucho, y dame la respuesta que bien te pareciere, porque se detenga la gente, que ya está en orden, y muy deseosa de darte la batalla, no venga presto á dar fin á ti y á tu gente. Viendo un Caballero el enojo del Almirante, dixo á Ganalon: Porque otro no se atreva á hablar demasiado, es razon que tu seas castigado: y diciendo esto, alzó una maza de hierro con dos manos para le herir con ella; y Ganalon que lo vido, tomó presto su lanza, y le dió con ella en los pechso, que le pasó á la otra parte, y cayó muerto á los pies del Almirante Balán, el qual dió muy grandes voces á su gente, que prendiesen á Ganalon, y él se puso en huida por el camino por donde havia venido; y fue seguido de mas de veinte mil Paganos; mas llevaba un caballo muy ligero, y no le pudieron alcanzar. Y el noble Don Roldan, y los otros Caballeros que estaban en la Torre, lo vieron salir del Real á rienda suelta; y conociendo que era Christiano, dixo al Du-

que Naymes: Este parece en sus armas á Ganalon, y será venido con embajada al Almirante Balán, y plegue á Dios nuestro Señor de le librar de tal peligro; y Ganalon corrió sin parar, hasta que subió una cuesta no muy apartada del Real; y quando se vido encima de la cuesta, se bolvió á mirar los que le seguian, y vido un Turco muy grande de cuerpo, y armado de muy lucidas armas, y con él venia Tenebre, hermano del Rey Sortibran, y venian buen trecho delante de todos los otros, y con magnanimo corazon los esperó, y encontró al uno con la lanza, de manera, que dió con él, y con su caballo en tierra; y bolviendose para el otro, le dió tan fuerte golpe en la cabeza con la espada, que le cortó el yelmo y la cabeza hasta los ojos: viendo la gran multitud de enemigos que le seguian, bolvió la rienda al caballo para donde estaban los demás Christianos esperandole. Todo esto vieron los de la Torre, y fueron muy maravillados de vér hacer tales cosas á Ganalon, y le siguieron los Paganos hasta que vieron el Exercito de Carlo Magno, que viendole, dieron prestamente la buelta, y contaron al Almirante, y al Rey Sortibran lo que les havia sucedido. Quando Sortibran supo que su hermano era muerto, hizo gran llanto, amenazando á Carlo Magno, y á su gente; y de es-

esto plugo al Almirante, porque con mayor esfuerzo saliese á la batalla contra los Christianos.

CAPITULO LIV.

Como el Emperador Carlo Magno hizo tres batallas de su gente, y como acometieron á todo el poder del Almirante Balán, y de las grandes valentias que hizo el Emperador.

LLegado Ganalon delante de Carlo Magno, le dixo: Muy poderoso Emperador, el Almirante Balán no quiere ser Christiano, ni quiere oir hablar de ello, ni tiene en nada tu poder, ni tu noble Exercito: ya tiene apercibida toda su gente, con deseo de darte batalla, y tuvo gran enojo de lo que le dixe: un Caballero de los suyos alzó una maza de hierro para darme con ella, y delante de él le metí la lanza por los pechos, y di con él muerto á sus pies, y me siguieron diez mil de á caballo para prenderme, y á los dos que delante venian derribé en el suelo, y vine huyendo por escapar de los otros. Entonces mandó el Emperador á Fierabras, al Duque Regner, y á Ricarte de Normandía, ordenasen sus batallas; y fue muy bien repartida la gente en tres batallas; la primera dió á Ricarte de Normandía; la segunda al Duque Regner; la tercera

guiaron él y Fierabras; y puestos todos en orden, mandó tañer sus trompetas y atabales, y huvieron de ello gran placer los Caballeros de la Torre, y sin salir de orden, los Christianos marcharon ácia el Real del Almirante Balán. Quando el Rey Brulante, Sortibran, y Tenebre, que tenian cargo de guiar los Exercitos del Almirante Balán, supieron que el Emperador Carlo Magno venia, ordenaron asimismo sus batallas, y pusieron su gente en ordenanza, y suplicó el Rey Brulante al Almirante Balán que le dejase la primera batalla, y el Almirante se la dejó, y le dixo: Si topares con Carlo Magno, ó Fierabras, no los mates, que quiero hacerles quemar con Floripes, y con los que están en la Torre. Estando ellos en esto, vieron asomar el noble Emperador Carlo Magno con su gente, y Brulante le salió á recibir con cien mil Paganos; y adelantandose gran trecho de su gente, á grandes voces empezó á decir: O noble Emperador Carlo Magno, donde estás? Apartate de tu gente, como yo de la mia, y empecemos los dos viejos esta batalla; vente seguramente para mi, que mi gente no se moverá, hasta que vean el fin de nuestra batalla: no serás digno de alabanza, si no participas de las afrentas que esperas; no consientas que los mancebos ganen toda la honra, y mira que de tu misma gente serás tenido

en poco, si de la gran batalla de un Rey solo te desvias; y no menos viejo que tu. Oyendo Carlo Magno las voces del Pagano, tomó luego una muy gruesa lanza para salir á la batalla; y viendo esto Fierabras, saltó del caballo, y se puso de rodillas delante de él, suplicandole que en ninguna manera saliese á la batalla, ofreciendose salir á ella, diciendole que en su vida se encerraba la honra de toda su gente, y que á mas de eso el Pagano era muy buen Caballero, y muy diestro en las armas; y lo mismo le rogaron Ricarte de Normandía, y el Duque Regner, y los otros Caballeros; y él les dixo: Señores, en mucha merced os tengo vuestra buena voluntad, mas no hallo razon alguna para dejar esta muy cruda batalla, que aunque uno de vosotros supla por mi persona, no suplirá por mi honra: cómo tendrán los mios deseos de pelear, si ven que yo me aparto de la pelea? No solamente los Caudillos han de ser diligentes en ordenar sus gentes, mas osados para llevar la delantera en los mayores peligros; asi que propongo de comenzar esta batalla, porque vosotros con mayor esfuerzo entreis en ella; y me parece que soy digno de reprehension, por detenerme tanto. Y mandó á su gente que ninguno se atreviese á salir en su favor hasta ver el fin de la batalla, y salió al campo con el Pagano, que le estaba es-

perando, y él le preguntó si era el Emperador Carlo Magno? Y desque fue cierto de ello, tomaron del campo á su placer, y se encontraron con toda la fuerza que los caballos pudieron llevar, y cayeron entrambos de sus caballos, sin que en ninguno se conociese ventaja, y con grande esfuerzo echaron mano á sus espadas, y se dieron tales golpes, que los mancebos que los miraban los tenian embidia. Viendo el Emperador Carlo Magno que por la fuerza de las armas no se podian herir, confiado en la mucha destreza que tenia en el juego de lucha, queriendole tirar el Pagano un grande tajo, se metió con él, y dejó la espada, y le abrazó por el cuerpo, y dió con él en el suelo, y con el puñal le cortó los lazos del yelmo, y la cabeza, y buelto para los suyos, fue servido luego de caballo y de lanza; y mandó que la gente fuese delante con buena orden, y lo mismo hicieron los Paganos: llegados los unos con los otros, huvo tan gran matanza, que los muertos cerraban el paso á los vivos; y hizo Carlo Magno tales hechos, que los suyos estaban admirados, y los enemigos atemorizados; y entre los Turcos havia un Rey llamado Tenebre, el qual hacia gran daño en los Christianos, y á muchos quitó las vidas; y viendole un Caballero Christiano, que se llamaba Juan de Pontoysa, fue para él con una lanza, y el Pagano le esperó osa-

osadamente, y del encuentro cayó Juan de Pontoysa en el suelo, y luego fue muerto, y el Pagano puso mano á la espada, y mató otro Caballero anciano, que se llamaba Hageo de Guarmier, y andaba por el campo llamando á grandes voces al noble Emperador Carlo Magno, y á Fierabras, amenazandoles de les dar la muerte. Y oyendo esto Ricarte de Normandía, se fue para él, y le dió tan gran golpe con la espada, que el escudo le cortó en dos piezas, y el Pagano le dió tan gran golpe encima del yelmo, que le hizo caer de pechos sobre el arzon de la silla; y queriendole dar otro, tiró Ricarte de Normandía un rebés con tanta fuerza, que le cortó la mano derecha por la muñeca: y queriendo bolver rienda para huir, Ricarte de Normandía le dió otro golpe encima del yelmo, y resbalando la espada, le cortó la cabeza al caballo, y luego un peon le cortó la cabeza al Caballero; y de la otra parte estaba Carlo Magno y Fierabras haciendo tanta matanza en sus enemigos, que grandes arroyos de sangre corrian por el campo, y traian todas las armas ensangrentadas, y fue forzoso á los Paganos retraerse hasta donde estaba el Almirante en compañia de sus Reyes, y de cien mil hombres, que no havian aun salido á la batalla; y quando supo que Brulante, su querido hermano era muerto, llorando, y mesando sus barbas y cabellos, llamó

mó un sobrino suyo, llamado Tempeste, y á Sortibran de Coimbres, su Secretario, y les dixo estas razones: Señores, y mi muy especiales amigos, sabed como mis Dioses me son contrarios en todo; yo no sé si les falta el poder ó si acaso tienen hechas paces con los Christianos, yo veo muy cercana mi muerte; si me pudiese ver vengando tan solamente del Emperador Carlo Magno, alegremente la recibiria. Por tanto pues os ruego y encargo que mireis con diligencia por el campo si le podeis ver, porque me pueda vengar en su persona: y ellos llorando amargamente de lastima que de él tenian, le prometieron de lo hacer.

CAPITULO LV.

Como Sortibran de Coimbres fue muerto á manos del Duque Regner, padre de Oliveros, y de las correrias que el Almirante Balán hizo contra los Christianos.

MAndó el Almirante Balán que la gente que en su compañia havia quedado fuese compartida en quatro Esquadrones; él, y Tempeste su sobrino guiaron el uno, y Sortibran el otro, y tañendo añafiles y vocinas, puestos en buen orden, empezaron á dar cruda batalla á los Christianos. Y Sortibran de Coimbres acometió con gran

gran denuedo en la batalla al Duque Regner; y viendo quan feroz andaba entre toda su gente, tomó una gruesa lanza, y se fue para él, y desque Sortibran le vido, pidió una gruesa lanza á los suyos, y con grande esfuerzo le salió al encuentro: y rompiendo las lanzas en muchas piezas, echaron prestamente mano á las espadas, y se dieron tan recios golpes, que en poco rato entrambos escudos cayeron en el suelo hechos pedazos; y dandose con las espadas, el Duque Regner le cortó las guardas de su espada, y la manopla, y los dedos de la mano, y le dió luego otro recio golpe encima del yelmo, que le derribó del caballo aturdido, y alli le acabaron los peones, y pasó el Duque Regner adelante, derribando muchos de sus enemigos, asi caballeros como peones.

Quando el Almirante Balán supo que Sortibran era muerto, como desesperado y fuera de todo sentido, echando espuma por la boca, y grande abundancia de lagrimas por los ojos, decia: O Sortibran, mi especial amigo, y leal Secretario! Por qué me dejaste en tiempo de tanta necesidad? Mas no me maravillo que me dejases, y huyeses de mi compañia, pues viste que mi hijo huyó de ella, y en compañia de mis enemigos me hace cruel guerra: y mi hijo no solamente me aborrece, mas como mortal enemigo, en pago de mis beneficios, entregó mi

for-

fortaleza, y mi persona á mis enemigos; y lo mas que me aflige, que mis Dioses, á quien tantos servicios he hecho; y he gastado tantos tesoros por honrarlos, son mis contrarios, y favorables á mis enemigos. Pues cómo podrás tu tener firmeza conmigo, pues no me tuvo lealtad mi propia sangre? Mas soy cierto que si tu pudieras no me dejaras, y me fueras mas leal que mis propios hijos, y por esto te seguiré luego, por estar en tu compañia; y si algun tanto me detengo, no me culpes, que no será mi tardanza, sino quanto vengue tu muerte, y no creas que para ello me falten las fuerzas, que aunque la edad me las haya enflaquecido, me las han acrecentado el dolor de tu muerte, y la ingratitud de mis hijos; y diciendo esto, pidió una gruesa lanza, y como un leon hambriento entró entre los Christianos, y encontró luego un Caballero con tanta fuerza, que con él, y con el caballo dió en el suelo; y encontró otro, y le sacó de la silla; y con el pedazo de la lanza encontró otro, que sin lanza estaba, y lo derribó, y echó mano á la espada, llamando á grandes voces al Emperador Carlo Magno, dónde estás? Pues en la Turquia entraste en busca mia; por qué huyes agora de mi? Solo por topar contigo, y vengarme en tu persona entré en esta batalla: grande honra sería á tu Imperial Corona, si con tus pro-

propias manos me dieses la muerte, y gran consuelo llevará mi anima, si primero bañare mi espada en tu sangre. Vente pues para este viejo cano, que tantas veces has amenazado, no hayas piedad de quien de los tuyos no la tiene, ni menos la tendrá de ti. Y diciendo esto, y otras muchas cosas, se cubrió del escudo, y apretó la espada en el puño, y como desesperado se metió en los Christianos, y en poco tiempo derribó treinta Caballeros, y atropelló mas de doscientos peones; y mirando su espada y sus armas, que muy teñidas estaban en la sangre de los Christianos, empezó de nuevo á llamar al Emperador Carlo Magno; y desque vido que no le podia hallar, entró con grande denuedo en los Christianos: haciendo grande matanza contra ellos. Todo esto estuvo mirando Fierabras; y maravillado de las hazañas de su viejo padre, estaba puesto en confusion: pesabale de la muerte de los Christianos, y le temblaban las carnes, quanto pensaba de poner las manos en su padre, tenia verguenza, porque no servia lealmente á su Señor el Emperador Carlo Magno; y queriendo evitar el daño que el Almirante hacia en los Christianos, y el amor de padre, se bolvia del camino, y quando veia la muerte de los Christianos, de su misma lealtad era comba-

batido, y el Almirante jamás descansaba, derribando Caballeros y peones; y viendo un Caballero, que se llamaba el Conde Milon, armado de muy lucidas armas, y traia el yelmo muy dorado, y conociendo que era hombre principal, se fue para él con muy grande esfuerzo, y el Conde Milon le esperó valerosamente, y se dieron muy grandes golpes, y el Conde quebró su espada por junto á la empuñadura, y el Almirante le dió á su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo, y juntar la boca con las ancas del caballo, y le tomó en los brazos, y lo atraveso en el pescuezo del caballo, y dió buelta para su gente, pensando que por él le haria algun partido el Emperador Carlo Magno. Viendo esto Fierabras, forzado de lealtad, y del mucho amor que ya con los Christianos tenia, arremetió á rienda suelta para se lo quitar; y queriendoselo estorvar Tempeste y Rubion y otros Caballeros, echó mano á la espada, y mató luego á Tempeste, y á otros seis Caballeros que venian con el Almirante Balán, y se llegó á su padre, y le tomó el caballo, sin le hacer mal alguno, y el Almirante Balán le quiso conocer, asi en la cortesia que con él usaba, como en el grandor del cuerpo, y le dixo: Eres tu Fierabras, hijo mio? y él le dixo que sí. Entonces viendo el Almirante que mató delante de sus ojos á Tempes-

pes-

peste su sobrino, y á los otros Caballeros, aunque quisiera vengarse, no tuvo mucho esfuerzo para le herir, ni aliento para le hablar, y desmayado cayó sobre el arzon delantero, y se abrazó con él, por no caer del caballo, y un Caballero Christiano le quiso herir; mas Fierabras se puso delante, y no lo consintió, y no se apartó de él hasta que bolvió en sí; y quando fue tornado en sí, le dixo Fierabras: Quanto bien me haria Dios, padre mio, si dejases los idolos, y conocieses al verdadero Dios que te crió! Y el Almirante le dixo: Mayor merced me hicieran mis Dioses si no nacieras; y viendo Fierabras una gran multitud de Turcos cabe el Estandarte de Carlo Magno, dejó al padre, y se fue para ellos, con tal denuedo, que en poco rato los desbarató y derribó.

CA-

CAPITULO LVI.

Como los diez Caballeros salieron de la Torre, y entraron en la batalla, y como el Almirante fue preso.

ERA tanta la multitud de los Paganos, que no se podia dar fin á la batalla, que continuamente venian gran cantidad de Turcos de muchas partes; y viendo esto los diez Caballeros que estaban en la Torre, y que los que la guardaban eran idos á la batalla, salieron de ella, y sin estorvo alguno de sus enemigos, tomaron sendos caballos de los que andaban sueltos por el campo, y caballeros en ellos, con las espadas en las manos, se metieron en la batalla; y sabiendolo el Almirante, recogió gran parte de su gente, y los quiso atajar el camino, porque no se juntasen con los otros, y alli huvo muy cruda batalla, y fue tanta la matanza de los Paganos, que todo el campo estaba cubierto de sangre, y de cuerpos muertos. Sabiendo el Almirante Balán que los diez Caballeros se havian juntado con los otros, dixo: Agora es muy cierta la perdicion mia y de mi gente; y apartado algun tanto de los suyos, decia: O Mahoma engañador! En qué te deservi, que tanta enemistad tienes conmigo? Por qué me dixiste que ga-

na-

naria la Torre, y me prometisteis el vencimiento de la batalla? Bastabate engañarme una vez, y no tantas; y si de mi tienes enojo, por qué consentiste que lo pagasen mis inocentes Caballeros? Buelvete pues, si algun poder tiene tu ira sobre mi, y no consientas que pague tanta gente los yerros que yo cometi. Diciendo esto, y otras razones de grande lastima, fueron los suyos desbaratados, de tal suerte, que el que mas huia, pensaba que mejor hecho hacia. Mas no por eso quiso el Almirante bolver la cara á sus enemigos, antes los esperó con grandisimo corazon, y pensando dar á un Caballero con la espada en la cabeza, cortó todo el cuello del caballo; y viendole el Caballero á pie, mató alli mismo el caballo del Almirante, y fue luego conocido, y á ruegos de Fierabras no le mató; mas sin le hacer mal alguno, le llevaron delante de Carlo Magno, el qual estaba en grande placer con sus Caballeros, y ellos estaban contando de las desdichas que les havian acaecido, y lo que pasaron en la Torre, y los beneficios que de Floripes havian recibido.

CAPITULO LVII.

Como el Almirante Balán, por ruegos, ni por amenazas, nunca quiso ser Christiano; y como Floripes fue bautizada, y casada con Guy de Borgoña, y fueron coronados Reyes de toda aquella tierra.

LLevado el Almirante Balán á Carlo Magno, fue de él muy bien recibido, y le mostró mucho amor pensando que se tornaria Christiano; y el Emperador fue con sus Caballeros á la Torre, donde estaba Floripes con sus damas; y como ella supó su venida, se vistió de los mejores vestidos que tenia, con muchisimas joyas de muy gran valor, y asimismo sus damas, y le salieron á recibir á la puerta de la Torre, y le besaron la mano, y él besó á Floripes en el carrillo, y fue muy maravillado, asi de su hermosura, como de la riqueza de sus vestidos, y se estuvieron alli en grande placer hasta otro dia. Venida la mañana, mandó Carlo Magno llamar á Fierabras, y dixole: Queria, Señor Fierabras, que hablasemos con el Almirante vuestro padre, para que queriendo ser Christiano, se le hiciese por vuestro amor mucha honra; y Fierabras le suplicó que selo dixese él mismo. Mandole llamar el Emperador, y venido el Almi-

mirante, le dixo de esta manera: Señor Almirante, todas las criaturas racionales deben dar singular honra y alabanza á aquel que les dió el ser, conocimiento y vida; es justa cosa que se dé toda honra y reverencia al que hizo el Cielo y la tierra, y todo lo que en ellos está, pues que es superior á todas las cosas criadas; y caen en muy grande simpleza los que ponen su esperanza en las cosas que ellos hacen por sus manos, hechas de materia insensible; por lo qual te ruego que por la salud de tu anima quieras dejar tus engañosos Dioses, ó Idolos, y creas en la Santisima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, y que recibas el Santo Bautismo, como ha hecho tu hijo Fierabras; y si esto haces, allende de salvar tu anima, librarás tu cuerpo de muerte, y no perderás tus tierras, ni tu hacienda, que por amor de tu hijo Fierabras te hago merced de todas ellas. Y el Almirante le respondió, que en ninguna manera tal cosa haria. Oyendo esto Carlo Magno, sacó su espada, y dixo: Si no fuera por amor de tu hijo Fierabras, tu respuesta y tus dias se acabaran en un punto; mas si no te bautizas, yo te mandaré matar. Y el Almirante le dixo: Carlo Magno, no manda eso la Ley de Jesu-Chrisro tu Dios, que á nadie hicieses fuerza en tal cosa, que la verdadera creencia del corazon ha de preceder; por tanto, no procures de me hacer consentir lo que

no creo. Y viendo esto Fierabras, se puso de rodillas delante de su padre, y rogó que hiciese lo que el Emperador Carlo Magno le decia. El Almirante huvo miedo de morir, y dixo que le placia, y Carlo Magno, y todos sus Caballeros huvieron grande placer de ello, y fueron aparejadas las cosas para ello necesarias, muy cumplidamente, y con mucha honra; y estando ya el Almirante Balán cabe la Pila donde havia de ser bautizado; le dijo un Arzobispo: Señor Almirante, negais de puro corazon todos vuestros idolos, que tanto tiempo os han traido engañado, y creeis en nuestro Señor Jesu-Christo, el qual nació de la Virgen Santa Maria, Señora nuestra, siendo Virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto? Entonces el Almirante Balán, temblando como azogado de muy grande enojo, y la cara encendida, como desesperado, dixo que no, y escupió en la Pila, en menosprecio del Santo Bautismo, y alzó la mano, y dió al Arzobispo en la cara, y le hizo saltar la sangre por la boca y por las narices, y lo tomó por los cabellos, y le ahogara en la Pila, sino lo quitaran; y de esto fueron todos maravillados: si no fuera por Fierabras, le matara subitamente. Viendo esto el Emperador Carlo Magno, mandó llamar á Fierabras, y le dixo: Bien haveis visto lo que hizo vuestro padre, y no fue tan liviano su yerro, que no mere-

re-

reciese cruel muerte por ello, mas por vuestro amor no se le ha hecho mal alguno; por tanto, ved qué quereis que se haga de él, que entre nosotros no es de consentir tal hombre. Y Fierabras le suplicó que por aquel dia, y aquella noche siguiente huviese paciencia, y si á otro dia no se bautizaba, que hiciese de él lo que bien le estuviese: y Carlo Magno fue contento de ello, y estuvo Fierabras todo aquel dia y aquella noche rogando á su padre que quisiese ser Christiano, mas no quiso venir en ello; y venida la mañana, se lo rogó el Emperador Carlo Magno nuevamente, mas ninguna cosa aprovechó. Viendo esto Floripes, dixo á Carlo Magno: Señor para que gastais tanto tiempo con el Almirante, que jamás será buen Christiano? Mandale matar, y será sacarle de pena, y á tí de enojo. Y Fierabras le respondió: En esto veo, mi buena hermana, la poca virtud de las mugeres, que por cumplir sus deseos, ninguna cosa dexaron de hacer: por traer á efecto tus carnales placeres con Guy de Borgoña, vendiste á tu padre, y á todo tu linage, y fuiste causa de la muerte de mas de cien mil hombres, y no contenta con esto, y despues de vencido el cuerpo, quieres que se pierda el anima, rogando que le maten sin recibir el Bautismo. Y ella dixo: no creas, hermano, que no me pesa de la muerte de mi padre, y de la perdicion

de su anima ; mas sé cierto que aunque por vuestros ruegos é importunaciones reciba el Bautismo, que jamás será buen Christiano. Y buelto Fierabras á su padre, le dixo: Suplicote, padre mio, que creas en Dios todo Poderoso, que hizo el Cielo y la tierra, y te hizo á su semejanza, y en Jesu Christo, su Hijo, que murió en el arbol de la Cruz, porque nuestras animas no fuesen perdidas. Y él dixo: Que de ninguna manera tal hacia, y que de ello mas no se hablase, que mas queria morir, y Fierabras dixo á Carlo Magno que hiciese de él lo que bien le estuviese, y mandó que se lo quitasen delante, y los peones le llevaron al campo, y le mataron, y Floripes hizo llamar los Caballeros, que havian estado en la Torre, y les dixo que les rogaba: que cumpliesen lo que le havian prometido; y Roldán la dixo que tenia razon, y dixo á Guy de Borgoña: Señor, primero será bien que ordenemos que Floripes reciba el Santo Bautismo, y despues entenderémos en vuestros desposorios y bodas; y Guy de Borgoña dixo, que le placia, y se lo dixo al Emperador, y mandó al Arzobispo que hiciese aparejar las cosas necesarias; lo qual fue hecho con puntualidad, y la bautizó sin le mudar el nombre tampoco, como á su hermano Fierabras, y fueron padrinos Carlo Magno, el Duque Regner, y Tietri, Duque de Darnia, y luego fueron

ron desposados, y otro dia se velaron, y fueron hechas las bodas, segun á tales Señores pertenecia. Embió Carlo Magno en todas las Provincias del Almirante á amonestar las gentes que dejasen los idolos, creyesen en la Fé de Christo, y recibiesen el Santo Bautismo, prometiendoles hacer muchas mercedes; y si no, que les haria morir á mala muerte, ó los cautivaria. En poco tiempo fueron todos bautizados, y dió el noble Carlo Magno una parte de las tierras del Almirante á Fierabras, y la otra parte dió á Guy de Borgoña, y á su muger, y con la Corona del Almirante los coronó Reyes de aquella tierra, con que los tuviesen por él, y en su nombre estuvo Carlo Magno en aquella tierra dos meses en gran placer, hasta dejarla toda quieta y pacifica.

CAPITULO LVIII.

Como Floripes dió las Santas Reliquias á Carlo Magno, y como hizo Dios un grande milagro delante de todo el Pueblo.

CArlo Magno, quando vido toda la tierra pacifica, y que los Turcos de su grado se havian tornado Christianos, propuso de bolverse para Francia, y llamó á Floripes, y la dixo: Hija, yo me quiero bolver para mi tierra, y tengo grande deseo de ver las Reliquias que vos teneis, y las quiero llevar en tierra de Christianos, porque sean mas bien guardadas y veneradas; y vos quedaréis en esta tierra con vuestró marido Guy de Borgoña, y con vuestro hermano Fierabas. Ella le demandó perdon, porque antes no se las havia enseñado, y entró por el cofre, y se lo trajo, y queriendoselе dar, quedó el cofre en el ayre entre las manos del Emperador, y las de Floripes; y fue causa de desarraygar alguna incredulidad que en su corazon havia quedado; y el Emperador y los otros Caballeros, puestos de rodillas, y llorando con mucha contricion de sus pecados, dieron infinitas gracias á nuestro Señor por las mercedes que les hacia; y el Arzobispo tomó el cofre, y dixo: Verdaderamente estas son las Santas Reli-

li-

liquias, que tanto tiempo havemos buscado: las sacó todas una á una, y las mostró á los que presentes estaban, y salió muy suave olor de ellas; y fue Floripes muy maravillada de ello, que de quantas veces las havia sacado, nunca havia sentido aquel olor hasta entonces; y este causó la grande virtud del Santo Bautismo, y fue de alli adelante muy constante y firme en la Fé de Christo, y asimismo Fierabras su hermano; y estando Carlo Magno de rodillas delante de las Santas Reliquias, dixo: Todo poderoso Dios, que me diste victoria contra mis enemigos, y me diste gracia que hallase tus Santas Reliquias, y las sacase de poder de los Infieles: á ti doy gracias, é infinitos loores, y te suplico que por tu santisima piedad me des gracia que las pueda llevar á Francia, y me quieras enseñar el lugar donde eres servido que estén; y el Arzobispo los bendixo á todos con las Santas Reliquias; y queriendolas bolver al cofre, vido el Emperador Carlo Magno que estaban en un viejo cendal colorado embueltas, y hizo traer un paño de brocado, en que se embolvieron: y el cendal dobló muy bien, y se lo metió en el seno. Puestas las Santas Reliquias en el cofre, dixo el Emperador Carlo Magno á Guy de Borgoña, y á Fierabras: Hijos, y muy nobles Caballeros, yo os ruego que tengais vuestras tierras en mucha paz, y hagais justicia, asi á los menores,

res, como á los grandes, y que tengais vuestras fortalezas guarnecidas de pertrechos, porque os podais resistir algunos dias, si los Turcos viniesen sobre ellas, ni fatigueis, ni maltrateis vuestros vasallos, antes siempre procurad de ser bien quistos de ellos, y serán las principales fuerzas de vuestras tierras. Que mandeis asimismo hacer Iglesias, donde se celebren los Oficios Divinos, y se sirva y alabe á aquel verdadero Dios y Señor, que tantas mercedes nos ha hecho; y mandaréis guardar vuestras fronteras, porque si alguna mudanza huviere en vuestros vecinos, seais apercibidos para guardar vuestras tierras. Haveis asimismo de hacer instruir á vuestros vasallos en la Fé de Jesu-Christo, y tendreis buenos Predicadores, y hombres de buena vida, para que les enseñen. Procurad asimismo desechar toda la heregía, y castigad por justicia á los que erraren; y porque tengan temor vuestros vasallos, y los tengais mas sujetos, os quiero dejar quince mil hombres de pelea, los quales os encomiendo que sean muy bien tratados. Dicho esto, se despidió de ellos, le besaron la mano, y asimismo Floripes y sus damas; y hizo Floripes tan grande llanto al despedirse de Roldan, y de Oliveros, y de los que en la Torre havian estado cercados, que no podian Carlo Magno, ni Guy de Borgoña, su marido, consolarla: y bañada

da en lagrimas y sollozos, que las querian ahogar, dixo el Emperador Carlo Magno, que no recibió tanta pena en la Torre, cercada de sus enemigos, quanto sentia en apartarse de ellos; y viendo que no se escusaba la partida con infinitos suspiros y lagrimas, abrazandolos uno á uno, se despidió de ellos; y queriendose despedir Roldan de su primo Guy de Borgoña, se le puso un nudo en la garganta, que una sola palabra no le dejó hablar; y Guy de Borgoña, con mas lagrimas que razones, le dixo: A gran dicha tendria, Señor, que otro recibiese las mercedes del Emperador Carlo Magno, y se quedase con todas las tierras del Almirante, porque no me apartase yo de vuestra buena compañia. Y Roldan, esforzandose quanto pudo, le dixo: Gran pesar siento en la partida mas no se puede escusar, pues que Carlo Magno lo ha asi ordenado. De la despedida de Oliveros y de Fierabras no escribo, por no ser causa de dolor á los que lo leyeren; mas pesó tanto al noble Fierabras, que puesto de rodillas delante del Emperador, le suplicó que no le dejase apartar de su compañia, diciendo que la estimaba mas, que ser Señor de gran parte del mundo: mas no consintió Carlo Magno que se hiciese otra cosa, sino como él lo havia ordenado, y mandó luego tañer las trompetas, y poner la gente en orden

den

den para la partida; y yendo su camino adelante, se le cayó el cendal que traia en el seno, en que havian estado embueltas las Santas Reliquias, y le vieron los suyos en el ayre, sin llegar al suelo, ni á ninguna parte, y fueron corriendo á decirlo al Emperador, que delante iba; y bolvió luego el Arzobispo, y le pusieron en el cofre de las Reliquias con mucha reverencia.

CAPITULO LXI.

Como el Apostol Santiago se apareció á Carlo Magno, y como fue guiado de ciertas estrellas hasta Galicia.

EL noble Emperador Carlo Magno, despues de muchos trabajos recibidos por ensalzar la Fé Christiana, y despues de haver ganado muchas Provincias de Paganos, propuso de no seguir ya las guerras, y de apartarse á tener vida contemplativa, dando infinitas gracias á Dios, y alabanzas á su Criador, que tantas mercedes le havian hecho en la sujecion y vencimientos de sus enemigos. Y estando una noche mirando al Cielo, que estaba muy estrellado, vido unas estrellas en grande concierto puestas, señalando de si mismas un camino, y empezaba aquel concierto de estrellas desde la mar de Frisa, y pasaba por Alema-

mania á Italia, y entre Francia y Aquitania, y pasaba por Gascuña á tierra de Bascos y Navarra, las quales provincias, con grandes trabajos, y continuas guerras él havia traido á la Fé de Jesu-Christo; y seguia aquel concierto de estrellas hasta Galicia, donde estaba el cuerpo de Santiago, y no se sabia aun lugar cierto, y miraba cada noche aquella estrella; y maravillado de ellas, decia entre si, que aquello no era sin grande mysterio; y despues de lo haver mirado muchas veces, con gran deseo de saber qué podia significar aquel concierto de estrellas, se puso en oracion, y rogó á Dios que por su santa piedad le hiciese sabedor de ello. Estando una noche en este pensamiento; vió á deshora cabe su cama un hombre muy hermoso, y de gentil presencia, y el Emperador Carlo Magno se quiso levantar para le hacer acatamiento, y él le dixo que se estuviese quedo; y preguntóle qué era lo que tanto deseaba saber? Y el Emperador le dixo que deseaba mucho saber qué significaba aquel concierto de estrellas, que nuevamente parecia ser en el Cielo; y él dixo: Sepas, Carlo Magno, que yo soy Santiago, Apostol de nuestro Señor Jesu-Christo, hijo del Zebedeo, hermano de San Juan Evangelista, y embiado para te decir que aquellas estrellas puestas en aquel concierto, te serán guia para te llevar á

Ga-

Galicia al lugar donde está mi cuerpo en poder de Paganos; y es voluntad de Dios que ganes aquella tierra, y la convertirás, á su santisima Fé y creencia; y despues de ganada, harás un Templo en mi nombre, donde vendrán de todas las partes de la Christiandad á ganar grandes Indulgencias, y remisiones de pecados: y esto dudará hasta la fin del mundo. En esta manera que digo apareció Santiago tres veces al Emperador Carlo Magno, y donde á poco tiempo allegó cincuenta mil hombres de pelea, y con ellos empezó á seguir el camino que le senseñaban las estrellas, y pasó toda Francia y Gascuña; y el primer lugar que se reveló fue la Ciudad de Pamplona, que era muy fuerte y bien abastecida de todos pertrechos, y havia en ella grande numero de Turcos, que salian muchas veces á escaramucear con los del Real; y estuvo tres meses con ella, sin le hacer mucho daño, que estaba muy cercada. Viendo Carlo Magno las grandes fuerzas de la Ciudad, y que no la podian tomar sino por gran discurso de tiempo, no supo qué remedio se tener, salvo encomendarse á Dios, y al Señor Santiago, por cuyo mandado se pusieron en aquel camino, diciendo de esta manera: Señor Dios mio, Criador y Redentor, pues por tu manmando vine á esta tierra, para que fuese ensal-

za-

zada tu Santisima Fé: y tu, Señor Santiago, que fuiste medianero, para que me fuese dado este cargo, os suplico humildemente que me sea dada gracia y poder para sojuzgar esta Ciudad, y que pueda traer este Pueblo á verdadera carrera de salvacion, y desviarlo de sus grandes errores. Y diciendo esto Carlo Magno, estaba de rodillas delante de un devoto Crucifijo que continuamente consigo traia, y antes que se levantase, le dixeron, como gran parte de la cerca de la Ciudad se havia caido: y conociendo que convenia por la gracia de Dios, le dió infinitas gracias por ello, y mandó poner su gente en ordenanza, y entró en la Ciudad. Viendo los Paganos que la cerca se havia caido de suyo, sin apremio alguno, fueron muy espantados, y muchos de ellos se salieron por una puerta falsa, y asi desampararon la Ciudad: y entrando Carlo Magno en ella, mandó que á los que quisiesen ser Christianos, no hiciesen mal alguno, y que los otros muriesen á espada; y viendo los Paganos el grande milagro que Dios mostró sobre la cerca, la mayor parte de ellos se convirtieron á Dios, y demandaron el Bautismo, y lo mismo hicicron las Comunidades de al rededor, y Carlo Magno mandó edificar Iglesias y Monasterios, y darles renta cumplidamente, para que Dios fuese servido y alabado. Despues

pues siguió su camino hasta que entró en Galicia, y en muy poco tiempo la señoreó toda, honrando siempre mucho á los que se tornaban Christianos, y matando los que de ello se desviaban. Seguiale siempre de continuo el Arzobispo Turpin, y por su propia mano bautizaba y doctrinaba á todos los que demandaban el Santo Bautismo, y llegó hasta *Finibus Terræ*, que entonces se llamaba Petronem, y alli hincó la lanza en tierra, y puesto de rodillas, dió infinitas gracias á Dios nuestrro Señor, y al bienaventurado Santiago, por tan grandes mercedes como de él havia recibido, en haverle dado poder para sojuzgar tantos Pueblos, y tanta tierra, y tan fuerte en tan poco campo. Conquistó en Galicia, y en todas sus comarcas, diez y seis Ciudades y Villas, todas muy fortisimas, entre las quales ganó una muy bien pertrechada, que se llamaba Fetrosa, donde se hallaban minas de plata; y otra que se decia Centiva, donde se halló el cuerpo de San Troqueste, que fue discipulo de Santiago, en cuya sepultura estaba un pie de olivo, que cada año, un dia del mes de Mayo, producia flores y fruto muy abundantemente. Redujo asimismo á la Fé de Christo muchos Pueblos en el Reyno de Portugal, algunos por fuerza de armas, y otros, que por tantas virtudes y buenas costumbres que de él oian decir, espontanea-

men-

mente se le entregaban. Puso su Real sobre una Ciudad que se decia Lucerna, la qual estaba en muy fructifero y deleytoso valle, que se decia Valverde, y estuvo sobre ella quatro meses, y viendo que no lo podia ganar, antes siempre perdia de su gente, y que en toda aquella Provincia no havia otra Ciudad ni fortaleza que rebelde le fuese; pusose en oracion, rogando á Dios y á su bendita Madre que le diese gracia para ganar y reducir á su Santisima Ley, porque no maltratasen los pueblos Christianos que con ella confinaban. Y Dios, por su santa misericordia y piedad, oyó su oracion, y delante de sus ojos cayó gran parte de la cerca, y huvo muy grande mortandad á la entrada, así de una parte, como de otra: mas finalmente la señoreó, y no halló en toda la Ciudad una sola persona que quisiese conocer á Dios, ni recibir su santo Bautismo, y mandólos matar á todos, salvo los niños inocentes, los quales hizo sacar de la Ciudad, y los mandó llevar á los lugares de los Christianos, para que fuesen bautizados, y salió de la Ciudad con toda su gente: la maldixo, y á vista de los que con él estaban, se hundió, y hizo un lago, donde despues se hallaban peces negros, como carbon: y maldixo otros quatro lugares, donde despues nunca habitó persona alguna.

CAPITULO LX.

Que habla de un grandisimo Idolo que fue hallado en una Ciudad.

TRabajando Carlo Magno de continuo en la destruccion de la heregía, y á encaminar á las gentes en el verdadero camino de la salvacion de sus almas, y queriendose ocupar en hacer edificar un Templo á honra y nombre del glorioso bienaventurado Apostol Señor Santiago, le dixeron como en las partes del Andalucia, en una Ciudad nombrada Salcadis en lengua Arabiga, que quiere decir en nuestra lengua, el lugar del gran Duque, havia un Idolo por sutil arte hecho, y por arte magica ordenado, y deciase que Mahoma le hizo por sus manos mismas, y havia encerrado en él, por arte Magica, una legion de diablos para lo guardar; y porque el pueblo diese mas credito á sus engaños, lo guardaban los diablos con tanta diligencia, que ningun Christiano no era osado á acercarse en el termino de media legua; y si por acaso alguna ave se ponia en él, luego caia muerta; y quando los Paganos le iban á adorar, los hablaba, y respondia á todo lo que le preguntaban: por eso ninguno osaba hurtar, ni robar, y se guardaban de hacer otros muchos males,

les, temiendo que el Idolo los descubriese; y por esto le tenia aquel pueblo por verdadero Dios, y sabidor de todas las cosas; y era de cristal fino, y tan grande como un hombre: estaba puesto encima de una piedra de jaspe, maravillosamente labrada; tan alta, que á mala vez se podia divisar, y era la piedra en que estaba de ocho esquinas, y hechas por mano de grandes maestros, y muy gruesa por el pie, y delgada por arriba; y estaba el Idolo buelto ácia el Medio dia, y tenia en la mano derecha una llave, y en la otra un dardo: y sabian los Paganos, por grande antiguedad, que quando el Idolo dejase caer la llave que tenia en la mano, serian destruidos, y echados de su tierra. Y como supieron que el Emperador Carlo Magno les venia á dar guerra, juntaron muy grande multitud de gente, y bien apercibidos, y puestos en ordenanza, le salieron á esperar en el campo; y estando en esto, dejó el Idolo caer la llave que en la mano tenia; y ellos quando esto vieron, atemorizados, teniendo su perdicion por muy cierta, enterraron todos los tesoros y riquezas de valor, y fueron huyendo; desamparando la Ciudad, y dejando el Idolo; y llegando el Emperador, entró en la Ciudad sin resistencia alguna, y mandó derribar la piedra y el Idolo, y hizo poblar la Ciudad de Christianos.

CAPITULO LXI.

Como el Emperador Carlo Magno mandó edificar la Iglesia del Señor Santiago en Galicia.

DEspues que el Emperador Carlò Magno huvo ganado aquella Ciudad, y huvo destruido las heregías, y derribado aquel Idolo, que tantos pueblos traia engañados, se bolvió para Galicia; y alli hizo fundar una hermosa Iglesia en honra y alabanza del bienaventurado Apostol Santiago, y distribuyó gran parte de sus riquezas á los pobres, y tambien hizo grandes mercedes á los nuevamente convertidos, y estuvo en aquella Provincia tres años; y viendo que la tierra estaba pacifica, y las heregías del todo destruidas, se bolvió para Francia, y llegado á Tolosa, mandó edificar otra Iglesia en honra y alabanza del Apostol Santiago, y la abasteció de hermosas campanas, y Calices de oro y de plata, y de capas riquisimas, y de todas las otras cosas necesarias, y dió gran renta. Hizo asimismo un muy rico Hospital, y le dió gran renta; y á mas de estas Iglesias, y otros Hospitales y Monasterios que fundó de sus propias rentas, fundó las Iglesias siguientes: primeramente en Aquisgran en Alemania, mandó hacer una devota Iglesia de nuestra Señora, muy hermosa,

y

y muy rica. En Viterbo, en tierra de Roma, mandó fundar una devota Iglesia en nombre del Señor Santiago, y la dió grande renta. En Gascuella mandó hacer otra Iglesia tambien al Apostol Santiago, muy devota, y asimismo la dió gran renta. En Paris mandó hacer otra Iglesia al Señor Santiago, entre la Sena y el monte de los Martyres: y no escribo de las Iglesias pobres que reparó, ni los devotos Monasterios y Hospitales que fundó.

CAPITULO LXII.

Cómo un Rey de Turquía pasó la mar con gran poder, y tomó ciertos lugares de Christianos; y como Carlo Magno los tornó á ganar.

CArlo Magno, despues que fue buelto para Francia estuvo algun tiempo sin guerra, mas no por eso estaba una hora sola ocioso, antes mandaba visitar muy á menudo las Ciudades y Villas de sus Reynos, para saber si eran regidos con justicia, y si los grandes agraviaban á los menores: visitaba asimismo todas las Iglesias pobres, y los Monasterios y Hospitales, y los mandó reparar y proveer de todo lo que les era necesario. Estando en este exercicio un Rey Moro, llamado Aygolante, vino de Africa con cien mil hombres de pelea en tierra de Chris-

tianos, y tomó muchos lugares, y mató muchos Christianos; y venido esto á noticia de Carlo Magno, doliendose mucho de ello, mandó allegar cincuenta mil hombres de pelea, y despues de bien armados y apercibidos, se puso en camino en busca del Rey Aygolante, y llegados dos leguas de donde estaba, y certificado Aygolante de su venida, le embió sus Embajadores, diciendole que él havia pensado de qué manera no muriese mucha gente en la guerra que con él esperaba de haver, y era esto: que le embiase veinte de sus Caballeros, y que peleasen con ellos, que él daria otros veinte, ó cincuenta, ó ciento, ó mil contra mil, y que no se moviese ninguno, hasta que los unos ó los otros fuesen vencidos. Carlo Magno no queria consentir en ello, mas sus Caballeros se lo rogaron mucho, y lo huvo de hacer, y mandó apercibir cien Caballeros; y fue ordenado el campo entre el Real de los Christianos y de los Moros: venido el dia, duró la batalla desde la mañana, hasta la tarde, y de los Caballeros Moros no quedó mas de uno; y otro dia por la mañana embió Aygolante doscientos Caballeros muy bien aderezados; y el Emperador Carlo Magno embió otros doscientos, y plugo á Dios que la mayor parte de los enemigos fuesen muertos, y los otros malamente heridos; y Aygolante embió á rogar al noble Carlo Magno que embiase mil Caballe-

ros

ros contra otros mil suyos, y luego fueron puestos en orden mil Caballeros Christianos, y Aygolante hizo escoger entre todos los de su Real mil Caballeros Turcos; y puestos en camino, empezaron muy cruda batalla, mas finalmente murió la mayor parte de los Turcos, y los otros bolvieron rienda para su Real, y los Christianos los siguieron hasta que se entraron entre los suyos, y se movió todo el Real contra ellos; mas Aygolante los hizo muy prestamente bolver, y pasaron tres dias sin que ninguno de ellos se moviese. En estos tres dias hizo Aygolante hacer grandes experiencias á ciertos Astrologos que tenia, y le dixeron que si el Emperador Carlo Magno prosigue por entonces la guerra, que perderia gran parte de su gente, y entonces embió á decir á Carlo Magno que saliese al campo con toda su gente, que él saldria con la suya; y Carlo Magno fue muy contento de ello, y mandó apercibir toda su gente, y ordenar su batalla; y el dia antes de la batalla, estando los Christianos en un campo llano, hincaron sus lanzas en el suelo, y venida la noche las dejaron estar asi hincadas, hasta el otro dia de mañana, y mostró nuestro Señor un grande milagro, que las lanzas de todos aquellos que murieron en aquella batalla, se hallaron verdes y floridas, con cortezas y raices; y en aquel mismo lugar están los cuerpos de los bienaventurados

Martyres San Facundo y San Primitivo, en una Ciudad, que el Emperador Carlo Magno mandó edificar y poblar de Christianos, en honra de aquellos cuerpos, y en memoria de tan grande milagro; y cada uno tomó su lanza para salir á la batalla, y los que las hallaron verdes, las cortaron hasta el suelo, y las repararon para poder servirse de ellas, sin saber lo que aquello significaba, aunque veian que era grande milagro, y no lo supo ninguno; salvo el Emperador, á quien plugo Dios le fuese revelado. Y puesta la gente en ordenanza, y ordenada la batalla de la una parte y de la otra, se comenzó muy cruda batalla, y murieron en ella trecientos Caballeros Christianos, hombres principales, sin los otros, y sin el peonage; entre los quales murió el Duque Milón, padre del noble Caballero D. Roldan, y mataron el caballo á Carlo Magno, y peleó á pie gran parte del dia, y hizo grandes proezas; y ya que llevaban los Paganos lo mejor de la batalla, los caballos de los Christianos muertos entraron en la batalla, y pelearon con tanto concierto, como si en ellos huviera entendimiento: y venida la noche, huvieron por bien de dejar la batalla, asi los unos, como los otros: y plugo á Dios nuestro Señor que el dia siguiente, apercibiendose los unos y los otros para la batalla, llegaron al Real de Carlo Magno quatro Marqueses de las partes de Italia,

ca-

cada uno con quatro mil hombres de pelea, muy bien armados; y sabiendo esto Aygolante, empezó á huir secretamente ácia el mar, y los Christianos los siguieron, y les tomaron todo el fardage, y las riquezas que traian, y Carlo Magno lo dió todos á los Caballeros que le vinieron á ayudar, y otro dia se despidieron de él, y el Emperador se bolvió para Francia, y estuvo siete años sin guerra, viviendo en vida contemplativa.

CAPITULO LXIII.

Como Aygolante bolvió, y embió á Carlo Magno, que le quisiese hablar, y como Carlo Magno, en habito de su mensagero, fue á hablarle.

COmo arriba dixe, quando Aygolante vido el socorro que de Italia havia venido á Carlo Magno, se bolvió para su tierra; y quando supo que Carlo Magno se havia retraido á vida contemplativa, y que no curaba ya de guerra, pensó en sí que entonces tendria buen aparejo para hacer guerra á los Christianos, y les tomar sus tierras; convocó en su compañia nuevos Reyes Paganos, y cada uno, con toda la gente que pudo allegar, le vino á favorecer, y se hallaron en su servicio doscientos mil hombres de pelea,

aun-

aunque havia muchos desarmados, y no diestros en las armas. Y con esta gente pasó á Gascuña, y tomó luego una Ciudad, que se decia Agenes, y alli hizo su asiento, y deseaba mucho conocer de vista al Emperador Carlo Magno, por ver su fisonomía, que el valor de su persona ya lo conocia; y esto hacia por conocerlo en las batallas, y asi le movió la mucha diligencia que puso el Emperador Carlo Magno en juntar General, quando supo que havia aportado á Gascuña, no huyendo del gran trabajo de las guerras, no curando del descanso, aunque su edad ya lo pedia, y por esto deseaba conocerle; y como supo que con muy lucida gente le venia á dar la batalla, le embió tres dromedarios, cargados de oro y plata labrada, y piedras de grandisimo valor, le embió á rogar que quisiese ir á cierto lugar con poca gente, que él iria asimismo con algunos de los suyos para le hablar, y que darian alguna orden á sus guerras, ó á las paces, porque diese ya algun descanso á sus fatigados miembros, y pudiese seguir la vida contemplativa, pues que de eso era servido Dios, mas que de las guerras. El Emperador recibió muy bien á los mensageros, y dixo que le placia, y mandó luego apercibir dos mil Caballeros, y con esos fue hasta un monte, no lejos de la Ciudad donde estaba Aygolante; y dejando las armas, se puso en abito de Correo, y con tan solamente un Ca-

Caballero, vestido de la misma manera, y sin armas, se fue para el Rey Aygolante; y llegados á la puerta de la Ciudad, fueron conducidos á Aygolante en son de presos, y Carlo Magno le dixo: El muy noble Emperador mi señor, me embia á ti á hacerte saber, que en la parte que tu le embiaste á decir, te está esperando, con tan solamente cincuenta hombres, y quando quisieres podrás ir hablar con él; y Aygolante le dixo que se bolviese, que muy prestamente sería con él; y despedido el Rey Aygolante, se fue para la Ciudad, y miró muy bien la puerta, y donde estaba menos fuerte la cerca, y asimismo su gente, de que no hizo mucha cuenta, aunque era mucha; y despues que lo huvo bien mirado todo, se bolvió para su gente, que estaba en el monte, y el Rey Aygolante se partió de la Ciudad con diez mil hombres para ir á hablar á Carlo Magno; y sabiendo el Emperador que venia con tanta gente, se fue adelante con los suyos, para donde havia dejado los otros.

CA-

CAPITULO LXIV.

Como Carlo Magno tomó la Ciudad donde estaba el Rey Aygolante.

DEspues que Carlo Magno huvo mirado las fuerzas de la Ciudad, y el Real de sus enemigos, no dudando en la victoria, hizo apercibir su gente, y mandó que fuesen proveidos de armas los que las huviesen menester: y puesta la gente en ordenanza, y ordenadas sus huestes, se puso en camino para la Ciudad donde estaba Aygolante, y en el monte donde se havian de hablar los dos, halló muy grande multitud de Paganos, puestos en dos batallas, y huvo alli una muy cruda guerra, en que fueron los Paganos destrozados y muertos gran parte de ellos, y los otros huyeron, pensando meterse en la Ciudad; mas de miedo de los Christianos, no les osaron abrir las puertas, los que dentro estaban, y estaba dentro el Rey Aygolante con algunos Principes y Caballeros. Carlo Magno mandó se quedasen alguna gente para guardar las puertas, porque no saliese el Rey Aygolante, y los otros siguieron el alcance hasta la noche, matandolos sin resistencia alguna. Buelto Carlo Magno, puso su Real en la Ciudad, y la tuvieron cercada tres meses; y viendo Aygolan-

lante que no podia tener mucho tiempo la Ciudad, por mengua de vituallas; mandó cabar debajo de tierra, y en poco tiempo cabaron tanto, que hicieron camino por donde salieron todos, y se metieron en otra Ciudad; viendo los Christianos que no havia gente por la cerca de la Ciudad, ni sentian bullicio alguno, derribaron una puerta, y entraron dentro, y fueron muy maravillados, quando vieron la Ciudad sola, y hallaron la cueva por donde se havian ido, y fueron prestamente tras ellos, y se pusieron sobre la Ciudad donde estaba el Real, y estuvieron sobre ella sesenta dias; y el Rey Aygolante embió á decir á Carlo Magno, que si queria, que ellos dos cuerpo á cuerpo hiciesen batalla; con esta condicion, que si Carlo Magno fuese vencido, que se bolviese para Francia, sin le hacer mas guerra; y que si él fuese vencido, que pasaria la mar con la poca gente que tenia, sin jamás bolver á aquellas partes. Y Carlo Magno fue contento de ello, mas sus Caballeros no lo quisieron consentir en ninguna manera; y Aygolante dixo que fuese la batalla entre doscientos Caballeros Christianos, y doscientos Paganos; y escogido el campo, y el dia de la batalla, comenzandola los Caballeros, el Rey Aygolante se fue calladamente, y no paró hasta las fronteras de Aragon, y de los docientos Caballeros suyos no escapó ninguno que no fuese muerto ó preso.

CA-

CAPITULO LXV.

Como Carlo Magno se fue para Francia, y como bolvió otra vez á dar batalla al Rey Aygolante, y de la compañia que trajo de Francia.

VIendo Carlo Mango que en toda Gascuña no quedaba Pagano ninguno, ni havia quien hiciese guerra en aquellas partes, se bolvió para la Francia, y dende á pocos dias despidió toda la gente de guerra, y no pasó mucho tiempo, quando Aygolante allegó gran numero de Paganos, y le embió á desafiar; y huvo Carlo Magno grande enojo de ello, y mandó llamar á todos sus Varones, y les rogó que con todo el poder que cada uno pudiese le fuesen á ayudar contra Aygolante, y su gente; los quales vinieron prestamente á su mandado. Primeramente vino el Arzobispo Turpin con dos mil hombres de pelea. D. Roldan de Cecodia, sobrino de Carlo Magno, hijo de su hermana Doña Berta, y el Duque Milon, con quatro mil hombres de pelea. Oliveros, Conde Genés, hijo del Duque Regner, con tres mil hombres. Arastragus, Rey de Bretaña, con cinco mil hombres de pelea, aunque en Bretaña havia otro Rey. Engelius, Duque de Aquitania, con seis mil hombres

bres. Gesarius, Rey de Bordolois, con quatro mil. Guadebois, Rey de Frisa, con siete mil hombres. Baldomo, hermano de Roldan, con dos mil hombres. Naymes, Duque de Baviera, con diez mil hombres. Sanson, Duque de Borgoña, con diez mil hombres. Guarin, Duque de Lorena, con seis mil hombres: y otros muchos, que aqui no son nombrados; y sin estos llegó el Emperador Carlo Magno en su tierra treinta mil hombres de pelea.

CAPITULO LXVI.

De las treguas de Carlo Magno, y del Rey Aygolante, y de la muerte de sus Caballeros; y por qué el Rey Aygolante no quiso recibir el Santo Bautismo.

LLegado Carlo Magno con su gente á las fronteras de Aragon, Aygolante le embió á decir, que embiase veinte Caballeros Christianos contra veinte Paganos; el Emperador los embió al lugar diputado el dia señalado, y los Paganos fueron muertos, sin que ninguno escapase. Despues fueron embiados quarenta para quarenta, y fueron asimismo muertos los Paganos: y el Rey Aygolante embió á decir al Emperador Carlo Magno, que quisiese embiar hasta mil Caballeros Christianos, contra otros mil de los su-

yos, y fuese con esta condicion, que si los suyos eran vencidos, prometia de bolverse Christiano, y dejar todos sus Idolos. Fue de esto muy contento Carlo Magno; y llegados los Caballeros al campo por él señalado, empezaron muy cruda batalla, y los Paganos no murieron todos, mas echaron á huir; y de los Christianos no huvo sino tres muertos, y seis heridos. Quando Aygolante vido esto, dixo que verdaderamente la Ley de los Christianos era mejor que la de los Turcos, y propuso de recibir el Santo Bautismo, y pidió treguas á Carlo Magno para entrar solo seguramente en su Real, y el Emperador se lo otorgó, y así el dia siguiente, antes del medio dia, entró Aygolante al Exercito de Carlo Magno, y sabiendo que estaba asentado á la mesa, quiso verle comer, por saber la manera de su servicio, y venia principalmente para recibir el Bautismo. Mirando á Carlo Magno, que estaba comiendo, vido que le servian muy honradamente, con grande abundancia de viandas; y vido sus Varones asentados á la mesa con él, ricamente ataviados, y asimismo bien servidos; y vido á otra parte, desviados de su mesa, trece pobres asentados en el suelo, y les daba de comer de lo que alzaban de su mesa: y esto mandaba hacer todo los dias el Emperador Carlo Magno en servicio de nuestro Señor Jesu-Christo, y de sus doce Apostoles. Viendo esto Aygolante, le preguntó á Carlo Mag-

Magno, despues que huvo comido, qué gente era aquella que estaba en su sala comiendo en el suelo, tan miserablemente vestida? Y el Emperador le respondió: Estos son pobres de Jesu-Christo, y les mando dar de comer por servicio de Dios, y remembranza de nuestro Redentor, y de sus Apostoles. Y Aygolante le preguntó: Cómo, Carlo Magno, á gente de tu Dios tratas de esta manera, que los dejas morir de frio, por mengua de ropas, y les das de comer en el suelo como á los perros, y les das lo que tu y tu gente dejais sobrado, y á tu gente tienes á tu mesa, muy ataviada, y mejor servida? Grande injuria haces á tu Dios, quando tratas mal á su gente. Dices de tu lengua, Carlo Magno, que tu Ley es muy buena y perfecta: en tus hechos la muestras mala, y de ningun valor. Fue tan escandalizado, que dejo su buen proposito; y buelto á su Real, embió nuevamente á desafiar al Emperador Carlo Magno.

CAPITULO LXVII.

De la muerte del Rey Aygolante y de su gente, y como murieron muchos Christianos por codicia de llevar las riquezas de los Moros, y de un grande milagro que mostró Dios nuestro Señor á los Christianos.

EL Emperador Carlo Magno, quando vido Aygolante en su Real, pensando que recibiria el Bautismo, fue muy alegre; y sabiendo que se havia ido tan escandalizado, le pesó mucho, y mandó buscar todos los pobres que estaban en el Real, y los mandó vestir á todos, y tambien ordenó y mandó que los trece, que dende adelante fuesen servidos como su misma persona; y asi se hizo en sus Palacios mientras vivió Carlo Magno. El dia siguiente, Aygolante mandó apercibir su gente; y puestos asimismo los Christianos en ordenanza, huvo tan cruel batalla, que los cuerpos muertos, y los arroyos de la sangre, que corrian por el campo, cerraban los pasó á los vivos; y viendo Aygolante la muerte de su gente, deseoso ya de morir, se metió tanto en los Christianos, que quedó mueto en el campo, y los suyos echaron á huir, y escaparon tres Reyes con alguna otra gente, y quando los Christianos se vieron seño-

res

res del Campo, entraron en la Ciudad, mataron quantos en ella hallaron, y se estuvieron alli todo aquel dia y aquella noche; y al otro dia mandólos Carlo Magno poner en ordenanza, y salió de la Ciudad, quedandose los peones atrás, y llevaron gran cantidad de riquezas, que hallaron en la Ciudad; y los Reyes que havian escapado de la batalla, supieron que los hombres de á caballo iban delante, y que los de á pie quedaban atras, cargados de los tesoros de la Ciudad; y fueron para ellos en buena ordenanza, y sin mucha resitencia mataron quatro mil de ellos. Y como las nuevas de Aygolante, y de sus Caballeros viniesen á Furre, Principe de Navarra, gran Señor, y muy valiente por su persona, embió á decir á Carlo Magno, que le esperase en el campo; y Carlo Magno tenia tanta fé en el favor de Dios, y tanto deseo de pelear por su Santisima Ley, que huvo gran placer de ello; y asignado el campo, y el dia de la batalla, el noble Emperador se puso en oracion, y rogó á Dios que le quisiese dar á conocer los Caballeros, que en aquella batalla havian de morir. El dia siguiente, que era el de la batalla, estando toda la gente armada, vido Carlo Magno que todos los que havian de morir en ella tenian una Cruz colorada en el hombro izquierdo, y dió infinitas gracias á nuestro Señor por ellos; y haviendo piedad de ellos, los llamó á todos, y los

encerró en cierto lugar, y les mandó que en ninguna manera saliesen á la batalla; y con la otra gente dió guerra á Furre, y en poco tiempo le desbarató, y mató la mayor parte de su gente; y quando se vido señor del campo, y libre de sus enemigos, se bolvió adonde havia encerrado los otros, y los halló muertos á todos, y conoció que la voluntad de Dios era dar aquel dia á su santa gloria, y la corona del martyrio á aquellos que tenian aquellas señales, y que havia hecho simplemente en quererlos prolongar la vida.

CAPITULO LXVIII.

Que habla de Ferragus, maravilloso Gigante que llevaba los Caballeros debajo del brazo; y como Don Roldan huvo batalla con él.

DEspues que el Rey Aygolante, y el Principe Furre fueron muertos, y otros muchos Reyes, y grandes señores de Turquía, fueron las nuevas al Almirante de Babylonia, el qual tenia en su tierra un Gigante, que se llamaba Ferragus; mandó apercibir treinta mil hombres de pelea, y en compañia del Gigante los embió á hacer guerra á Carlo Magno, y aportaron á una Ciudad que se llamaba Vagiere, y tomaron algunos Lugares de Chris-

tianos, y despues embió Ferragus á decir al Emperador si queria hacer batalla uno á uno; y el Emperador, que jamás huyó de ninguna peligrosa batalla por la Santa Fé de Jesu-Christo, aceptó el desafio, y señaló el campo de la batalla. Entonces sus Varones le rogaron que en ninguna manera tal hiciese, ofreciendose todos á salir á pelear con el Gigante por él, diciendo que en su vida se encerraba la honra de todo su exercito; y á ruego de ellos dejó de salir á la batalla, y mandó al noble Oger de Danoys que se proveyese de muy buenas armas, y buen caballo; y otro dia por la mañana saliese á la batalla con el Gigante Ferragus, y él fue muy contento de ello. Venida la mañana, Oger de Danoys, armado de todas armas, caballero en un hermoso caballo, salió al campo, donde estaba señalada la batalla, y luego salió Ferragus, y miró á todas partes si venia mas de un Caballero, y como vido que estaba Oger de Danoys solo, se llegó á él sin hacer semblante de batalla, y le tomó debajo del brazo, y sin le hacer mal ninguno, le entró en la Ciudad, y le mandó meter en una fuerte Torre. Este Gigante era tan alto como dos muy grandes hombres; la cara tenia dos palmos de largo, y otro tanto de ancho; sus brazos y piernas parecian grandes vigas de lagar, y tenia la fuerza de quarenta hombres, y traia

dos arneses, vestido uno sobre otro; su yelmo tenia tres dedos de grueso; los dedos de las manos tenian un palmo de largo, y dejando á Oger de Danoys en la Torre, se bolvió otra vez al campo; y sabiendolo el noble Emperador Carlo Magno, embió otro, que se llamaba Renaldo de Abempin, y Ferragus le tomó ligeramente, y lo llevó á la Torre: bolvió luego al campo: el Emperador le embió á Constantino de Roma, y lo llevó con los otros, y Carlo Magno le embió dos juntos, y Ferragus tomó el uno debajo del un brazo, y al otro debajo del otro, y tambien los llevó ligeramente á la Torre con los otros. Viendo esto Carlo Magno, fue muy espantado, y no osaba embiar otro, ni sabia qué se hacer; porque embiarle muchos siendo él solo, le parecia feo, y uno ni dos no aprovechaba nada, estaba muy pensativo por esto. Roldan viendo la fuerza del Pagano estaba asimismo mal contento, que los que alli havia llevado, eran todos buenos Caballeros; y sin temor alguno de las grandes fuerzas del Gigante, fué á pedir licencia á Carlo Magno para salir á la batalla, mas no se la quiso dar. Y haviendo estado Ferragus gran rato en el campo solo, embió al Emperador, que le embiase con quien pelear, que grande mengua era suya no tener en su Corte quien saliese á la batalla con un solo Caballero; esto y otras amenazas

feas

feas le embió á decir muchas veces. Oyendo esto Roldan, le tornó á suplicar que le diese licencia para salir á la batalla con el Gigante, que mas honra le sería morir en ella, que sufrir sus amenazas: y viendo Carlo Magno la importunacion de Roldan, y las amenazas de Ferragus, huvo de le dar licencia, y le dixo que llevase á otro Caballero en su compañia; y Roldan le dixo: Si á la batalla de un solo Caballero fuesemos dos, la honra era del que solo estaba, aunque muriese en el campo, y tus Caballeros, no por hacienda, ni por riquezas se han puesto á las grandes afrentas, sino por la honra y servicio de Dios, y de tu Imperial Corona; por tanto, no me mandeis ir acompañado para un solo Caballero. Y despedido de Carlo Magno, fue prestamente armado de todas armas, y cabalgó en muy escogido caballo, y con una muy gruesa lanza, salió al campo de la batalla, donde estaba Ferragus esperando, y estaba sin lanza, y tenia en el brazo izquierdo un escudo de acero muy grande, y en la mano derecha una espada, la qual convenia para las fuerzas, y el grandor de su cuerpo; y Roldan le dixo que tomase la lanza, y el Gigante no le respondió nada, y se fue para él; y Roldan no quiso tener veetaja alguna en las armas, y dejando la lanza, echó mano á Durandal, y le esperó con grandisimo esfuerzo; y llegando el Gi-

Gigante para lo llevar como á los otros, le dió Roldan un gran golpe en el yelmo, mas no por eso dejó de juntarse con él, y le tomó con el brazo derecho, y le sacó de la silla, y bolvió la rienda para llevarle á la Torre, donde tenia los otros. Viendose Roldan llevar de tal manera, estrivó con el pie en las ancas del caballo, y con entrambas manos asió del capuce del Gigante, y le trastórnó del caballo, y cayeron entrambos en el suelo; y Ferragus dixo á Roldan, si queria que cabalgasen en sus caballos, y él dixo que si, y cabalgaron ambos, y bolvieron á la batalla, y Don Roldan dió á su enemigo tres golpes arreo en el yelmo, y al tercero resbaló la espada, y le mató el caballo, y viendose Ferragus á pie, con grande enojo se cubrió del escudo, y alzó la espada quanto pudo, y temiendo Roldan la fuerza del Gigante, desviandose de él, tiró un rebés con toda fuerza, y le dió en la mano derecha, y le hizo caer la espada en el suelo, y le dió con el puño en la cabeza del caballo de Roldan que dió con él en el suelo, y á pie entrambos prosiguieron su batalla, guardandose Roldan con ligereza de los golpes de el Gigante, y duró la batalla hasta que la noche los desparció, sin que en ellos se conociese ventaja alguna, y concertaron que á la mañana á pie, y sin lanza diesen fin á la batalla, y fueron á descansar.

CA-

CAPITULO LXIX.

De como Roldan y Ferragus huvieron su batalla á pie, y como disputaron de la Fé, y de que manera fue muerto Ferragus.

VEnida la mañana, salieron Roldan, y Ferragus al campo de la batalla, y pelearon hasta medio dia, sin que ninguno de ellos fuese herido, que Roldan se guardaba de los golgolpes del Gigante, y estaba guardandose de los golpes de Durandal, por la fuerza de sus armas, que eran todas dobladas, y siendo muy cansados entrambos, Feragus pidió treguas á Roldan para dormir un poco, y Roldan fue contento de ello, y Ferragus se tendió en el suelo; y quando D. Roldan le vido echado, tomó un gran canto, y se le puso debajó de la cabeza, porque durmiese mas á su placer, y despues se sentó cabe él, mirandole las manos, y maravillóse de ellas, y el grandor de su cuerpo: y luego que fue despertado Ferragus, se levantó, y se asentó, y D. Roldan se asentó cabe él, y le dixo: Mucho estoy maravillado, Ferragus, de tus grandes fuerzas, y cómo puedes comportar el peso de tus armas; y Ferragus le dixo: Sepas que tengo la fuerza de quarenta hombres, y allende de eso, no puedo morir de herida, sino por el ombligo;

go;y Roldan mostró que no lo havia entendido; y Ferragus le preguntó cómo se llamaba, ú de qué linage era? Y Roldan le dixo: Yo me llamo Roldan, y soy sobrino de Carlo Magno. Y le preguntó Ferragus que fé tenia, y qué Ley guardaba? Y Roldan le respondió: Yo soy Christiano, y la Ley de Christo tengo, y en defensa de ella deseo morir. Y Ferragus le dixo: Esa Ley Chistiana, quién la dió? Roldan le Respondió: Despues que el todo Poderoso Dios, que hizo el Cielo y la Tierra, y hizo á nuestro padre Adan, el qual desobediente á sus Mandamientos, fue todo el mundo privado de la gloria del Parayso; y doliendose el Hijo de Dios de la perdicion de las almas, descendió del Cielo, y tomó nuestra humanidad, y sufrió muerte y pasion, por librarnos de las penas del infierno; y conversando acá entre nos el Hijo de Dios, nos dió doctrina y enseñamiento, mediante los quales pudiesemos alcanzar la gloria del Paraíso. Despues que Ferragus le huvo preguntado otras muchas cosas tacantes á la Ley Christiana, le dixo: Tu eres Christiano, y tienes (segun parece) la Ley de Dios muy arraygada en tus entrañas, y por ella veniste á la batalla, y yo vine de Turquia, por vengar la sangre de los nobles Reyes, y esforzados Caballeros que Carlo Magno ha hecho morir en esta tierra: por tanto quiero que en la nuestra batalla haya esta condi-

dicion: que la ley del vencedor sea habida por buena, y aprobada, y la del vencido por falsa; y aunque Roldan conocia que erraba en hacer aquel concierto, confiando en Dios, dixo que le placia. Levantaronse entrambos, y empezaron su batalla: y viendo Ferragus que jamás podia alcanzar á Don Roldan, por la ligereza que tenia, sintiendose ya descansado, pensó de usar de maña; y viendo que Roldan le queria dar un golpe encima del yelmo, él le esperó osadamente, y quando le vido alzar la espadada, antes que bajase el golpe, dejó caer su espada, y abrazandose con él, le derribó en el suelo, y le queria degollar con los dientes; mas Roldan sacó un puñal que traia, y se le metió por debajo del arnés, y la falda, y le hirió en el ombligo. Quando Ferragus se sintió herido, dió un grandisimo grito, y conocieron los suyos que estaba en grande necesidad de socorro, y salieron prestamente en su favor; y viendolos venir Roldan, tañó su cuerno, y vinieron asimismo los Christianos en su favor; y llegando al campo, empezaron cruda batalla, y fue Roldan servido de caballo y de lanza; y viendo que unos Caballeros llevaban al Gigante á la Ciudad fue tras ellos, y en poco tiempo derribó la mayor parte, y los otros dejaron á Ferragus, y huyendo se metieron en la Ciudad, y Roldan preguntó al Gigante si queria ser Christiano, y

le

él le dixo que no, y mandó á los peones que le cortasen la cabeza. Duró la batalla seis horas, y murió mucha gente de una parte y otra; y no pudiendo los Paganos sufrir los duros golpes de los Christianos, quisieron acogerse en la Ciudad; mas no pudieron guardar que no entrasen los Christianos con ellos, y fueron señores de la Ciudad, y sacaron á los Caballeros que en la Torre estaban.

CAPITULO LXX.

De como Carlo Magno huvo batalla con los Reyes de Sevilla y Cordova.

QUando el Rey de Cordova, y el de Sevilla supieron la muerte de Ferragus, y de los otros Caballeros, huvieron gran pesar de ello, y embiaron sus Embajadores al Emperador Carlo Magno, diciendole como los Reyes de Cordova y Sevilla tenian gran deseo de hacer batalla con él; y que si queria ir á un campo llano muy grande con su gente de guerra, que los toparia en él con sesenta mil hombres de pelea; y el Emperador les dixo: Decid á los Reyes que aunque no tengo tanta compañia como ellos; no dejaré por eso de ir al campo para el dia que fuere señalado; y elegido el campo, y el dia, mandó el Emperador apercibir toda

su

su gente, y lo mismo hicieron los Res Moros, y mandaron hacer diez mil carantulas muy feas, de ellas negras, de ellas coloradas, con grandes oregeras, y mayores orejas, y mandaron que se las pusiesen los peones, y que cada uno tuviese un cencerro en la mano, y quando entrase Carlo Magno en el campo con su gente, y ordenase sus Esquadrones para acometerlos, se pusiesen delante los peones con las carantulas, y tañendo los cencerros, espantaron los caballos en tanto grado, que á pesar de sus señores, echaron á huir, y desbarataron todos los Esquadrones; y entonces acometieron los Paganos con buena ordenanza, y mataron muchos Christianos.

Viendo esto el Emperador Carlo Magno, mandó recoger toda su gente, y ordenó á los de á caballo, que cada uno pusiese un paño delante los ojos de su caballo, y que le cerrasen los oidos con algodon, y que en la mañana con buena ordenanza acometiesen á sus enemigos: y asi fue hecho, y duró el combate hasta medio dia, y los desbarataron á todos, salvo diez mil hombres, que tenia en guarda dos carros con grandes reparos al rededor; y en uno de estos carros estaba un estandarte, y estaban juramentados estos diez mil ginetes, que por peligro ni afrenta en que se viesen, no bolverian la cara á sus enemigos, mientras el estandarte estuvie-

se

se alzado; y sabiendo esto Carlo Magno, se metió con gran furor y denuedo en los Paganos, y hizo tanto, que quitó la vandera, y la arrojó al suelo, y entonces echaron á huir los diez mil hombres, y los Christianos los siguieron hasta que se metieron en una buena Ciudad; que era del Rey de Cordova; y un noble anciano, que tenia en guarda la Ciudad, se tornó Christiano y le bautizó el Arzobispo Turpin, y á otros muchos con él, y los demás mataron.

CAPITULO LXXI.

Como el Arzobispo Turpin consagró la Iglesia del Señor Santiago.

DEspues de las guerras y batallas susodichas, viendo Carlo Magno que toda la tierra estaba sosegada y pacifica, ordenó de irse para Alemania, y antes que fuese, quiso pasar á Santiago de Galicia, y se puso en camino con poca gente, fue muy bien recibido de todos, y anduvo toda la Provincia, visitando las Iglesias y Monasterios que entonces havia, y las mandaba reparar y proveer de las cosas necesarias, como eran Campanas, Casullas y Capas, y otros vestimentos, Calices y Patenas; y mandó hacer algunas imagenes muy devotas, en honra y memoria de los Santos y San-

Santas; y hizo Constituciones, y Ordenanza, y sojuzgó, y atribuyó todas las Iglesias de aquella Provincia á la Iglesia de Santiago: y ordenó que todas las casas de Gailcia tributasen cada año á la Iglesia de Santiago quatro dineros de la moneda que entonces corria, y con este tributo eran libres de todo otro pecho; y fue ordenado que todos los Obispos de aquella Provincia fuesen sujetos al Obispo de Santiago. El Arzobispo Turpin, acompañado de nueve Obispos, hombres de muy santa vida, á peticion del Emperador Calo Magno, consagró y bendixo la dicha Iglesia en el mes de Junio, y fue llamada Iglesia de Santiago Apostolica, por quanto es la segunda Iglesia de la Christiandad, donde acuden todos los Christianos para hallar Indulgencias, y remision de sus pecados. La primera en San Pedro de Roma, por quanto San Pedro Apostol fue muy amigo de nuestro Señor Dios, y muy honrado entre sus Apostoles, y predicó su Santisima Fé en Roma, y en ella fue martyrizado; y despues el Señor Santiago Apostol tomó muy grandisimo trabajo por ensalzar el nombre de Dios en la Provincia de Galicia: por tanto, dignamente hay memoria de sus milagros y martyrio en el mundo.

CA-

CAPITULO LXXII.

Como Ganalon fue embiado con embajada á los Reyes Moros y como propuso de vender sus compañeros, y una reprehension del Autor.

EN este tiempo estaban en la Ciudad de Zaragoza dos Reyes hermanos; el uno se llamaba Marsirius, y el otro se llamaba Belegandus, los quales havia embiado el Almirante de Babylonia á España; y estos Reyes, en señal de amor, havian embiado grandes dones, y tributos al Emperador Carlo Magno otro tiempo; y deseando Carlo Magno de tornarlos Christianos, propuso de les embiar un mensagero, que les amonestase, y fue escogido entre todos sus Caballeros Ganalon, por ser muy eloquente; y le mandó que les dixese que se tornasen Christianos, ó que le embiasen tributo y parias, en señal de basallage. Y Ganalon, armado de muy lucidas armas, se partió para Zaragoza, y fue bien recibido de los Reyes Moros; y despues que huvo hecho su embajada, le preguntaron por Carlo Magno, y por sus Caballeros, y de sus condiciones, y modo de vivir, y conocieron en sus respuestas que no los queria bien; y asimismo conocieron en su fisonomía que por dineros haria qualquiera vileza, y por eso le osaron

ron hablar de traycion, la qual muy ligeramente consintió, y le dieron veinte caballos cargados de oro y plata, y de otras joyas de gran valór, y les prometió de entregarles los Caballeros y Varones de Carlo Magno, y á él mismo si pudiese; y les dixo que embiase su gente al puerto de Roncesvalles; que tendria modo de los entregar los doce Pares; y fue ordenado entre todos que Ganalon llevase al Emperador treinta caballos cargados de oro y de plata, seda y brocado, y quatrocientas bestias, todas cargadas de vinos muy escogidos, y dos mil Moras hermosas; esto en muestra de amor y obediencia. Esta traycion hizo Ganalon, no mas que por codicia. O mal hombre, y en fuerte punto engendrado! Naciste de noble sangre, y fuiste provocado de avaricia, y de hacer tan gran traycion? Eras rico de grandes rentas, y por dinero te moviste á vender á tu Señor? No podias decir, que de necesidad eras muy constreñido; y aunque la tuvieras, no eras escusado. Entre tantos Caballeros de honra fuiste escogido para ir con aquella embajada, fiandose el Emperador de ti, tanto como de qualquiera de ellos, y por dinero vendiste á él, y á todos sus Varones? Si de él tenias enojo, por qué vendias tus nobles compañeros? Y si de ellos tenias algun temor, por qué vendias á tu natural Señor, de quien tantas mercedes havias recibido? De toda la Chris-

tiandad eran queridos, y de ti fueron vencidos. Miraras que hacias maldad á Dios de vender sus Caballeros y despues á tu natural Señor; y finalmente, á todos los Christianos, que tenian en ellos fuertes fortalezas, y cumplido socorro contra los infieles, á los quales los vendiste por dinero, siendo tus amigos, y tus continuos compañeros. O perversa avaricia, enemigo de caridad, é inconstante de toda buena virtud, de quantos males eres causadora! Por avaricia vendió Judas á Jesu-Christo; por avaricia fue Adan desobediente á su Criador; y por ella fue la Ciudad de Troya puesta en sujecion; y por avaricia vendió Ganalon los Caballeros, en quien jamás faltó virtud y nobleza. Llevó Ganalon los presentes susodichos á su Señor Carlo Magno, el qual dió credito á sus engañosas razones, y sin sospechar mal alguno, los recibió, y repartió entre su gente; y despues, por consejo de Ganalon se partió con todo su Exercito para Roncesvalles, que le dió á entender que los Reyes se querian tornar Christianos, y dió la primera guarda á Roldan y á Oliveros, y á los otros sus principales Varones, con solos cinco mil hombres de pelea, y él se quedó atrás. Marchó, y los dos Reyes Moros estaban en Roncesvalles, como les dixo Ganalon, con sesenta mil hombres de pelea, puestos en dos trozos; en el primero havia veinte mil hombres, y en el

del segundo quarenta mil, y estaba apartado el uno del otro. Llegados los Christianos á la primera batalla de los Moros, los dejaron pasar hasta que los cogieron en medió, y empezaron una cruda batalla; y fueron los Christianos apremiados á retirarse, que estaban muy fatigados.

CAPITULO LXXIII.

De la muerte de los Caballeros Franceses, y del Rey Marsirius, y como Roldan fuè herido de quatro lanzadas.

EStando los Christianos desviados de sus enemigos, vieron venir otra batalla de Moros, y entonces tañó D. Roldan su cuerno; mas no plugo á Dios que le oyese Carlo Magno, que los quiso dar su Divina Magestad aquel dia las coronas del martyrio, que de grandes tiempos les tenia aparejadas, en satisfaccion de sus servicios, porque fuesen capaces de la bienaventuranza del Parayso. Puso D. Roldan su gente en buena ordenanza para esperar sus enemigos, y les dixo que sin recelo de morir entrasen en la batalla, pues en ello hacian servicio á Dios nuestro Señor, y para eso eran partidos de sus tierras; y que mayor era la gloria que esperaban, que la pena que recibirian. Y yendo los Paganos para ellos, tañó Roldan otra vez su

cuerno, y encomendandose á Dios, entró en la batalla con tanto esfuerzo, que en poco rato hizo grande matanza en ellos, y él fue herido de quatro heridas mortales; y entonces llegaron cien Caballeros Christianos, que seguian á los otros; mas no porque supiesen alguna cosa de la batalla: y quando D. Roldan los vido, pensó que el Emperador era llegado con toda su gente, y con este pensamiento se metió en su batalla sin ordenanza alguna, y siguieronle los cien Caballeros, y fueron muertos, salvo dos, que el uno se llamaba Baldoino, y el otro Tietri. Viendo D. Roldan todos sus compañeños muertos, y él malamente herido, y que Carlo Magno no venia, conoció que havian sido vencidos; y perdida la esperanza de salir vivo de aquella batalla, y muy deseoso de vengarse de sus enemigos, tomó un Turco por los pechos, y pusole la espada en la garganta, diciendo que moriria, si no le mostraba al Rey Marsirius, y el Turco le prometió de se le mostrar, y le dixo: Vedes aquel Caballero que trae la divisa verde sobre las armas, y el caballo vayo? aquel es el Rey Marsirius, y el que dió grandes riquezas á Ganalon vuestro mensagero, porque os tragese á lo que vos vedes. Entonces Roldan besó la cruz de su espada, y cubriendose de su escudo, empezó á derribar Caballeros y peones, hasta que llegó al Rey Marsirius, y le

le dió tal golpe en el hombro derecho, que le hendió hasta la cintá; y Baldoino y Tiètri, que estaban con Roldan, por huir de la muerte, se metieron por el monte, y todos los otros quedaron muertos por el camino, y los Moros cobraron tanto temor de Roldan, por el gran golpe que dió al Rey Marsirius, que no se le osaban parar delante, y tuvo lugar de salir de la batalla, y se tendió en el suelo al pie de una peña, herido de quatro heridas mortales; y de esto no supo nada Carlo Magno, hasta el fin, porque Ganalon, por dar lugar á los Paganos, le tenia entretenido en juego de tablas, y otras cosas de placer á él, y al Arzobispo Turpin. El Rey Belegandus quando vido los Christianos muertos, temiendo que vendria Carlo Magno con la otra gente, tomó otro camino, y se bolvió á Zaragoza.

CAPITULO LXXVI.

De la muerte de Don Roldan.

ESTando Roldan al pie de la peña herido de quatro llagas mortales, sin otros muchos golpes que en el cuerpo y en la cabeza havia recibido, no tenia menos pesar de la muerte de los otros Christianos, que de la suya mesma: consolabase por morir en defensa de la Fé de Jesu Christo: y recibia pena de verse en su postrimera hora solo en el monte, y desamparado de todo el mundo: daba gracias á Dios, porque el dia antes havia confesado, y recibido el poderoso cuerpo de Jesu-Christo, que lo tenian por uso los Caballeros de Carlo Magno, quando havian de entrar en batalla, ó si se recelaban de algun peligro. Alababa asimismo á su Criador, porque le daba lugar de le pedir de corazon y de boca perdon de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando; y esperando la muerte con mucha paciencia, empezó á decir: Señor Dios mio, Criador y Redentor, Hijo de la gloriosa Madre de Consolacion, tu sabes lo que yo he hecho, y he pasado; por los meritos de tu sagrada pasion te ruego que mis yerros me sean perdonados, y no repares, Señor, en mis pecados, sino en el arrepentimiento

to que de ellos tengo, y te suplico que me des paciencia en mi muerte, y la reciba en descuento de mis pecados. Tu eres piadoso y misericordioso; por tanto, te ruego que me mires con ojos de piedad, como miraste al buen Ladron, y me perdones, como perdonaste á Maria Magdalena. Despues se puso á mirar su espada, y dixo: O espada de gran valor, la mejor que nuca fue forjada! gran esfuerzo me dabas siempre que te miraba: muchos arneses he despedazado, y muchos yelmos he cortado: contigo he muerto grande numero de Paganos, jamás me falseaste, ni en ti nunca mella hallé, ningun arnés aprovechaba contra tu fuerza. O quánto temor tenian de ti los Paganos! Mucho temblaban solamente en verte en mis manos. Con razon me pesa dejarte, pues que contigo he derramado mucha sangre de infieles, ensalzando el nombre de mi Criador, al qual suplico que dé su gracia de hallar algun buen Caballero Christiano, que conozca tu bondad y valor. Gran dolor siento en dejarte, y mucho mayor si pensase que quedabas en poder de Paganos; mas por sacar mi alma de cuidado, quiero hacer que no te goce Moro, ni Judio, ni Christiano; y entonces se levantó con gran trabajo, y la tomó con entrambas manos, y dió con ella en la peña, tantos golpes, que la hendió hasta el suelo, sin que

en la espada hiciese mella, ni señal alguna: y viendo que no podia quebrarla, tomó su cuerno para hacer señal á algun Christiano, si en el monte se huviese escondido, y tañó dos veces, y la segunda vez se abrió todo de cabo á cabo, y se le abrieron las llagas, y las venas de su cuerpo: llegó aquella voz á oidos del Emperador, que estaba dos leguas de alli jugando con Ganalon, y conoció que era Roldan que tañia; y Ganalon le dixo: Señor, Roldan ha ido á caza, y havrá muerto oso, ó puerco, y de placer tañe su cuerno, que asi lo suele hacer; y Carlo Magno lo creyó que sería asi, y se estuvo jugando. Estando Roldan ya al fin de sus dias, llegó á él su hermano Baldoino, y con muchas lagrimas, sin le poder hablar, le abrazó, y besó muchas veces; y Roldan le dixo: Hermano, primero me matará la sed que las heridas, y Baldoinos anduvo gran parte del monte en busca de agua, y nunca la pudo hallar; y buelto, halló á D. Roldan mas muerto que vivo, y cabalgó en un caballo que halló suelto por el monte, y fuese para donde estaba Carlo Magno; y luego llegó Tietri, Duque de Darnia, y huvo gran lastima de D. Roldan, y queriendole hablar, nunca pudo echar palabra de la boca, que se pudiese entender. Quando Roldan le vido cabe si recibió algun consuelo, y dixole: A quien mirais, Tietri?

No

No es este Roldan vuestro compañero? No es este el Capitan de los Christianos? No es este el que vencia los feroces Gigantes? No es este el que en las crudas batallas acaudillaba los Christianos? No es este el enemigo de los infieles? No es este el que por ensalzar la Fé de su Criador, no tenia en nada los peligros de este mundo? No es este el que á Carlo Magno, y á sus amigos sacaba de los peligros y afrentas? Este es un hombre mal hablado, y aborrecido de todo el mundo: fue tanta su desdicha que no solamente le privó de la compañia de sus amigos, mas en su postrimera hora le desterró en estas asperas peñas á fenecer sus dias entre los animales brutos. No son estos los brazos que quebrantaban las gruesas lanzas? No son estas las manos que daban los grandes golpes, y despedazaban los finos arneses y yelmos? Y tomando su espada en la mano, dixo: Mas no niego que esta sea Durandal la buena espada, en la qual puso Dios grande virtud; y abrazado con ella, juntada la boca con la cruz, se amorteció. Y el Duque Tietri, hechos sus ojos fuentes, le empezó á desarmar, por aflojarle la boca del estomago, y le halló las armas llenas de sangre, y no le osó desarmar, porque no se desangrase. Tornando en sí Roldan juntó sus manos, y pidió á Dios perdon de lo que havia hablado, y dixo á Tietri que le oyese de

con-

confesion, y confesó con él con grande contricion de corazon; y despues de confesado, puso sus manos en cruz, y alzó los ojos al Cielo, diciendo: *Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum.* Y puestas las manos en los ojos, dixo: *Et oculi mei conspecturi sunt.* Y abrazado con la cruz de su espada, dixo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Y dió el anima á su Criador á veinte y seis dias del mes de Junio, año del Señor de ochocientos y diez.

CAPITULO LXXV.

De una vision que huvo el Arzobispo Turpin, y de la muerte de Roldan, y del sentimiento de Carlo Magno.

EL Arzobispo Turpin era hombre de santa vida, y havia sabido grandes secretos de Dios por revelacion: y diciendo Misa, estando en el Memento, oyó grande melodía de Angeles, y rogó á Dios nuestro Señor que le hiciese sabidor, por qué tenian aquellos Angeles tanta alegria, y por qué havian bajado acá? Y oyó una voz, que le dixo: Nosotros llevamos el anima de Don Roldan, Varon de Dios, al Parayso. Acabada la Misa, fue el Arzopispo Turpin á contar lo que havia oido al Emperador Carlo Magno; y estando contando esto, entró Baldoi-

doino mesando sus cabellos sin ninguna piedad; diciendo á grandes voces, que Roldan estaba herido de muerte; y los Christianos que con él havian ido, eran todos muertos, y que havian sido vencidos. Quando los del Real oyeron esto, empezaron todos á llorar, y se pusieron en camino, y el primero fue el noble Emperador Carlo Magno, á quien mas tocaba, que á ninguno de los otros, y llegó donde estaba Roldan, y como le vido muerto, cayó sobré él amortecido: y despues que fue tornando en sí, empezó á tirar de sus barbas, y atormentar su cuerpo con mucha crueldad, y llorando amargamente, decia: O Roldan, consuelo de mi vejéz, honra de los Franceses, espada de juzticia, lanza que no se doblaba, yelmo de su salud, semejante á Judas Macabeo en proezas, y Sanson en fuerza, y Absalon en beldad! O mi caro y amado sobrino! Princpe de batallas, destruidor de Paganos, defensor de Christianos, pilar de Clerecia, arrimo de viudas y huerfanas, amparo de la Iglesia, lengua verdadera, boca sin mentira, justo en todo juicio, y guia de los enemigos de nuestro Señor Dios, ensalzador de la Fé de Jesu-Christo, amador de todos los buenos. Ay desdichado de mi! Por qué te traje á morir en estraña tierra? Por qué no mori contigo? O Don Roldan, mi especial Caballero! Por qué me dejaste solo? Ay triste! qué haré? Ay

mezquino! adónde iré? A Dios suplico te quiera recibir en su santa gloria; á los Angeles ruego que te reciban en su compañia; á los Martyres llamo devotamente, que te quieran llegar en su numero. Los dias que viviere en esta vida, gastaré en continuo llorar, y sentir tu ausencia; que tanto sintió David la ausencia de Natan y Absalon. O noble Roldan, mi verdadero amigo! Tu estás en la gloria perdurable, y me dejas en continuo dolor. Tu estás en los Cielos en gran consolacion, y yo quedo en mortal lloro y tribulacion. Todos los Christianos están tristes por tu muerte, y los Angeles están muy gozosos con tu anima. Y estuvo diciendo estas y otras razones de gran dolor hasta la noche, y hizo asentar sus tiendas, y hacer grandes hogueras por velar el cuerpo de Roldan aquella noche, y en la mañana fue el cuerpo embalsamado, y guardado con mucha honra.

CA.

CAPITULO LXXVI.

Como Oliveros fue hallado desollado, y de la muerte de los Paganos, y de Ganalon.

VEnida la mañana fuè Carlò Magno con su gente al campo de la batalla, y huvieron grande lastima de la multitud de los Christianos que estaban en el campo muertos, aunque havia muchos mas Turcos; y hallaron al noble Caballero Oliveros aspado en dos palos, y puesto á manera de Cruz, y de los dedos de las manos hasta los de los pies estaba desollado, y tenia doce dardos metidos en el cuerpo, que le pasaban de una parte á otra. Entonces se le renovó el llorar, y los mortales gritos por todo el Real; y Carlo Magno huvo tanta lastima de Oliveros, que hizó juramento de nunca cesar, aunque supiese perder la vida, hasta tanto que hallase á los Moros de Zaragoza, y supo en el camino, como estaban en la orilla de Ebro, en unos verdes prados descansando, y curando los heridos. El Emperador Carlo Magno puso su gente en muy buena ordenanza, y los acometió con tal impetu y denuedo, que en poco rato murieron mas de seis mil, y muchos que se ahogaron en el rio Ebro, por querer salvar las vidas. Viendo Carlo Magno que tenia poca gente

te para seguirlos, se bolvió para Rôncesvalles, y hizo embalsamar el cuerpo de Oliveros, y tambien el de su sobrino Roldan; y luegó hizo pesquisa entre toda su gente, por saber lo cierto de la traycion, aunque havia oido de muchos que Ganalon los havia vendido, y especialmente se supo del Duque Tietri, que lo oyera del Moro; que le dixo á Roldan, quando le mostró el Rey Marsirius, y acusó á Ganalon publicamente de traydor, y le desafió sobre ello. Sabida la verdad, mandó Carlo Magno que Ganalon fuese atado á quatro feroces caballos á cada brazo uno, á cada pie otro, y despues de bien atado, cabalgaron quatro hombres en los quatro caballos, y hiriendolos de las espuelas, tiraron unos á una parte: y otros á otra, y cada uno salió con su quarto.

CAPITULO LXXVII.

Como el Emperador Carlo Magno se bolvió á Francia, y de las grandes limosnas que hizo por las animas de los Christianos, que murieron por la Fé de Jesu-Christo.

DEspues que Carlo Magno huvo hecho justicia del traydor Ganalon, fueron los Christianos al cabo de la batalla, y los unos buscaron á sus señores, y los otros á sus amigos, y al-

algunos fueron enterrados en el mismo sitio, y otros fueron embalsamados, y otros salados para los embiar á sus tierras, haciendo cada uno lo mejor que podia.

Tenia el Emperador Carlo Magno dos Cementerios expresamente señalados para los que en su compañia andaban, y morian por la Santa Fé de Jesu Christo; el uno estaba en la Ciudad nombrada Arlés, y el otro en la Ciudad de Bordeaux; y fueron sagrados y benditos estos dos Cementerios de estos Santos, y bienaventurados hombres, S. Maximo de Aquisgran, San Turpin de Arlés, S. Pablo de Narbona, S. Saturnino de Tolosa, S. Faustino de Potiers, S. Marcia de Limoges, y S. Eutropis de Jantes; y en estos Cementerios fueron enterrados los mas de los Christianos que murieron en Roncesvalles. El Emperador hizo llevar el cuerpo del noble D. Roldan con mucha honra en unas andas, cubiertas de terciopelo negro, hasta Blaves, en la Iglesia de S. Ramon, la qual él hizo edificar; y mandó poner encima de su sepultura su espada, y á sus pies su cuerpo de marfil, y despues fue llevado su cuerpo á Roncesvalles, en una muy devota Iglesia, que alli se fundó en servicio de nuestro Señor Dios, y en memoria de aquella cruel batalla, y se hizo junto á ella un rico Hospital, donde se hacen continuamente muy grandes limosnas por todas las animas de

los

los Christianos que en ella murieron, como parece hoy en dia. En Bordeaux fueron enterrados el buen Oliveros, Guadebois, Rey de Frisa, Oger de Danoys, Christau, Rey de Bretaña, Guarin, Duque de Lorena, Caferas, Rey de Bordeaux, Eugerius, Rey de Aquitania, Lamberto, Rey de Borges, Galetius, y Reginaldo, con cinco mil hombres. Distribuyó el noble Emperador grandes tesoros y riquezas por las animas de sus Caballeros; y mandó que la Iglesia y Cementerio fuese sujeta solamente á la Iglesia; y ordenó que para siempre el dia de Pasqua de Flores fuesen vestidos doscientos pobres, y que se dixesen treinta Misas, y que se rezasen treinta Psalterios por las animas de los que alli murieron en defensa de la Fé de Christo. En Arlés fueron enterrados el Conde de Langre, Sanson, Duque de Borgoña, Naymes, Duque de Barbaria, Alberto Borgoñon, con otros cinco Caballeros, y con diez mil hombres de á pie. Constantino de Roma fue llevado por mar á Roma, con otros muchos Romanos, y distribuyó asimismo Carlo Magno gran tesoro, y dejó grande renta perpetua á la Iglesia y Cementerio de Arlés, por las animas de sus Caballeros.

CA-

CAPITULO LXXVIII.

Como el Emperador Carlo Magno se partió de Francia para Alemania.

HAviendo Carlo Magno hecho, y ordenado lo que arriba está escrito, se partió de Francia para Alemania, yendo tambien con él el Arzobispo Turpin: quando llegó á la Ciudad de Viena, porque ya estaba viejo, con licencia del Emperador se quedó en Viena, y Carlo Magno se fue adelante, y llegando á París, hizo llamar todos los Nobles de su Imperio, y todos los Arzobispos, y Obispos, y Prelados, y hizo hacer Procesiones en alabanza de su Criador, y del bienaventurado Señor San Dionis; y hizo constitucion, y ordenanza, que los Reyes de Francia por venir, fuesen obedientes al Pastor, ó Prelado de la Iglesia de San Dionis, y que no pudiesen ser coronados sin el dicho Pastor; ó su Consejo; y que el Obispo de París no fuese recibido en Roma, sin su consentimiento.

Tambien ordenó, que todas las casas de su Reyno fuesen tributarias á la dicha Iglesia; y constituyó para siempre, que qualquier Christiano, esclavo, ó cautivo, que pagase quatro dineros á la Iglesia de San Dionis, que fuese

libre, y horro en todos sus Reynos. Despues de todo esto, tuvo novenas en dicha Iglesia, y puesto de rodillas, sin se levantar en un dia, y una noche, delante del cuerpo del bienaventurado Señor San Dionis, rogó aficionadamente por todos los que murieron por la Fé de Jesu-Christo, y fuele revelado, que todos los que murieron en la batalla de Roncesvalles estaban en la gloria del Paraíso.

CAPITULO LXXIX.

Como Carlo Magno llegó á Aquisgran en Alemania, y como murió.

DEspues que entró el Emperador Carlo Magno en Alemania, fue muy bien recibido de todas las Comunidades: llegado á la Ciudad de Aquisgran, hizo visitar todas las Iglesias, y Monasterios de toda la Ciudad, y las mandó reparar, y proveer de todas las cosas necesarias, especialmente una Iglesia de nuestra Señora, que él hizo fundar, á la qual dió grandes tesoros, y dotó de muchas rentas: vivió sesenta y dos años; y queriendo su Criador, nuestro Dios, y Señor, dar descanso á sus viejos, y fatigados miembros, le llamó á su santa gloria en el mes de Febrero, año de nuestra Redempcion de ochocientos y once. De su

su salvacion escribió el Arzobispo Turpin, nombre de santa vida, estas mismas palabras: " Yo Turpin, Arzobispo de Remis, es-
,, tando en la Ciudad de Viena en mi retrai-
,, miento rezando mis Horas, vi de una ven-
,, tana una legion de diablos por el ayre,
,, que traian grande ruido entre ellos; con-
,, juré el uno, que me diejese donde venian, y
,, por qué traian tan grande ruido? Y él me
,, respondió: Que venian de la Ciudad de
,, Aquisgran, donde havia fallecido un gran
,, Señor, y porque no pudieron llevar su ani-
,, ma, venian muy enojados; y le pregunté,
,, quién era aquel gran Señor, y por qué no
,, llevaban su anima? Y él me respondió, que
,, era Carlo Magno, y que Santiago les havia
,, sido muy contrario. Y yo les pregunté, de
,, qué manera les havia sido contrario Santia-
,, go? Y él respondió: Nosotros estabamos pe-
,, sando los bienes, y los males, que en este
,, mundo havia hecho, y Santiago trajo tanta
,, madera, y tantos cantos de las Iglesias que
,, él havia fundado en su nombre, que pesaron
,, mucho mas que los males; y asi nos que-
,, damos sin tener poder alguno sobre su ani-
,, ma; y el diablo subitamente despareció. "
Hase de entender por esta vision del Arzobispo Turpin, que los que edifican, ó reparan las Iglesias en este mundo, aparejan estancias, y

posadas para el otro. Fueron hechas sus Exequias, y Honras, segun á tal Señor pertenecia.

FIN.

TABLA DE LOS CAPITULOS

que se contienen en este Libro,

Cap.

Cap.

Cap.

FIN.

50
48
0 3
[illegible] — 1 3
[illegible]

